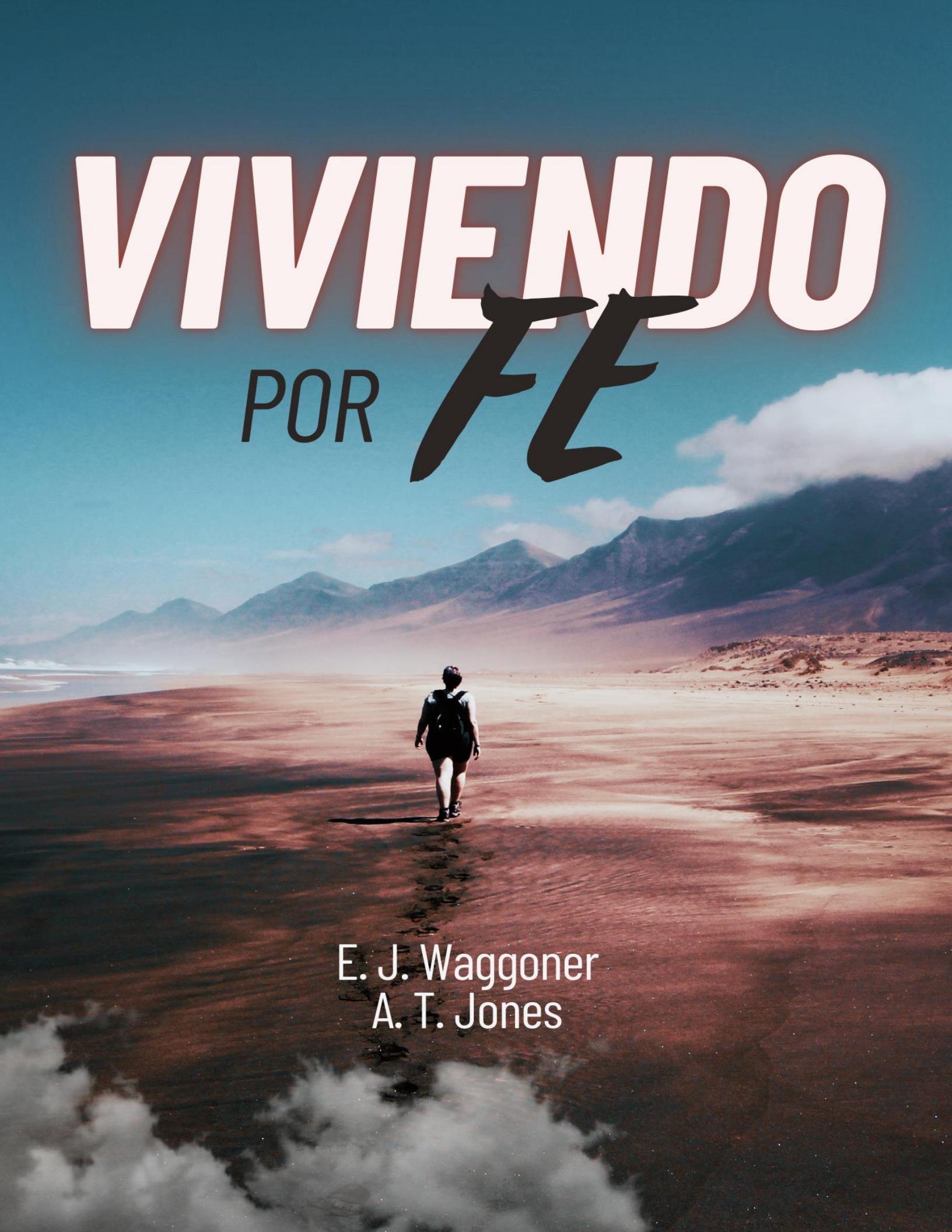


VIVIENDO POR



E. J. Waggoner
A. T. Jones

VIVIENDO POR FE

(TEXTO ORIGINAL, NO MODIFICADO)

E. J. WAGGONER Y A. T. JONES

Viviendo por Fe. Un libro complementario a *Lecciones sobre la Fe*.

Una versión modernizada, reescrita, revisada y modificada puede adquirirse en
<http://www.livingbyfaithbook.com>

Leyenda:

PT = The Present Truth

ST = The Signs of the Times

RH = The Advent Review and Sabbath Herald

BE = The Bible Echo

Contenido

1. El Poder Preservador	6
2. Luz y Vida	8
3. La verdadera fe	9
4. La Palabra Creadora	12
5. Debilidad y Poder	15
6. Vencer en Cristo	18
7. La Palabra Moradora	20
8. Fe y Aliento	26
9. La Salvación Presente	27
10. La Vida Cristiana	32
11. Desesperadamente Malvado	34
12. Oír y vivir	37
13. El poder del perdón	40
14. Eva Descreyó a Dios	44
15. Otro Hombre	46
16. Como un Pájaro Libre	48
17. Jesucristo el Justo	53
18. Justificación por la Fe	56
19. El toque sanador	58
20. El poder del Espíritu	62
21. Qué Incluye el Evangelio	67
22. El Consolador	69
23. Perfección y Crecimiento	74

24. La Vida de la Palabra	75
25. Las Obras de la Carne	78
26. ¿Por qué dudaste?	82
27. La Fe Viva	84
29. Justicia y Vida	91
30. Hágase	96
31. Salvados por Su Vida	100
32. No Olvides Comer	104
33. Ten fe en Dios	106
34. Viviendo por la Palabra	108
35. La Oración	112
36. Ser justificado	114
37. Milagros Sabáticos	117
38. La Vida en Cristo	123
39. ¿Qué es el Evangelio?	124
40. La Religión del Tiempo Presente	130
41. Una Nueva Creación	132
42. Una lección de la vida real	136
43. Cometiendo Errores	140
44. Creación y Redención	141
45. La Ley y la Vida	144
46. Debilidad y Fortaleza	148
47. Crecimiento Cristiano	150
48. El Juicio	154

49. La Purificación Final_____ **157**

50. Ten la misma manera de pensar_____ **158**

1. El Poder Preservador

E. J. Waggoner

Un poder que es capaz de salvar también es capaz de preservar. El apóstol habla de los creyentes como aquellos «que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación». (1 Pedro 1:5). La fe que no reclama el poder de Dios en la tensión diaria del pecado no es una fe salvadora. Cada vez que caemos en pecado, es porque en ese momento nuestra fe ha soltado al Señor, y no estamos creyendo en Él.

Porque «todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios» —todo aquel que *está creyendo*. No es algo que se logra una vez para siempre, sino un proceso continuo, si tan solo fuéramos constantes en creer. Y mientras se cree, el poder de Dios preserva. Porque leemos: «Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado; sino que Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca». (1 Juan 5:18, R.V.).

Es una verdad bendita que aquel que está creyendo está resguardado por los brazos del Señor, y el maligno no puede tocarlo. Hay un refugio, un cobijo de la tormenta. ¡Oh, qué aprendiéramos a permanecer en el amparo!; porque sabemos muy bien por amarga experiencia que no tenemos el poder de preservarnos a nosotros mismos, *ni por un solo momento*.

En un mundo de pecado y maldad, el que cree está siendo guardado de la iniquidad que le rodea, que incluso está en su propia carne lista para abalanzarse sobre él. Cuando los tres cautivos hebreos fueron arrojados al horno de fuego, el fuego no tuvo poder sobre sus cuerpos, «ni un cabello de su cabeza se había quemado, ni sus ropas se habían alterado, ni el olor a fuego había pasado por ellos». Había con ellos en el horno Uno que había dicho: «Yo estaré contigo», y «cuando pases por el fuego, no te quemarás».

Él es quien está comprometido a preservar al creyente en medio del fuego consumidor del pecado. No podemos soportarlo solos; siempre caemos, y los dardos de fuego golpean el alma. La oración de David debe ser nuestra continuamente: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto [margen] dentro de mí». Gracias a Dios, cuando nuestra fe no le ha mantenido firme, y descubrimos que el enemigo nos ha encontrado y tocado, todavía existe la promesa que sigue a la exhortación: «no pequéis». «Y si alguno hubiere pecado,

abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Él nos desata y nos libera de nuevo. Pero nos libera para que nos aferremos firmemente a Él con una fe más sólida. En la amargura del pecado se nos enseña nuestra propia debilidad e inutilidad, y en la dulzura de Su perdón se nos enseña Su poder para salvar.

PT, May 3, 1894

2. Luz y Vida

E. J. Waggoner

Una de las características de la luz es que puede multiplicarse indefinidamente sin disminuirse lo más mínimo. Una vela encendida puede dar luz a un millón de velas, y sin embargo, su propia luz sigue siendo igual de brillante. El sol suministra luz y calor a esta tierra, y hay suficiente para todos. Cada individuo obtiene tanto beneficio del sol ahora como era posible para cualquiera obtener cuando la población de la tierra era solo la mitad de lo que es ahora. El sol da toda su fuerza a cada persona, y sin embargo, tiene tanto calor y luz como si no abasteciera a nadie.

Jesucristo es el Sol de justicia y la Luz del mundo. La luz que Él da es Su vida. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» (Juan 1:4, RVR1960). Él dice: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.» (Juan 8:12, RVR1960). Su vida la da por el mundo. Todos los que creen en Él reciben Su vida y son salvados por ella. Así como la luz de la vela no disminuye aunque muchas otras sean encendidas por ella, así la vida de Cristo no disminuye aunque la dé a muchos. Cada individuo puede tenerla toda en su plenitud.

La luz resplandeció en las tinieblas, y las tinieblas no pudieron vencerla. Su luz no pudo ser apagada. Satanás no pudo quitarle Su luz, porque no pudo *tentarle* a pecar. Así, aunque Él pudo entregar Su vida, todavía le quedaba tanto. Su vida *triunfó* sobre la muerte. Es vida infinita. Por lo tanto, Él es poderoso para salvar perpetuamente a los que por medio de Él se acercan a Dios. Cristo habitará en Su plenitud en todo aquel que se lo permita. Este es el misterio del Evangelio.

PT, October 6, 1892

3. La verdadera fe

A. T. Jones

Un día un centurión se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, mi siervo yace en casa postrado con parálisis, horriblemente atormentado». Y Jesús le dijo: «Yo iré y le sanaré». El centurión respondió y dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solamente la palabra, y mi siervo será sanado...». Cuando Jesús *lo oyó*, se maravilló y dijo a los que le seguían: «De cierto os digo que no he hallado una fe tan grande, ni siquiera en Israel». (Mateo 8:6-10)

Ahí está lo que Jesús *llama* fe. Cuando encontramos lo que es eso, hemos encontrado la fe. Saber lo que es eso es saber lo que es la fe. No puede haber duda al respecto; porque Cristo es «el Autor... de la fe», y Él dice que lo que el centurión manifestó era «fe»; sí, incluso «gran fe».

¿Dónde, entonces, está la fe en esto? —El centurión quería que se hiciera algo en particular. Quería que el Señor lo hiciera. Pero cuando el Señor dijo: «Yo iré» y lo haré, el centurión lo detuvo, diciendo: «Di solamente la palabra», y se hará.

Ahora bien, ¿qué esperaba el centurión que hiciera la obra? —«La palabra solamente». ¿De qué dependía para la sanación de su siervo? —De «la palabra solamente».

Y el Señor Jesús *dice* que eso es fe.

Aquí había un romano, despreciado y evitado por Israel como un pagano y considerado aborrecido por Dios, quien había pasado su vida entre influencias paganas, sin ventajas bíblicas, sin embargo, había descubierto que cuando el Señor habla, en esa palabra misma hay poder para hacer lo que la palabra dice, y quien dependía de esa palabra para que hiciera lo que decía.

Y estaban el pueblo de Israel, que toda su vida había estado en conexión diaria con la palabra del Señor, que se enorgullecía de ser «el pueblo del Libro» y se jactaba de su conocimiento de la Palabra de Dios; y sin embargo no habían aprendido que en la palabra hay poder para lograr lo que la palabra dice.

Toda esta falta por parte de Israel prevaleció, además, cuando esa misma palabra de la que se jactaban les decía claramente, y les mostraba una y otra vez, que tal es solo el carácter de la Palabra de Dios; y esa palabra era leída en sus sinagogas cada día de reposo.

Esa palabra les había dicho claramente durante toda su vida: «Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace producir y germinar, para que dé semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquello para lo cual la envié». (Isaías 55:10, 11)

La naturaleza misma les presentaba constantemente la enseñanza de que la tierra por sí misma no podía producir nada; que era la humedad de la lluvia y la nieve, del cielo, *la que* la hacía producir y germinar, y dar fruto.

Y el Señor dijo: «Así será mi palabra». Como la tierra por sí misma no puede hacer nada, así tampoco vosotros por vosotros mismos podéis hacer nada. Y así como la humedad de la lluvia y la nieve del cielo hace que la tierra produzca, germine y dé fruto, así mi palabra os hará producir el fruto de justicia para la gloria de Dios. «Mi palabra, ... ELLA [no vosotros] hará lo que yo quiero».

Muchas veces había leído Israel esta escritura. Y año tras año habían leído la Palabra de Dios, y habían dicho: Haré lo que la Palabra dice; lograré lo que le agrada.

Y para que estuvieran más seguros de que debían hacer exactamente lo que la palabra decía, esa palabra fue separada en partes, y cada parte fue elaborada en muchas distinciones sutiles. Luego se dedicaron diligentemente a hacer, con cuidado y de manera particular, ellos mismos, cada especificación de la palabra, tal como fue presentada.

Cierto, en todo esto no encontraron paz alguna, mucho menos gozo alguno. Con todo su hacer, nunca encontraron las cosas hechas. Siempre se encontraron muy lejos de haber hecho lo que la palabra decía —tan lejos, de hecho, que era el grito de desesperación de Israel que «si tan solo una persona pudiera por un día guardar toda la ley, y no ofender en un solo punto — es más, si tan solo una persona pudiera guardar ese único punto de la ley que afectaba la debida observancia del día de reposo— entonces los problemas de Israel terminarían, y el Mesías por fin vendría». Sin embargo, seguían esclavizándose en la rueda de molino de sus propias obras infructuosas —todo de obras, y nada de fe; todo de ellos mismos, y nada de

Dios; todo de su propio hacer, que en realidad no era hacer en absoluto, y nada de la palabra misma haciendo, que es el único hacer real de la palabra de Dios.

¡Cuán refrescante fue para el espíritu de Jesús, en medio de este desierto desolado de Israel, encontrar a un hombre, quienquiera que fuese, que de verdad había encontrado la palabra de Dios; que sabía que cuando la palabra era hablada, esa palabra misma cumpliría lo que se había dicho; y que dependería de «la palabra solamente»! Esto era fe. Esto abría la vida al poder de Dios. Y como consecuencia, se cumplía en la vida aquello que agradaba a Dios.

«Mi palabra, ... ELLA [no vosotros] hará lo que yo quiero». «La palabra de Dios... obra eficazmente también en vosotros los que creéis». (1 Tesalonicenses 2:13). Depender de ella para que obre en vosotros aquello que es agradable a sus ojos —esto es fe. Cultivar esta dependencia de la palabra es cultivar la fe.

PT, 12 de enero de 1899

4. La Palabra Creadora

E. J. Waggoner

El poder de la palabra de Dios se aprecia mejor cuando consideramos la obra de la creación. En Salmos 33:6-9 leemos: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,

Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. El junta como montón las aguas del mar;

El pone en depósitos los abismos. Tema a Jehová toda la tierra;

Teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho;

El mandó, y existió.» (Salmos 33:6-9, RVR1960)

De esto se deduce claramente que toda la materia de la tierra y todo lo que hay en ella surgió de la palabra de Dios. No podemos comprender el poder de la Divinidad, pero podemos ver, por lo que está claramente declarado, que la palabra del Señor no es aire vacío, sino que es sustancia real. Es como si el mundo existiera en la palabra antes de que tomara la forma que ahora tiene. Cuando la palabra de Dios fue pronunciada, entonces existieron la tierra y los cielos.

Cuando la palabra de Dios nombra una cosa, entonces esa cosa nombrada es formada. Lo que sea descrito por la palabra, existe en esa palabra. Así, es imposible que Dios mienta, porque su palabra hace que la cosa sea así. Así leemos en Romanos 4:17 que Dios «llama las cosas que no son, como si fuesen.» (Romanos 4:17, RVR1960) Eso es algo que solo Dios puede hacer. Es cierto que los hombres a veces lo intentan, pero su palabra no hace que la cosa sea así. Cuando un hombre habla de algo que no es como si lo fuera, solo hay una palabra que puede usarse para describir su acción: es una *mentira*. Pero Dios no puede mentir, sin embargo, Él habla de las cosas que no son como si lo fueran. Por ejemplo, Dios habla de algo que no tiene existencia. Lo llama por su nombre, como si fuera bien conocido. En el instante en que su palabra se pronuncia, en ese instante una cosa existe.

Considera bien la declaración del Salmista: «Él habló y fue.» No que Él habló y después de eso fue realizado, como una lectura superficial de los textos podría llevar a pensar. Esa idea no se obtendría si los traductores no hubieran insertado la palabra «*hecho*», en cursiva. Es cierto

que se hizo entonces, pero fue la palabra del Señor lo que lo hizo. La idea se transmitiría mejor traduciendo el pasaje literalmente, como lo hemos hecho: «*Él habló, y fue.*» Tan pronto como Él habló, allí todo se erigió. Lo que la palabra de Dios dice, es, porque su palabra transmite la cosa.

Por esta razón, en la profecía a menudo se habla de las cosas como ya realizadas. Él habla de las cosas que no son como si ya estuvieran hechas, no, como a veces se dice, porque existan en su propósito, sino porque existen en su palabra. Están tan libremente en existencia como pueden estarlo, aunque todavía no aparezcan a la vista humana.

Es por esta razón que la palabra del Señor es fuerza y consuelo para quienes creen en ella; porque la palabra que está escrita en la Biblia es la palabra de Dios, la misma que creó los cielos y la tierra. «Toda la Escritura es inspirada por Dios.» Es decir, es «*hálito de Dios*». Ahora recuerda que «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6, RVR1960) El aliento de Dios, que tiene energía creativa en sí, es lo que nos da los preceptos y las promesas de la Biblia.

Esa palabra creativa es el poder del Evangelio. Porque el Evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; y el poder de Dios se revela en las cosas que están hechas. Véase Romanos 1:16, 20. El poder de la redención es el poder de la creación, porque la redención es creación. Así, el Salmista oró: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, Y renueva un espíritu recto dentro de mí.» (Salmos 51:10, RVR1960) El apóstol Pablo dice que «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.» (2 Corintios 5:17, RVR1960)

¿Qué es esta nueva creación que se obra en el Evangelio? Es *justicia*, porque el mismo apóstol nos exhortó a «justicia y santidad de la verdad.» (Efesios 4:24, RVR1960) Justicia significa buenas obras, y por lo tanto el apóstol dice que «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960)

La palabra del Señor es *recta*. Él habla justicia. Así como Él habló al vacío y allí estuvo la tierra, así Él habla al alma que está desprovista de justicia, y si esa palabra es recibida, la justicia de esa palabra está sobre ese hombre. «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención

que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,» (Romanos 3:23-25, RVR1960) Declarar es hablar; y así, cuando Dios declara su justicia en Cristo para la remisión de los pecados, la justicia es pronunciada *en* y *sobre* ese hombre, para tomar el lugar de sus pecados, los cuales son quitados. Y no es simplemente una justicia pasiva la que así se declara sobre el hombre, sino una justicia real y activa, porque la palabra del Señor está *viva*, y la justicia de Dios es real y activa.

Esto, en resumen, es lo que la historia de la creación significa para quienes la creen. Satanás quisiera que los hombres pensaran que es solo un poema (como si un poema no pudiera ser verdad), o solo una ficción inventada para entretenér a la gente. Este es el medio que ha tomado en estos días para socavar el Evangelio. Si el hombre una vez considera la creación a la ligera, la fuerza del Evangelio se debilita para ellos. Satanás incluso se contenta con que los hombres llamen a la redención una obra mayor que la de la creación, porque de ese modo no están en lo más mínimo exaltando la obra de la redención, sino depreciándola. Redención y creación son la misma obra, y la redención se exalta solo en la medida en que la creación es grandemente apreciada. A algunos se les ocurrirá que, siendo este el caso, aquello que conmemora la redención también debe conmemorar la creación. Esto es verdad, pero de eso hablaremos en otro momento.

PT, October 20, 1892

5. Debilidad y Poder

E. J. Waggoner

¿Qué es más frágil, más débil y más indefenso que una pequeña brizna de hierba? Sin embargo, ¿alguna vez notó el asombroso poder que exhibe?

Mire ese terrón que se levanta —una masa dura, pesada e impenetrable de arcilla seca. ¿Qué lo mueve tan lenta pero tan seguramente fuera de su camino? Ni un animal, ni siquiera un insecto, ¡solo una pequeña brizna de hierba joven! El terrón es muchas veces más pesado que la hierba, y sin embargo, parece levantarla con la mayor facilidad. Usted no podría hacer que una pequeña raíz de hierba exhibiera tal poder. Podría colocar el terrón sobre ella con todo el cuidado posible, pero sería aplastada contra la tierra por el gran peso. Este prodigo, entonces, debe ser realizado por algún poder que no está en el hombre, y que no está en la hierba misma. La Biblia dice que es el poder y la vida de la palabra de Dios lo que hace crecer la hierba; porque «dijo Dios: Producza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.» (Génesis 1:11, RVR1960)

Mire la pequeña bellota. ¡Qué indefensa, qué inútil! Pero mire de nuevo. Una vida invisible, un poder maravilloso, rompe la dura cáscara y empuja pequeñas raicillas hacia abajo y diminutas ramas hacia arriba, que crecen y crecen, apartando obstáculos, trepando por encima de barreras y reventando rocas sólidas. ¿Cuál es la vida invisible? ¿Cuál es el poder maravilloso? La vida y el poder de la palabra de Dios; porque «dijo Dios: Producza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.» (Génesis 1:11, RVR1960)

Aunque son dos de las cosas más débiles e indefensas que existen, ¡qué milagros de fuerza se convierten la hierba y la bellota cuando su debilidad se une al poder de la palabra de Dios! De igual manera, contemplamos al hombre. ¿Débil? Sí, tan débil como la hierba y tan indefenso. «El hombre, como la hierba son sus días; Florece como la flor del campo,» (Salmos 103:15, RVR1960), «Porque: Toda carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae;» (1 Pedro 1:24, RVR1960). Su vida, «cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se

aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.» (Santiago 4:14, RVR1960). Indefenso, completamente indefenso en sí mismo, incapaz de cuidarse ni un solo momento, incapaz de resistir la más mínima tentación, incapaz de hacer una sola buena obra.

Pero mire de nuevo. Un poder invisible se ha apoderado de él, una nueva vida lo ha animado, y he aquí, él ha «que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.» (Hebreos 11:33-34, RVR1960) En aquello en que era débil, ahora es fuerte; donde antes habría temblado y caído, ahora permanece inconmovible como una casa edificada sobre una roca sólida.

¿Cuál es este poder invisible? ¿Cuál es esta nueva vida? Es la vida y el poder de la palabra de Dios unidos a la debilidad del hombre. Es la vida y el poder de Dios mismo, porque Dios va con Su palabra «os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.» (Hebreos 13:21, RVR1960) «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:13, RVR1960)

El hombre solo, sin la Palabra en él, es como una casa edificada sobre la arena. No hay nada que lo sostenga cuando vienen las inundaciones y soplan los vientos. Le es completamente imposible resistir la tempestad, porque no tiene fuerza en sí mismo.

Pero Dios está dispuesto a tomar al hombre más indefenso que haya vivido, si este se somete como la hierba y la bellota, y obrar a través de él de la manera más maravillosa por Su poderosa palabra. Él ama hacerlo. «Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.» (1 Corintios 1:27-29, RVR1960)

Él dice: «Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.» (Mateo 7:24, RVR1960) Entonces, quien recibe la palabra de Dios en su corazón y la cumple, ha edificado sobre roca inamovible. Pero Jesús mismo está en la palabra, y es la Palabra (véase Juan 1 y Juan 6), por lo tanto, recibir humildemente la Palabra trae a Jesús al corazón para obrar. Por consiguiente, la obra del

hombre es someterse y recibir, y Jesús, la Palabra viviente, provee todo el poder y hace toda la obra a través del hombre, si este se lo permite.

No es suficiente que un hombre se una a otro hombre que está unido a Cristo. Cada hombre por sí mismo debe venir a Cristo la Palabra como a una piedra viva, y edificar sobre Él. Entonces se convierte en una piedra viva, porque participa de la vida del Cimiento viviente. Él y el Cimiento crecen juntos hasta que él es parte del Cimiento, y el Cimiento es parte de él. ¿Es de extrañar, entonces, que tenga fuerza y que pueda permanecer incombustible a través de todas las tormentas y tempestades de la vida?

Entonces, cuando miramos la hierba y nos damos cuenta de nuestra fragilidad y nuestra indefensión, no nos desanimemos, sino más bien levantemos nuestros ojos con gratitud al cielo y alabemos a Aquel Poderoso que puede tomar a la más débil e indefensa de Sus criaturas y, por Su palabra, fortalecerla «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad;» (Colosenses 1:11, RVR1960)

PT, 12 de octubre de 1893

6. Vencer en Cristo

E. J. Waggoner

En cierto lugar, Jesús dijo a sus discípulos: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.» (Juan 16:33, RVR1960).

¿Por qué debería este hecho hacernos confiar? ¿Por qué deberíamos regocijarnos porque alguien más ha vencido al mundo, cuando también nosotros debemos vencerlo? La gran verdad que responde a esta pregunta es que no somos vencedores en nosotros mismos, sino vencedores en Cristo.

A los corintios el apóstol escribe: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento.» (2 Corintios 2:14, RVR1960). ¿Cómo es que somos siempre llevados a triunfar en Cristo? Es sencillamente porque Cristo ha triunfado sobre todo, y en Él la victoria es nuestra.

Cristo fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, pero sin pecado. Él ha enfrentado y superado todo obstáculo que pueda interponerse a la humanidad en la lucha por la vida venidera. Y cada vez que cualquiera de estas cosas, «*el mundo, la carne y el diablo*», lo encuentran a Él, encuentran a su Conquistador. La victoria ya ha sido ganada. Y, por lo tanto, en Cristo tenemos la victoria; porque cuando estamos en Él, las tentaciones lo asaltan a Él, y no a nosotros mismos. Cuando escondemos nuestra debilidad en su fuerza, solo su fuerza queda para luchar la batalla. Él ha obtenido la victoria, y el enemigo derrotado nunca podrá recuperarse de su derrota como para esperar una victoria sobre Él.

¿Qué debemos hacer, entonces, para vencer? ¿Y por qué somos tan a menudo vencidos? La respuesta obvia es que no podemos vencer fuera de Cristo. Lo que tenemos que hacer es tomar la victoria que ya ha sido ganada, la victoria que Él ha obtenido. Él venció por nosotros, para poder concedernos su triunfo. Y tomamos la victoria por fe, porque es por fe que Cristo viene a nuestros corazones.

Esto es lo que el apóstol Juan quiere decir cuando afirma: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.» (1 Juan 5:4, RVR1960). Por fe traemos a Cristo a nuestros corazones y vidas (Efesios 3:17). Y estando

Cristo allí, Él está allí como el Conquistador de todo lo que debe ser enfrentado y superado en la milicia cristiana.

La gloriosa verdad se manifiesta así: que la victoria sobre cada tentación y dificultad ya es nuestra, en Cristo. No necesitamos, por lo tanto, acudir al conflicto con un corazón débil, sino con toda confianza, sabiendo que la derrota no puede ser el resultado, por muy formidable que el enemigo se haga parecer. La batalla ya está librada, y Jesucristo nos ofrece la victoria. Simplemente tenemos que tomarla y decir: «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.» (1 Corintios 15:57, RVR1960).

PT, 26 de octubre de 1893

7. La Palabra Moradora

E. J. Waggoner

En el versículo dieciséis del tercer capítulo de Colosenses se encuentra esta exhortación: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.» (Colosenses 3:16, RVR1960). Este texto, correctamente entendido, resuelve el problema de la vida cristiana. Dediquemos, por lo tanto, unos momentos a ver cuánto implica.

Que hay un poder en la palabra de Dios, muy superior al de cualquier otro libro, no se puede dudar. El Señor, por medio del profeta Jeremías, reprende a los falsos profetas que hablan sus propias palabras en lugar de las palabras de Dios, y dice: «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?» «El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová. ¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jeremías 23:28-29, RVR1960). Y el mismo profeta relata así su experiencia cuando fue reprochado a causa de la palabra del Señor: «Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.» (Jeremías 20:9, RVR1960).

La palabra escondida en el corazón protege contra el pecado. «En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti.» (Salmos 119:11, RVR1960). Y de los justos leemos que la razón por la que ninguno de sus pasos resbala es que «La ley de su Dios está en su corazón; Por tanto, sus pies no resbalarán.» (Salmos 37:31, RVR1960). David también dice: «En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios Yo me he guardado de las sendas de los violentos.» (Salmos 17:4, RVR1960). Jesús, también, en su memorable oración por sus discípulos, dijo: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.» (Juan 17:17, RVR1960).

La palabra del Señor es la semilla por la cual el pecador nace de nuevo. Leemos del «Padre de las luces» que «El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.» (Santiago 1:18, RVR1960). Y el apóstol Pedro dice: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para

el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.» (1 Pedro 1:22-23, RVR1960). Así aprendemos que, mientras que los que son de Cristo nacen del Espíritu, la palabra de Dios es la semilla de la cual son desarrollados como nuevas criaturas en Cristo. La palabra, entonces, tiene poder para dar vida. Ella misma es *vivificante*, es decir, viva y poderosa; y el salmista ora para ser *vivificado*, hecho vivo, según la palabra, y luego dice: «Abatida hasta el polvo está mi alma;

Vivifícame según tu palabra. Te he manifestado mis caminos, y me has respondido;

Enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos,

Para que medite en tus maravillas. Se deshace mi alma de ansiedad;

Susténtame según tu palabra. Aparta de mí el camino de la mentira,

Y en tu misericordia concédeme tu ley. Escogí el camino de la verdad;

He puesto tus juicios delante de mí. Me he apegado a tus testimonios;

Oh Jehová, no me avergüences. Por el camino de tus mandamientos correré,

Cuando ensanches mi corazón. He

Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos,

Y lo guardaré hasta el fin. Dame entendimiento, y guardaré tu ley,

Y la cumpliré de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos,

Porque en ella tengo mi voluntad. Inclina mi corazón a tus testimonios,

Y no a la avaricia. Aparta mis ojos, que no vean la vanidad;

Avívame en tu camino. Confirma tu palabra a tu siervo,

Que te teme. Quita de mí el oprobio que he temido,

Porque buenos son tus juicios. He aquí yo he anhelado tus mandamientos;

Vivifícame en tu justicia. Vau

Venga a mí tu misericordia, oh Jehová;

Tu salvación, conforme a tu dicho. Y daré por respuesta a mi avergonzador,

Que en tu palabra he confiado. No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad,

Porque en tus juicios espero. Guardaré tu ley siempre,

Para siempre y eternamente. Y andaré en libertad,

Porque busqué tus mandamientos. Hablaré de tus testimonios delante de los reyes,

Y no me avergonzaré; Y me regocijaré en tus mandamientos,

Los cuales he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé,

Y meditaré en tus estatutos. Zain

Acuérdate de la palabra dada a tu siervo,

En la cual me has hecho esperar. Ella es mi consuelo en mi aflicción,

Porque tu dicho me ha vivificado.» (Salmos 119:25-50, RVR1960).

Esto lo afirma muy claramente Jesús mismo en Juan 6:63: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). Esto demuestra que el poder del Espíritu de Dios mora en la palabra de Dios.

Con el conocimiento de que la palabra de Dios es la semilla por la cual los hombres son engendrados a una nueva vida, y que el guardar la palabra en el corazón guarda a uno del pecado, podemos entender fácilmente 1 Juan 3:9: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.» (1 Juan 3:9, RVR1960). ¡Qué simple! Hay en la palabra esa energía divina que puede transformar la mente y hacer un hombre nuevo, «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». Por supuesto, la palabra puede hacer esto solo para aquellos que la reciben con fe sencilla. Pero la palabra no pierde nada de su poder. Si el alma así renacida retiene esa palabra sagrada y poderosa por la cual fue engendrada, la mantendrá siendo una nueva criatura. Es tan poderosa para preservar como para crear.

Jesús, nuestro gran Ejemplo, nos dio una ilustración de esto. Cuando fue tentado en todo punto por el diablo, su única respuesta fue: «*Escrito está*», seguida de un texto de la Escritura que se ajustaba exactamente al caso. El cristiano que quiera permanecer firme debe hacer lo mismo. No hay otra manera. Esto es una ilustración de las palabras de David: «En cuanto a

las obras humanas, por la palabra de tus labios. Yo me he guardado de las sendas de los violentos.» (Salmos 17:4, RVR1960).

Es de esto de lo que leemos en Apocalipsis 12:11, donde, al hablar del derrocamiento del «acusador de nuestros hermanos», la voz celestial dice: «Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.» (Apocalipsis 12:11, RVR1960). Esto no significa, como algunos han asumido descuidadamente, la palabra de su testimonio en la reunión, sino la palabra del testimonio en la que el salmista encontró tanto deleite. Vencieron a Satanás por la sangre del Cordero y por la palabra de Dios.

Pero esto no se puede hacer excepto por aquellos que tienen la palabra de Dios morando en ellos. El Espíritu es dado para traer la verdad a la memoria en tiempo de prueba; pero lo que uno no ha aprendido no lo puede recordar. Pero si ha escondido la palabra en su corazón, el Espíritu, en la hora de la tentación, le traerá a la memoria precisamente aquella porción que frustrará al tentador.

Todo cristiano puede testificar del poder de la palabra en tales momentos. Cuando se inclina a felicitarse por algún logro superior, real o imaginado, iqué poderoso freno son las palabras: «Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Corintios 4:7, RVR1960). O cuando pensamientos ásperos y amargos luchan dentro de él por el control, iqué poder para sofocar esas emociones turbulentas reside en las palabras: «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor;» (1 Corintios 13:4-5, RVR1960). Cuando se le provoca casi más allá de la resistencia, icómo ayuda a uno a mantener la calma la suave reprensión: *El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos!* A esto hay que añadir las muchas *grandísimas y preciosas promesas* que traen victoria a cada alma que las aferra por fe. Miles de cristianos ancianos pueden testificar del poder milagroso que reside en unas pocas palabras sencillas de las Escrituras.

¿De dónde viene ahora este poder? La respuesta se encuentra en las palabras de Cristo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). ¿Qué espíritu son? El apóstol Pedro,

hablando de los profetas, dice que era el Espíritu de Cristo el que estaba en ellos. Así, como dijimos antes, el poder del Espíritu mora en la palabra. Sí, Cristo mismo mora en la palabra, porque Él es la Palabra.

¿Quién puede entender el misterio de la inspiración? Aquel que puede entender el misterio de la encarnación; porque ambos son lo mismo. *El Verbo se hizo carne.* No podemos entender cómo Cristo podía ser toda la plenitud de la Deidad, y al mismo tiempo estar en la forma de un siervo, sujeto a todas las enfermedades de la carne mortal. Tampoco podemos entender cómo la Biblia pudo ser escrita por mortales falibles, exhibiendo las peculiaridades de cada uno, y sin embargo ser la palabra de Dios pura e inalterada. Pero es ciertamente verdad que el poder que estaba en el Verbo que se hizo carne, es el poder que está en la palabra que los apóstoles y profetas han escrito para nosotros.

Ahora podemos empezar a apreciar más el poder que reside en la palabra. «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6, RVR1960). Cristo, por quien los mundos fueron hechos, los sustenta «el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,» (Hebreos 1:3, RVR1960). El poder que reside en las palabras de la revelación es el poder que pudo hablar a los mundos para que existieran y puede mantenerlos en sus lugares designados. Ciertamente, entonces, vale la pena que dediquemos tiempo a estudiar y meditar en la palabra.

Es así como traemos a Cristo mismo a nuestros corazones. En el capítulo quince de Juan, el Señor nos exhorta a permanecer en Él, y a permitirle que Él permanezca en nosotros; y luego, unos pocos versículos más tarde, habla de nuestra permanencia en Él y de su palabra permaneciendo en nosotros (Juan 15:4, 7). Es por su palabra que Cristo mora en el corazón; porque Pablo dice que Cristo morará en el corazón por la fe (Efesios 3:17); y «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17, RVR1960).

Muchas personas anhelan sinceramente que Cristo venga y more en sus corazones, e imaginan que la razón por la que no lo hace es porque no son lo suficientemente buenas, y en vano se esfuerzan por llegar a ser tan buenas que Él pueda dignarse a entrar. Olvidan que Cristo entra en el corazón, no porque esté libre de pecado, sino para liberarlo del pecado; y

posiblemente nunca se dieron cuenta de que Cristo está en la palabra, y que quien la haga su compañera constante y se rinda a su influencia, tendrá a Cristo morando dentro. Aquel que ha escondido la palabra en su corazón, que medita en ella día y noche, y que la cree con la fe sencilla de la infancia, tal persona tiene a Cristo morando en su corazón por la fe, y experimentará su poderoso y creativo poder.

¿No hay algo inspirador en este pensamiento? Cuando nos acercamos a Dios en oración secreta, y el Espíritu nos trae a la memoria alguna promesa preciosa o reproche necesario, ¿no es alentador saber que, al aceptarlas, Cristo entra en el corazón con el mismo poder que sacó los mundos de la nada? ¿No reviste esto a la palabra de una nueva dignidad? No es de extrañar que David nunca se cansara de alabarla. Que el pensamiento de que Dios está en la palabra sea un nuevo incentivo para todos a ganar tiempo y fuerza para su obra dedicando más tiempo a alimentarse de la fuente de la fuerza divina.

ST, 14 de julio de 1890

8. Fe y Aliento

E. J. Waggoner

«Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17, RVR1960). Eso significa que toda su vida será fe, como dijo el Apóstol Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960). La fe, por lo tanto, no es algo de un momento; el hombre que cree una cosa hoy y duda de ella mañana, no tiene fe. La fe es continua; es un fundamento eterno. Todos los hombres viven por la respiración. No pueden vivir respirando un día y dejando de respirar al día siguiente. Tan pronto como dejan de respirar, dejan de vivir. Así es con la fe; cuando la fe cesa, la vida justa cesa. Quien ejerce fe tan a menudo y por tanto tiempo como respira, será justo mientras viva.

PT, 22 de marzo de 1894

9. La Salvación Presente

E. J. Waggoner

Como Dios habita la eternidad, de modo que todo el tiempo es presente para Él, así todas Sus promesas y bendiciones para los hombres están en tiempo presente. No puede haber tiempo futuro ni pasado para Él. Esto lo convierte en «un pronto auxilio en la tribulación», porque solo podemos vivir en el presente. No podemos vivir un solo momento en el futuro. Esperamos cosas en el futuro y tenemos esperanza de cosas por venir, pero el presente es todo lo que podemos tener, porque cuando las cosas esperadas lleguen, serán presentes. De hecho, las cosas que tenemos razones para esperar en el futuro, serán solo la continuación de las cosas que tenemos ahora. Todas las cosas están en Cristo, y Su promesa es: «y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.» (Mateo 28:20, RVR1960).

El apóstol Pablo bendijo a Dios porque Él «nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,» (Efesios 1:3, RVR1960). Las promesas de Dios para el futuro deben ser realidades presentes para nosotros, si alguna vez recibimos algún beneficio de ellas. «porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios.» (2 Corintios 1:20, RVR1960). Es por estas «grandísimas y preciosas promesas» que somos «hechos participantes de la naturaleza divina». Las glorias del mundo venidero no serán más que la revelación de aquello que ya tenemos en la presencia personal del Señor Jesucristo dentro de nosotros. La única esperanza de gloria es Cristo en nosotros. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.» (Hebreos 13:8, RVR1960). La palabra de Dios «vive y permanece para siempre.» (1 Pedro 1:23, RVR1960). No tenemos que tratar con una palabra muerta, que fue pronunciada hace tanto tiempo que ya no tiene fuerza, sino con una palabra que tiene la misma vida como si acabara de ser pronunciada. De hecho, nos beneficia solo cuando la recibimos como hablada directa y personalmente a nosotros. «Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.» (1 Tesalonicenses 2:13, RVR1960). «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,» (2 Timoteo 3:16, RVR1960). Todo está en el presente.

Por esta razón, nunca podemos superar las Escrituras. No hay un solo texto en la Biblia que se haya vuelto obsoleto. No hay ninguno que el cristiano de más larga experiencia haya superado, de modo que ya no lo necesite. No hay ninguno que pueda dejarse de lado. El texto que lleva a un hombre al Salvador es el texto que siempre se necesita para mantenerlo allí. Y esto, también, aunque su mente se haya expandido y su visión espiritual se haya fortalecido enormemente; y la razón es que cada palabra de Dios es de profundidad infinita, de modo que a medida que la mente del cristiano se expande, la palabra significa más para él de lo que significaba al principio. El universo parece mucho mayor para el astrónomo que para el hombre que nunca ha mirado a través de un telescopio. Miramos las estrellas a simple vista y parecen muy lejanas. Luego las miramos a través de un telescopio potente, y, aunque podemos ver mucho más lejos con él, la distancia a las estrellas parece ser mucho mayor de lo que lo era con nuestra visión limitada. Así, cuanto más uno se familiariza con la palabra de Dios, más grande se vuelve. Las promesas de Dios, que parecían tan grandísimas cuando se nos revelaron por primera vez, se vuelven mucho más grandísimas cuanto más las consideramos y aplicamos.

La palabra de Dios es «la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;» (2 Pedro 1:19, RVR1960). Es la revelación de Cristo, quien es la Luz del mundo, por lo tanto, es una lámpara (Salmo 119:105; Proverbios 6:23). Todos hemos oido hablar del joven marinero a quien se le dejó a cargo del timón, con instrucciones de mantener la proa del barco directamente hacia una determinada estrella que se le había señalado, y quien, en unas pocas horas, llamó al capitán y le dijo que quería otra estrella para guiarse, ya que había pasado la primera que le habían dado. ¿Cuál era el problema? Había dado la vuelta al barco y se estaba alejando de la estrella. Así ocurre con aquellos que dicen haber superado ciertas porciones de la Biblia. El problema es que le han dado la espalda.

¿Qué es el Evangelio? «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1:16, RVR1960). Es poder presente aplicado a la salvación de aquel que tiene fe presente. ¿De qué salva el poder de Dios a los hombres? Jesús es el poder de Dios, y de Él se dijo: «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mateo 1:21, RVR1960). «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino

al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960). El Evangelio es el poder de Dios para salvar a los hombres del pecado. Pero es poder presente, porque el pecado siempre está presente. Su poder se aplica solo mientras uno cree. «Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17, RVR1960). En el momento en que un hombre deja de creer, es un pecador, exactamente igual que si nunca hubiera creído. La fe de ayer no servirá para hoy, así como la respiración del hombre de ayer no lo mantendrá vivo hoy.

El mensaje del Señor a la iglesia en los días inmediatamente anteriores a Su venida es: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.» (Apocalipsis 3:19, RVR1960). ¿Quién hay que haya superado este texto? Nadie. La bendición llega a quien reconoce la verdad de la acusación del Señor; porque a él el Señor entrará, con una provisión para toda su necesidad. Es el hombre que dice: «Dios, sé propicio a mí, pecador», el que baja a su casa justificado. Y es solo mientras el hombre continúa pronunciando esa oración que es justificado. «Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.» (Lucas 18:14, RVR1960). El apóstol dice: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960). Nótese que no dice: «De los cuales yo era el primero»; sino «de los cuales yo soy el primero». Y fue cuando se reconoció a sí mismo como el primero de los pecadores, que en él como primero se manifestó la misericordia y la longanimidad de Dios.

Algunos se han preguntado si un cristiano debería cantar estas líneas del bendito himno de Wesley:

«Justo y santo es tu nombre,
Yo soy toda iniquidad;
Vil y lleno de pecado soy;
Tú estás lleno de verdad y gracia.»

El hombre que piensa que ha superado esas líneas se encuentra en una condición lamentable,

pues se está apartando de la fuente de la justicia. «El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» (Mateo 19:17, RVR1960). Por lo tanto, cualquier justicia que se manifieste en un alma debe ser solo la justicia de Dios. Solo el alma que reconoce su propia pecaminosidad se aferrará a la justicia de Dios que es por la fe de Cristo. Es solo por la obediencia de uno que muchos son hechos justos (Romanos 5:19). Y ese uno es Cristo. «Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.» (1 Juan 2:2, RVR1960). El cristiano de cuarenta años de experiencia tiene tanta necesidad de la justicia que viene por Cristo como el pecador que ahora, por primera vez, viene al Señor. Así leemos de nuevo: «pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.» (1 Juan 1:7-8, RVR1960). Lo máximo que cualquiera puede decir es que Cristo está sin pecado, y que Cristo se ha entregado por nosotros. Él es de Dios «Mas por él estais vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;» (1 Corintios 1:30, RVR1960). Pero nótese que la limpieza es un proceso presente. Podemos saber que la sangre de Cristo nos limpió del pecado en algún momento del pasado; pero eso no nos servirá de nada. Esa vida es continuamente necesaria, para que la limpieza pueda continuar continuamente. Somos «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960). Porque Cristo es nuestra vida (Colosenses 3:4).

Así es que «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.» (1 Juan 4:2-3, RVR1960). Nótese de nuevo el tiempo presente. No basta con confesar que Jesucristo *vino* en carne; eso no traerá salvación a nadie. Debemos confesar, desde un conocimiento positivo, que Jesús *está ahora mismo* venido en carne, y entonces somos de Dios. Cristo vino en carne hace mil ochocientos años, solo con el propósito de demostrar la posibilidad. Aquello que Él hizo una vez, es capaz de hacerlo de nuevo. Aquel que niega la posibilidad de Su venida en la carne de los hombres ahora, por ello niega la posibilidad de Su haber venido alguna vez en carne.

Así, nuestra parte es con humildad de mente confesar que somos pecadores; que en nosotros no hay cosa buena. Si no lo hacemos, entonces la verdad no está en nosotros; pero si lo hacemos, entonces Cristo, quien vino al mundo con el propósito expreso de salvar a los pecadores, vendrá y establecerá Su morada con nosotros, y entonces la verdad estará realmente en nosotros. Entonces se manifestará la perfección en medio de la imperfección. Habrá plenitud en medio de la debilidad. Porque «vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.» (Colosenses 2:10, RVR1960). Él ha creado todas las cosas por la palabra de Su poder, y por lo tanto puede tomar a hombres que no son nada, y hacerlos «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado,» (Efesios 1:6, RVR1960). «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.» (Romanos 11:36, RVR1960).

PT, May 18, 1893

10. La Vida Cristiana

E. J. Waggoner

Alguien dice:

“El niño o la niña, en la escuela, mira la muestra en el cuaderno de caligrafía y la imita, tratando de escribir cada línea siguiente mejor. Esa es la vida cristiana, y eso es todo.”

De ninguna manera. Si eso fuera todo, no habría esperanza para nadie; porque el modelo es Jesucristo, en quien habita «*toda la plenitud de la Deidad corporalmente*», y ningún ser humano podría copiar con éxito esa vida. «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.» (Isaías 55:8-9, RVR1960). Quien quisiera copiar la vida de Cristo como el escolar copia su lección, y hacerlo con éxito, debería tener un poder igual al de Dios.

Si el niño cuya mano el maestro sostiene y guía al imitar la muestra, fuera usado como una ilustración de la vida cristiana, sería un paso más cerca de la verdad; pero incluso eso no sería la verdad. Eso es mecánico. El niño puede ceder su mano voluntariamente al maestro, para que sea guiada, pero la escritura, después de todo, no es suya. Dios no usa a los hombres como instrumentos muertos para ser operados, aunque los hombres deben entregarse a Él como instrumentos de justicia.

La vida cristiana es simplemente la vida de Cristo. Si el maestro que establece la muestra para el escolar, pudiera poner toda su propia habilidad y poder en ese niño, de modo que lo que escribe no fuera meramente una imitación de la muestra del maestro, sino la propia escritura del maestro, y aun así el acto libre del niño, tendríamos una ilustración de la vida cristiana. «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:12-13, RVR1960). «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960). «El que dice que

permanece en él, debe andar como él anduvo.» (1 Juan 2:6, RVR1960). ¿Y cómo fue que Él anduvo? Cristo mismo dijo: «¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.» (Juan 14:10, RVR1960). Cristo nos ha puesto la muestra, pero en lugar de mantenerse a un lado y observarnos tratar de imitarlo, Él viene gustosamente a nuestros corazones, haciéndose uno con nosotros, de modo que Su vida es nuestra vida, y Su acto es el nuestro. Esto es vida —la vida cristiana.

PT, 9 de marzo de 1893

11. Desesperadamente Malvado

E. J. Waggoner

Es bastante probable que nos ofendiéramos y escandalizáramos si alguno de nuestros amigos nos dijera que somos personas desesperadamente malvadas, o si alguien nos representara como tales ante el público. Conocemos a algunas personas que son malvadas — quizás algunas de las cuales consideramos desesperadamente malvadas—; y hemos leído sobre tales personas en la historia y en los relatos de crímenes que llenan las columnas de los periódicos; y no deseariamos ser clasificados con ellas. Pertenecemos a la clase de personas "respetables" —esa clase que no es tan buena como podría ser, pero que no hace nada muy malo—. Ciertamente, sería una calumnia flagrante señalarnos como desesperadamente malvados.

¿Lo sería? Examinemos un poco este asunto. El Señor ha dicho algo al respecto, y Él no calumnia a las personas, sino que dice a cada uno la verdad exacta. Acudimos al libro de Jeremías y leemos: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9, RVR1960). ¿De quién es el corazón? Ah, no se especifica ninguna persona en particular en la declaración; su aplicación es general; significa tu corazón y el mío. Tampoco dice que el corazón *puede* volverse engañoso y desesperadamente malvado, sino que *lo es*. No hay escapatoria; el Señor dice que nuestros corazones son *engañosos por encima de todas las cosas, y desesperadamente malvados*. No importa nuestra respetabilidad y posición en la sociedad; si el corazón humano nos gobierna, somos desesperadamente malvados. Y es solo porque nuestros corazones son tan engañosos que no nos damos cuenta de este hecho. Sí; allí hay asesinato; allí hay adulterio, allí hay robo, allí hay blasfemia, allí está ese crimen espantoso que nos conmocionó al leerlo en el periódico, y que envió a un hombre al patíbulo; allí hay todo aquello de lo que son culpables los hombres sin ley, y que es contrario a los diez mandamientos. El Señor lo dice; porque Él dice: «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden;» (Romanos 8:7, RVR1960).

¿A qué parte de la ley de Dios no está sujeta la mente carnal? ¿Puede estar sujeta a una parte de esa ley y no sujetarse a la parte restante? Ciertamente, eso no podría ser. El corazón debe estar sujeto a la ley en su totalidad, o no estar sujeto a ella; y el corazón carnal, como

declara el texto, «*no se sujeta a la ley de Dios*». Esta naturaleza carnal es la naturaleza que obtenemos al nacer, y esta naturaleza debemos retener, sin importar nuestra posición y ocupación entre los hombres, hasta que permitamos que el Señor transforme nuestros corazones por el poder de Su gracia. Y por lo tanto, toda persona en quien existe este corazón natural o carnal está en enemistad con cada precepto de la ley divina. No solo está en enemistad con el mandamiento que dice: «*No codiciarás*» —como pueden estarlo personas muy respetables—, sino que tampoco está en armonía con los mandamientos que dicen: «*No matarás*» y «*No cometerás adulterio*». Puede que no sienta la enemistad incitándolo a cometer algún acto impactante; pero, sin embargo, está ahí.

¿Sabemos, incluso los mejores de nosotros, lo que hay en nuestros corazones? ¡Con qué frecuencia las circunstancias descubren allí males con los que ni siquiera soñamos! Dejemos que nuestra naturaleza se altere repentinamente, y surgirán palabras y acciones que nos causarán sorpresa y vergüenza. Los hombres no empiezan su vida para convertirse en asesinos, adúlteros o malversadores. Tales individuos se horrorizarían si se les dijera al principio a dónde los llevarían los acontecimientos de años posteriores. Su naturaleza era la misma que la nuestra: sin embargo, los malos actos estaban allí.

No sirve de nada negar lo que el Señor nos dice. Si la mera "respetabilidad" pudiera decidir la cuestión, el diablo tendría ventaja sobre nosotros, porque él «se disfraza como ángel de luz.» (2 Corintios 11:14, RVR1960), poder que nosotros no poseemos. Ninguno de nosotros puede competir con el diablo en cuanto a una buena apariencia. El Señor nos ve tal como somos, y cuanto antes nos veamos a nosotros mismos como Él nos ve, mejor. Cuando nos convenzamos de que somos realmente desesperadamente malvados, veremos la necesidad de deshacernos por completo de nuestras naturalezas heredadas, en lugar de intentar hacerlas presentables a Dios mediante algunos esfuerzos de remiendo. Estaremos listos para aceptar el nuevo corazón y la nueva naturaleza que Dios nos da a condición de una sumisión perfecta a Él, incluso la naturaleza de Jesucristo, quien mora en el corazón por la fe.

También veremos que el apóstol dijo la verdad cuando afirmó: «Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo.» (Romanos 2:1, RVR1960). Los gérmenes que se desarrollaron (y tan repentinamente) en los malos actos que condenamos en otros, están en nuestros propios corazones naturales, en la enemistad que tales corazones

tienen hacia la ley de Dios. Cuando tengamos la naturaleza de Cristo, estaremos en este punto como Miguel Arcángel, quien contra el mismo Satanás no traería acusación de maledicencia (Judas 9). Nos corresponde elegir entre una naturaleza que es desesperadamente malvada y una que es infinitamente buena.

PT, 27 de diciembre de 1894

12. Oír y vivir

E. J. Waggoner

Con la excepción del cuarto y quinto mandamiento, todos comienzan con las palabras: «*No harás*». Sin embargo, no son meramente negativos, ya que todos se resumen en los dos grandes mandamientos positivos: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*», y «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*».

Con demasiada frecuencia se consideran meros mandatos arbitrarios, pero son mucho más que eso. Hay un poder en ellos que no pertenece a las palabras ordinarias. Es el poder de la palabra de Dios, que es vida misma. Cristo dijo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). Siendo el Espíritu mismo de vida, dan vida a todos los que las escuchan.

Del poder vivificador de la palabra del Señor, tenemos ejemplos en la resurrección de Lázaro y de la hija del gobernante. Cristo dijo: «De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeron vivirán.» (Juan 5:25, RVR1960). Y luego sigue la declaración de que, así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo, para que cuando llegue la hora, todos los que están en los sepulcros oigan su voz y salgan. «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17, RVR1960). «Con el corazón se cree». Así que el oír de la fe pone las palabras de Dios en el corazón. Pero Cristo habita en el corazón por la fe (Efesios 3:17), porque su Espíritu está en su palabra; de modo que el oír de la fe trae la vida de Cristo al corazón, y eso es justicia.

Pero esto es poner la ley en el corazón; porque cuando Moisés exhortó al pueblo a guardar los mandamientos, dijo: «Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.» (Deuteronomio 30:11-14, RVR1960).

En el décimo capítulo de Romanos, justo antes de la conclusión del apóstol de que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios, se cita este pasaje de Deuteronomio, y se muestra que el «mandamiento» se refiere a Cristo, quien es el alma y la sustancia de la ley. Y que esto es lo que Moisés quiso decir con estas palabras se demuestra por la declaración de Pablo de que las palabras de Moisés son el lenguaje de «*la justicia que es de fe*». Y además, por las palabras del mismo Moisés: «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar.» (Deuteronomio 30:19-20, RVR1960).

La vida viene por guardar los mandamientos (Mateo 19:17; Apocalipsis 22:14); pero Cristo es la vida de la ley, y él habita en el corazón por la fe en su palabra. Así, la ley, como la verdadera justicia de Dios y no la mera forma, es vida y tiene poder para dar vida. David dijo: «Ella es mi consuelo en mi aflicción, Porque tu dicho me ha vivificado.» (Salmos 119:50, RVR1960). «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón;» (Deuteronomio 6:4-6, RVR1960). ¿Cómo en el corazón? Por la fe. ¿Y cómo viene la fe? Por el oír. La idea es que, así como en el día postrero los que oigan la voz de Dios serán levantados a vida de sus sepulcros, así ahora los que verdaderamente escuchan sus mandamientos recibirán la vida de ellos. En consecuencia, el Señor testificó lo siguiente: «Oye, pueblo mío, y te amonestaré.

Israel, si me oyeres, No habrá en ti dios ajeno,

Ni te inclinarás a dios extraño.» (Salmos 81:8-9, RVR1960).

Si los hijos de Israel hubieran escuchado al Señor continuamente, Él habría asegurado su salvación. Mientras lo escuchaban, Él habría asumido la responsabilidad de mantenerlos libres de idolatría y de todo pecado. Así que, cuando en la ley Él dice «*No harás*», no se refiere simplemente a prohibir que hagamos las cosas mencionadas, sino también a asegurarnos que no las haremos si tan solo escuchamos con fe, reconociéndolo a Él en ellas.

Así, por medio del profeta dice: «¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar.» (Isaías 48:18, RVR1960). Y de nuevo exhorta: «Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David.» (Isaías 55:3, RVR1960).

Esta es una garantía reconfortante. Pero una cosa no debe perderse de vista, y es que la justicia que viene por el oír de la fe no es una mera justicia pasiva. Es la justicia activa de Dios. Y, además, es precisamente esa justicia la que se demanda en los diez mandamientos, sin variación alguna. Quien oye debe oír las palabras mismas de Dios, y los diez mandamientos son las palabras que Dios habló con su propia voz. Él no dijo: «*El primer día es el sábado del Señor*», pero sí dijo: «*El séptimo día es el sábado de Jehová tu Dios*». Dado que Dios nunca mandó la observancia del primer día de la semana, nadie puede oír esas palabras de su boca; por consiguiente, no puede haber ni vida ni justicia en tal observancia.

«No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»; «El que tiene oídos para oír, oiga». Pero «*Mirad, pues, cómo oís*».

PT, 6 de abril de 1893

13. El poder del perdón

E. J. Waggoner

«Y he aquí, le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados. Entonces algunos de los escribas decían para sí: Este blasfema. Y Jesús, conociendo los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama y vete a tu casa. Y él se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto la multitud, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.» (Mateo 9:3-8).

Una de las expresiones más comunes que se oyen entre los cristianos profesos cuando hablan de cosas religiosas es esta: «*Puedo entender y creer que Dios perdonará el pecado, pero me resulta difícil creer que pueda guardarme del pecado.*» Tal persona aún tiene mucho que aprender acerca de lo que significa que Dios perdone los pecados. Es cierto que las personas que hablan así a menudo tienen cierta paz al creer que Dios ha perdonado o perdona sus pecados, pero por no comprender el poder del perdón, se privan de muchas bendiciones que podrían disfrutar.

Teniendo en cuenta la declaración sobre los asuntos que «estas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Esto se aplica no solo al milagro que tenemos delante. Los escribas no creyeron que Jesús pudiera perdonar pecados. Para mostrar que tenía poder para perdonar pecados, sanó al hombre paralítico. Este milagro fue obrado con el propósito expreso de ilustrar la obra de perdonar el pecado y demostrar su poder. Jesús dijo al paralítico: «Levántate, toma tu cama y vete a tu casa», para que ellos y nosotros conociéramos su poder para perdonar el pecado. Por lo tanto, el poder exhibido en la sanación de ese hombre es el poder otorgado en el perdón del pecado.

Nótese particularmente que el efecto de las palabras de Jesús continuó después de ser pronunciadas. Produjeron un cambio en el hombre, y ese cambio fue permanente. Así debe ser también en el perdón del pecado. La idea común es que cuando Dios perdoná el pecado, el

cambio está en Él mismo, y no en el hombre. Se piensa que Dios finalmente deja de tener algo en contra del que ha pecado. Pero esto implicaría que Dios tenía una dureza contra el hombre, lo cual no es el caso. Dios no es hombre; no alberga enemistad ni guarda un sentimiento de venganza. No es porque Él tenga un sentimiento duro en su corazón contra un pecador que lo perdona, sino porque el pecador tiene algo en su corazón. Dios está bien, el hombre está completamente equivocado, por lo tanto, Dios perdona al hombre, para que también él pueda estar bien.

Cuando Jesús, ilustrando el perdón del pecado, dijo al hombre: «Levántate, toma tu cama y vete a tu casa», el hombre se levantó obediente a su voz. El poder que había en las palabras de Jesús lo levantó y lo sanó. Ese poder permaneció en él, y fue con la fuerza que se le dio al quitarle la parálisis que anduvo todo el tiempo, siempre y cuando, por supuesto, mantuviera la fe. Esto es ilustrado por el salmista, cuando dice: «Pacientemente esperé a Jehová,

Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso;

Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.» (Salmos 40:1-2, RVR1960).

Hay vida en las palabras de Dios. Jesús dijo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). La palabra recibida con fe trae el Espíritu y la vida de Dios al alma. Así, cuando el alma penitente oye las palabras: «Hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados», y recibe esas palabras como palabras vivas del Dios vivo, es un hombre diferente, porque una nueva vida ha comenzado en él. Es el poder del perdón de Dios, y solo eso, lo que lo guarda del pecado. Si continúa en pecado después de recibir el perdón, es porque no ha comprendido la plenitud de la bendición que se le dio en el perdón de sus pecados.

En el caso que nos ocupa, el hombre recibió nueva vida. Su condición de paralítico era simplemente el deterioro de la vida natural. Estaba parcialmente muerto. Las palabras de Cristo le dieron vida fresca. Pero esta nueva vida que se le dio a su cuerpo, y que le permitió caminar, fue solo una ilustración, tanto para él como para los escribas, de la vida invisible de Dios que había recibido en las palabras: «Tus pecados te son perdonados», y que lo había hecho una nueva criatura en Cristo.

Con esta sencilla y clara ilustración ante nosotros, podemos entender algunas de las palabras del apóstol Pablo, que de otro modo son «*difíciles de entender*». Primero lean Colosenses 1:12-14: «con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.» (Colosenses 1:12-14, RVR1960). Véase la misma declaración sobre la redención por la sangre de Cristo, en 1 Pedro 1:18, 19; Apocalipsis 5:9.

Nótese dos puntos: tenemos redención *por* la sangre de Cristo, y esta redención es el perdón de los pecados. Pero la sangre es la vida. Véase Génesis 9:4; Apocalipsis 17:13, 14. Por lo tanto, Colosenses 1:14 realmente nos dice que tenemos redención por la vida de Cristo. Pero, ¿no dice la Escritura que somos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo? Sí lo dice, y eso es precisamente lo que aquí se enseña. Cristo «quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.» (Tito 2:14, RVR1960). Él «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,» (Gálatas 1:4, RVR1960). Al darse a Sí mismo, da su vida. Al derramar su sangre, derrama su vida. Pero al entregar su vida, nos la da a nosotros. Esa vida es justicia, la perfecta justicia de Dios, de modo que cuando la recibimos somos «hechos justicia de Dios en Él». Es el recibir la vida de Cristo, al ser bautizados en su muerte, lo que nos reconcilia con Dios. Es así como «nos vestimos del nuevo hombre, el cual, según Dios, es creado en justicia y santidad de la verdad, conforme a la imagen de aquel que lo creó». (Efesios 4:24; Colosenses 3:10).

Ahora podemos leer Romanos 3:23-25, y encontrar que no es tan difícil: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,» (Romanos 3:23-25, RVR1960).

Todos han pecado. Toda la vida ha sido pecado. Aun los pensamientos han sido malos. Marcos 7:21. Y el ocuparse de la carne es muerte. Por lo tanto, la vida de pecado es una muerte en vida. Si el alma no es liberada de esto, terminará en muerte eterna. No hay poder en el hombre para obtener justicia de la santa ley de Dios, por lo tanto, Dios en su misericordia pone su propia justicia sobre todos los que creen. Él nos hace justos como un regalo gratuito

de las riquezas de su gracia. Él hace esto por medio de sus palabras, pues Él declara —habla— su justicia en y sobre todos los que tienen fe en la sangre de Cristo, en Él está la justicia de Dios, «porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». Y esta declaración o pronunciación de la justicia de Dios sobre nosotros, es la remisión o la eliminación del pecado. Así, Dios quita la vida pecaminosa poniendo su propia vida justa en su lugar. Y este es el poder del perdón del pecado. Es «el poder de una vida indestructible».

Este es el comienzo de la vida cristiana. Es recibir la vida de Dios por fe. ¿Cómo se continúa? —Exactamente como se empieza. «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960). Porque «el justo por la fe vivirá». El secreto de vivir la vida cristiana es simplemente aferrarse a la vida que, recibida al principio, perdona el pecado.

Dios perdona el pecado quitándolo. Él justifica al impío haciéndolo piadoso. Él reconcilia al pecador rebelde consigo mismo quitando su rebelión y haciéndolo un súbdito leal y obediente a la ley.

A veces se dice: «*Pero es difícil entender cómo podemos tener la vida de Dios como un hecho real; no puede ser real, porque es por fe que la tenemos.*» Así fue por fe que el pobre paralítico recibió nueva vida y fuerza; pero ¿fue su fuerza menos real por ello? ¿No fue un hecho real que recibió fuerza? «*¿No se puede entender?*» ¡Claro que no!, porque es una manifestación de «el amor de Dios que excede todo conocimiento». Pero podemos creerlo y comprender el hecho, y entonces tendremos una vida eterna en la que estudiar su maravilla. Lean una y otra vez la historia de la sanación del paralítico, y mediten en ella hasta que sea una realidad viva para ustedes, y luego recuerden que «estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».

ST, 10 de abril de 1893

14. Eva Descreyó a Dios

A. T. Jones

Si Eva hubiera creído la palabra de Dios, nunca habría pecado. Sí, mientras Eva hubiera creído la palabra de Dios, nunca podría haber pecado. Todos los que reflexionen deben estar de acuerdo en que esto es verdad.

Ella tenía la palabra de Dios claramente expresada: «mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.» (Génesis 2:17, RVR1960).

Satanás vino con su nueva palabra, sus argumentos y persuasiones: «Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.» (Génesis 3:4-5, RVR1960).

Si, entonces, Eva hubiera dicho: *No; Dios ha dicho que no debo comer de ese árbol. Él ha dicho que el día que coma de él moriré. Creo en Dios. No pretendo saberlo todo al respecto, pero Él sí lo sabe todo. Confiaré en Él. No comeré de ese árbol,* —si ella hubiera hecho así, nunca habría pecado. Y mientras ella hubiera hecho así, no habría podido pecar.

Por lo tanto, es una verdad eterna que si Eva hubiera creído a Dios, nunca habría pecado; y mientras ella hubiera creído a Dios, nunca podría haber pecado. Y Adán lo mismo.

Ahora bien, eso es tan cierto hoy como lo fue aquel día; y es tan cierto para cada hombre y mujer hoy como lo fue para aquella mujer aquel día.

La persona que hoy cree en Dios no pecará; y mientras crea en Dios, no puede pecar. Este principio es eterno y es tan válido hoy como lo fue al principio. Y Cristo en la naturaleza humana lo ha demostrado.

Pero esto exige *creer verdaderamente en Dios*, —no una fe fingida, que aparentemente acepta una palabra del Señor y rechaza otra; que profesa creer una declaración de la palabra de Dios, y duda de la siguiente. Esa manera de proceder no es creer en Dios en absoluto.

Esto también exige una disposición y diligencia, un hambre y sed de conocer la palabra de Dios, que nos llevará a conocer todo lo que el Señor ha hablado. Por supuesto, si alguna persona prefiere pecar antes que buscar conocer y creer la palabra de Dios para no pecar, no

hay poder en el universo que pueda guardarle de pecar. Pero quien aborrece el pecado, quien prefiere morir antes que pecar, —para él la palabra de Dios es preciosa; para él es un placer, sí, un gozo, estudiar para encontrar todo lo que el Señor ha hablado; con él hay un hambre y sed que recibirá con alegría la palabra de Dios, para que no peche. «En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios

Yo me he guardado de las sendas de los violentos.» (Salmos 17:4, RVR1960). «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos.» (Jeremías 15:16, RVR1960). «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.» (2 Timoteo 2:15, RVR1960). «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.» (Colosenses 3:16, RVR1960). «En mi corazón he guardado tus dichos,

Para no pecar contra ti.» (Salmos 119:11, RVR1960).

Y así, ciertamente seréis «guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.» (1 Pedro 1:5, RVR1960).

RH, 4 de octubre de 1898

15. Otro Hombre

E. J. Waggoner

Hay algo sumamente reconfortante en la idea de recibir el poder del Espíritu Santo; y no es de extrañar, porque el Espíritu es el Consolador. Pero el gran consuelo de ello se muestra en el resultado, como se ilustra en un caso típico. Cuando Samuel ungíó a Saúl como rey sobre Israel, le dijo: «Después de esto llegarás al collado de Dios donde está la guarnición de los filisteos; y cuando entres allá en la ciudad encontrarás una compañía de profetas que descienden del lugar alto, y delante de ellos salterio, pandero, flauta y arpa, y ellos profetizando. Entonces el Espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre.» (1 Samuel 10:5-6, RVR1960)

¡Qué pensamiento tan maravillosamente agradable, que el Espíritu transforma a quien cede a su presencia en otro hombre! El viejo hombre es pecaminoso. Somos carnales por naturaleza. Hemos cometido muchas obras impías, porque el pecado era nuestra propia naturaleza. El recuerdo de esos pecados a menudo nos ha consternado, así como el conocimiento de la naturaleza pecaminosa, de donde vinieron, a menudo nos ha sido motivo de dolor y vergüenza. Las malas acciones pasadas que no podíamos borrar, nos habían sido presentadas por Satanás para desanimarnos, y así darle a él mayor poder sobre nuestra naturaleza pecaminosa.

Pero ahora nos llega la gloriosa noticia de que, al rendirnos al Espíritu de Dios, podemos ser transformados en otras personas. Ese «nuevo hombre» es «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.» (Efesios 4:24, RVR1960). Ocupa el lugar de «el viejo hombre, que está viciado conforme a las concupiscencias engañosas.» Este nuevo hombre es «conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,» (Colosenses 3:10, RVR1960); y esta renovación tiene lugar «de día en día.» (2 Corintios 4:16, RVR1960).

Nos rendimos, y la transformación se efectúa. Seguimos rindiéndonos, y la renovación tiene lugar continuamente. Y ahora el diablo vuelve a nosotros con sus viejos trucos. Nos presenta la larga lista de pecados, pero ya no nos consternan. Podemos decirle: «*Te has equivocado; el hombre que solía vivir aquí, y que cometió esos pecados, está muerto, y yo no*

tengo ninguna conexión con él, y por lo tanto no se me puede pedir que pague sus cuentas.» Ya no hay una «terrible expectación de juicio», porque no entraremos en juicio, habiendo pasado de muerte a vida. (Juan 5:24).

El diablo intenta sus viejas tentaciones, a través de las concupiscencias de la carne, pero de nuevo se frustra. Antes no tenía dificultad en extraviarnos, pero ahora tiene que tratar con otro hombre, y para su asombro descubre que sus propósitos fracasan. No hay condenación para nosotros, porque andamos en el Espíritu.

Este nuevo hombre nunca ha pecado, porque es «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad», y se mantiene eternamente nuevo. ¡Cuántas veces hemos deseado poder librarnos de nosotros mismos! Podemos hacerlo. La palabra nos llega: «Despojaos del viejo hombre con sus obras», y con la palabra viene el poder para despojarlo. Y el nuevo hombre no puede pecar, porque es la imagen misma de Dios. Así que nuestra parte, día a día, puede ser declarar de corazón con el Apóstol Pablo: «Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:19-20, RVR1960).

PT, January 25, 1894

16. Como un Pájaro Libre

E. J. Waggoner

El Señor Jesucristo comenzó su ministerio terrenal leyendo en la sinagoga de Nazaret las siguientes palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí,

Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;

Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;

A pregonar libertad a los cautivos,

Y vista a los ciegos;

A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor.» (Lucas 4:18-19, RVR1960). Y luego dijo a la congregación: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.»

Volviendo al lugar de donde leyó Cristo, encontramos estas palabras: «El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungíó Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel;» (Isaías 61:1, RVR1960).

El término hebreo que en Isaías se traduce como «apertura de la cárcel» tiene el significado general de «apertura», y se aplica a la apertura de los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos. De acuerdo con ello, el Salvador le dio esta doble aplicación al leerlo, de modo que en Lucas tenemos, en lugar de la única afirmación «apertura de la cárcel a los que están atados», las dos afirmaciones: «vista a los ciegos» y «a poner en libertad a los oprimidos». PTUK January 10, 1894, p. 35.3

Por lo tanto, el sentido total del texto es que Cristo vino a dar libertad en cada sentido de la palabra. Está cargado con la idea de libertad, y a una extensión que pocos alcanzan a comprender. Nos veremos ampliamente recompensados por unos momentos de estudio más cercano y por muchas horas de meditación posterior sobre él.

La palabra «libertad», en la afirmación de Isaías 61:1, de que Cristo fue ungido «para proclamar libertad a los cautivos», proviene de una palabra hebrea cuyo significado primario es «una golondrina». Este sustantivo se deriva de un verbo que significa «volar en círculo,

girar en vuelo», como un pájaro en el aire. De esto es fácil ver cómo la palabra llegó a significar «libertad». PTUK January 10, 1894, p. 35.5

Aprendemos, por lo tanto, que la idea bíblica de libertad está mejor representada por el grácil vuelo de una golondrina por el aire. A menudo usamos la expresión «*tan libre como un pájaro*», y eso expresa exactamente la *libertad con que Cristo nos hace libres*. ¿No es algo glorioso? ¡Qué sensación de libertad estremece el alma con solo pensarla!

El pecado es esclavitud. Jesús dijo: «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.» (Juan 8:34, RVR1960). El pecador no solo está en esclavitud, sino que está en prisión. El apóstol Pablo dice: «Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada.» (Gálatas 3:22-23, RVR1960). La palabra «encerró» significa, literalmente, «*encerrados juntos*». Todos los pecadores están en esclavitud, encerrados juntos en prisión, condenados a trabajos forzados.

El fin del pecado es la muerte (Santiago 1:15). En consecuencia, el pecador no solo está encerrado en prisión, condenado a trabajos duros e improductivos, sino que tiene el temor a la muerte continuamente ante él. Es de esto que Cristo nos libra (Hebreos 2:14, 15). Así leemos en Salmos 102:19, 20: «Porque miró desde lo alto de su santuario; Jehová miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte.» Cristo dice: «Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.» (Juan 8:36, RVR1960).

«*Verdaderamente libres*». Con el conocimiento ya adquirido de Isaías 61:1, podemos captar fácilmente la plenitud de esa libertad. Imaginemos un pájaro que ha sido atrapado y encerrado en una jaula. Anhela la libertad, pero las crueles rejas lo hacen imposible. Alguien se acerca y abre la puerta. El pájaro ve la abertura, pero ha sido engañado tan a menudo en sus intentos de obtener su libertad, que duda. Salta, descubre que su prisión está realmente abierta, tiembla un momento de pura alegría al pensar en la libertad, luego extiende sus alas y se eleva por el aire con un éxtasis que solo puede conocer alguien que ha sido cautivo. «*Verdaderamente libres*». Tan libres como un pájaro.

Esta es la libertad con la que Cristo libera al cautivo del pecado. El salmista tuvo esa experiencia, porque dijo: «Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los cazadores;

Se rompió el lazo, y escapamos nosotros.» (Salmos 124:7, RVR1960). Y esta es la experiencia de todo aquel que acepta a Cristo de manera verdadera y sin reservas.

Pero es la verdad la que da esta libertad; porque Cristo dice: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» (Juan 8:32, RVR1960). Él es la verdad, y su palabra es verdad. El salmista dice: «Tu justicia es justicia eterna,

Y tu ley la verdad.» (Salmos 119:142, RVR1960). Y también dice: «Y andaré en libertad,

Porque busqué tus mandamientos.» (Salmos 119:45, RVR1960). Como aprendemos del margen, esto es literalmente: «*Y andaré en un lugar amplio, porque busqué tus mandamientos*»; y esto encaja con lo que aprendemos en el versículo 96: «A toda perfección he visto fin; Amplio sobremanera es tu mandamiento.» (Salmos 119:96, RVR1960). Los mandamientos de Dios forman un lugar sumamente amplio en el que todos los que los buscan pueden caminar. Ellos son la verdad, y es la verdad la que da libertad. «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.» (Romanos 7:14, RVR1960). Es decir, la ley es la naturaleza de Dios, porque «el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» (2 Corintios 3:17, RVR1960). Debido a que el Espíritu de Jehová Dios estaba en Cristo, Él pudo proclamar libertad a los cautivos del pecado. Así leemos las palabras de uno que había sido un esclavo cautivo, «*vendido al pecado*»: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.» (Romanos 8:1-2, RVR1960).

La ley de Dios estaba y está en el corazón de Cristo (Salmos 40:8). Del corazón brotan las fuentes de la vida (Proverbios 4:23); por lo tanto, la vida de Cristo es la ley de Dios. Cuando los hombres intentan guardar la ley con sus propias fuerzas, invariablemente caen en esclavitud, tan seguramente como si la quebrantaran deliberadamente. La única diferencia es que en el último caso son esclavos voluntarios, mientras que en el primero son esclavos involuntarios. Solo en Cristo se encuentra la justicia perfecta de la ley, y por lo tanto, su vida es «*la perfecta ley de la libertad*», a la cual somos exhortados continuamente a mirar

(Santiago 1:25; Hebreos 12:2). La ley que encierra en muerte segura al hombre que está fuera de Cristo, se convierte en vida y libertad para el hombre que está en Cristo.

Hemos visto que «*el mandamiento es sobremanera amplio*». ¿Cuán amplio? Tan amplio como la vida de Dios. Por lo tanto, la libertad, o el «*lugar amplio*» en el que uno puede caminar si busca la ley de Dios, es la amplitud de la mente de Dios, que comprende el universo. Esta es «*la gloriosa libertad de los hijos de Dios*». «*Sus mandamientos no son gravosos*», sino que, por el contrario, son vida y libertad para todos los que los aceptan «*según la verdad está en Jesús*». Dios no nos ha dado espíritu de esclavitud, sino que nos ha llamado a la libertad que Él mismo disfruta; porque si creemos su palabra, somos sus hijos — «*herederos de Dios y coherederos con Jesucristo*».

Solo el Espíritu de Dios puede dar una libertad como esta. Ningún hombre puede darla, y ningún poder terrenal puede quitarla. Hemos visto que ningún hombre puede obtenerla por sus propios esfuerzos para guardar la ley de Dios. Los mayores esfuerzos humanos no pueden resultar en otra cosa que esclavitud. Por lo tanto, cuando los gobiernos civiles promulgan leyes que exigen a los hombres seguir una determinada costumbre religiosa, simplemente les están forjando grilletes; porque la religión por ley significa una religión de poder puramente humano. No es el hombre que intenta hacer lo correcto el que es libre, sino el hombre que realmente hace lo correcto. Pero ningún hombre hace la verdad, excepto aquel cuyas obras son realizadas en él por Dios mismo.

La libertad que Cristo da es libertad del alma. Es libertad de la esclavitud del pecado. Esa, y solo esa, es la verdadera libertad religiosa. No se encuentra en ningún otro lugar que no sea la religión de Jesucristo. El hombre que tiene esa libertad es libre incluso en una celda de prisión. El esclavo que la tiene es infinitamente más libre que su cruel amo, incluso si este fuera un rey. ¿Quién no desea una libertad que sea algo más que un nombre?

Y ahora, una palabra más de aliento para el esclavo del pecado, que está descorazonado por su cautiverio y desalentado por el fracaso de repetidos intentos de escapar. La libertad es tuya, si tan solo la tomas. Lee de nuevo las palabras de Cristo, que son palabras vivas hoy: PTUK January 10, 1894, p. 36.8

«El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungíó Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar

libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados;» (Isaías 61:1-2, RVR1960).

¿Qué es eso? La libertad ya ha sido proclamada. Las puertas de tu prisión ya están abiertas, y solo tienes que creerlo y salir, creyéndolo continuamente. Cristo te está proclamando libertad hoy, porque Él ha roto el lazo y ha desatado tus ligaduras (Salmos 116:16). Él te dice que ha abierto esta puerta de prisión para que puedas caminar en libertad, si solo caminas por fe en Él. Es la fe la que abre la puerta al que está encerrado en el pecado. Cree su palabra, déclarate libre en su nombre, y luego, por humilde fe, mantente firme en la libertad con que Cristo nos ha hecho libres. Entonces conocerás la bienaventuranza de la seguridad: «pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.» (Isaías 40:31, RVR1960).

PT, January 10, 1894

17. Jesucristo el Justo

E. J. Waggoner

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» (1 Juan 2:1, RVR1960) De todos los seres que han vivido en esta tierra, solo Cristo *no conoció pecado*. Él es el único de quien se pudo decir: «Y que en él no hay injusticia.» (Salmos 92:15, RVR1960)

Él mismo, sin egoísmo, se declaró sin pecado. Y la razón por la que pudo hacer esto, era que Él era, en verdad, Dios. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.» «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbría a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.» (Juan 1:1-14, RVR1960) Cristo fue Dios manifestado en carne, de modo que Su nombre fue Emmanuel: «He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo,

Y llamarás su nombre Emanuel,

que traducido es: Dios con nosotros.» (Mateo 1:23, RVR1960)

Porque «en Él no hay pecado», «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» (1 Juan 3:5, RVR1960) «En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra.» (Jeremías 23:6, RVR1960) Obsérvese que Él es nuestra justicia, y no simplemente un sustituto de la justicia que no poseemos. Los hombres no son, como una obra católica romana acusa a la

justificación por la fe de enseñar, «reputados o considerados totalmente a causa de los méritos de Cristo, sin serlo realmente.» La Biblia enseña que ellos deben ser realmente justos, a través de los méritos de Jesucristo.

Cada vez más, los maestros profesos del cristianismo sostienen que en el hombre hay al menos tanto bien como mal, y que el bien en los hombres finalmente obtendrá la victoria completa sobre el mal. Pero la Biblia enseña que *no hay justo, ni aun uno*. Cristo, quien *sabía lo que había en el hombre*, declaró que «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez.» (Marcos 7:21-22, RVR1960) También declaró que «el hombre malo, del mal tesoro de su corazón, saca lo malo», y que el bien no puede provenir de una mala fuente. (Lucas 6:43, 45) Por lo tanto, es claro que del hombre mismo «ninguna cosa buena» puede venir. «¿Quién hará limpio a lo inmundo?

Nadie.» (Job 14:4, RVR1960)

Dios no se propone intentar sacar bondad del mal, y Él nunca llamará bueno al mal. Lo que Él se propone hacer es crear un nuevo corazón en el hombre, para que de él pueda provenir el bien. «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960)

Ningún hombre puede entender cómo Cristo puede morar en el corazón de un hombre, para que de él fluya justicia en lugar de pecado, de la misma manera que no podemos entender cómo Cristo el Verbo, que existía antes de todas las cosas y que creó todas las cosas, pudo venir a la tierra y nacer como hombre. Pero tan seguro como Él habitó en la carne una vez, puede hacerlo de nuevo, y todo el que confiesa que *Jesucristo ha venido en carne, es de Dios*. «pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» (1 Juan 1:7, RVR1960) *Por fe andamos, no por vista.* Por fe recibimos a Cristo, y a quienes así le reciben, les da el derecho y el poder de ser llamados hijos de Dios. (Juan 1:12) Entonces la exhortación es: «arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.» (Colosenses 2:7, RVR1960) Esto es andar en la luz.

Así como la vida física se sustenta con la respiración y la alimentación, así la vida espiritual se sustenta con la fe; y así como no podemos hoy respirar lo suficiente para mañana, sino que debemos seguir respirando todo el tiempo, así tampoco podemos hoy tener fe para el futuro, sino que debemos continuar teniendo fe, si queremos seguir viviendo una vida espiritual.

Mientras así, por fe, andamos en la luz, estamos continuamente recibiendo una vida divina en nuestras almas, pues la luz es vida. Y la vida continuamente recibida, continuamente limpia el alma del pecado. La limpieza es una obra siempre presente, que muestra una necesidad siempre presente. Así es como nunca podemos decir que no tenemos pecado. Es siempre y solamente *Jesucristo el justo*.

Es por la obediencia de Uno que muchos son hechos justos. ¡Qué maravilla! Solo uno — Cristo — obedece, pero muchos son hechos realmente justos. El apóstol Pablo dijo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960) Entonces, si alguien pregunta a un cristiano: «¿Estás sin pecado?», solo puede responder: «No yo, sino Cristo.» «¿Guardas los mandamientos?» «No yo, sino Cristo.» Imperfectos y pecaminosos en nosotros mismos, y sin embargo *completos en Él*.

En Dios está la «Porque contigo está el manantial de la vida;

En tu luz veremos la luz.» (Salmos 36:9, RVR1960) Cristo es la manifestación de Dios, y por lo tanto la fuente de vida está en Él. *Él vive para siempre*, y así la fuente fluye sin cesar. Como se dice del río de vida: «Mas cuando el pueblo de la tierra entrare delante de Jehová en las fiestas, el que entrare por la puerta del norte saldrá por la puerta del sur, y el que entrare por la puerta del sur saldrá por la puerta del norte; no volverá por la puerta por donde entró, sino que saldrá por la de enfrente de ella.» (Ezequiel 46:9, RVR1960), así de la vida de Cristo, dondequiera que llega, limpia de toda impureza. Y así, mientras nos confesamos pecaminosos e indefensos, nos vemos obligados a depositar toda nuestra dependencia en Aquel que *no conoció pecado*, y somos «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (2 Corintios 5:21, RVR1960)

PT, 2 de noviembre de 1893

18. Justificación por la Fe

A. T. Jones

«Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960)

La fe es de Dios y no de nosotros mismos (Efesios 2:8); por lo tanto, todo lo que no es de Dios es pecado. Todo lo que es de Dios es justicia: la fe es el don de Dios; y todo lo que es de fe es, por consiguiente, justicia, tan ciertamente como que «todo lo que no proviene de fe, es pecado».

Jesucristo es el Autor y Consumador de la fe (Hebreos 11:2), y la palabra de Dios es el canal a través del cual viene y el medio por el cual opera. Porque «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17, RVR1960) Donde no hay palabra de Dios, no puede haber fe.

La palabra de Dios es lo más sustancial y poderoso del universo. Es el medio por el cual todas las cosas fueron producidas. Lleva en sí misma poder creador. Porque «por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,

Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. El junta como montón las aguas del mar;

El pone en depósitos los abismos. Tema a Jehová toda la tierra;

Teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho;

El mandó, y existió.» (Salmos 33:6-9, RVR1960) Y cuando este mundo fue así creado, y la oscuridad cubría toda su faz, «Dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.»

Así, la palabra de Dios se cumple a sí misma y por sí misma realiza la voluntad de Dios en todo aquel que la recibe tal como es en verdad la palabra de Dios. «Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.» (1 Tesalonicenses 2:13, RVR1960) Así, recibir la palabra de Dios; entregarle el corazón para que obre en la vida; esta es la

creencia genuina, esta es la verdadera fe. Esta es la fe por la cual los hombres pueden ser justificados, hechos justos en verdad. Porque por ella, la voluntad misma de Dios, tal como se expresa en su propia palabra, se cumple en la vida por la palabra creadora de Aquel que ha hablado. Esta es la obra de la fe. Esta es la justicia —el *hacer correcto*— de Dios que es por la fe. Así, «Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» Así, el carácter, la justicia de Dios, se manifiesta en la vida, librando del poder del pecado, para la salvación del alma en justicia.

Esta es la justificación solo por la fe. Esta es la justificación por la fe, sin obras. Porque la fe, siendo el don de Dios, que viene por la palabra de Dios, y que ella misma obra en el hombre las obras de Dios, no necesita ninguna obra del hombre pecador para hacerla buena y aceptable a Dios. La fe misma obra en el hombre lo que es bueno, y es suficiente por sí misma para llenar toda la vida con la bondad de Dios, y no necesita el esfuerzo imperfecto del hombre pecador para hacerla meritoria. Esta fe da al hombre buenas obras, en lugar de depender ella misma del hombre para las «buenas obras». No se expresa como «fe y obras»; sino como «fe que obra», «porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.» (Gálatas 5:6, RVR1960) «¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?» (Santiago 2:22, RVR1960) «Acordádonos sin cesar de vuestra obra de fe;» «y la obra de fe con poder.» (1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:11) Y, «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960) Esta es «la fe de Dios» que Jesús nos exhorta a tener (Marcos 11:22, margen); la cual se manifestó en él; y la cual por su gracia es un don gratuito para cada alma en la tierra.

PT, 21 de junio de 1894

19. El toque sanador

E. J. Waggoner

Uno de los milagros más asombrosos de Jesús se narra en las siguientes pocas palabras: «Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpia. Y al instante la lepra se fue de él.» (Lucas 5:12-13, RVR1960)

La lepra era una de las enfermedades más repugnantes conocidas por los antiguos, y la más temida. El leproso era un paria, obligado a mantenerse alejado incluso de su propia familia. La enfermedad era una muerte lenta y progresiva, en la que los miembros de la víctima se caían uno tras otro hasta que la muerte ponía fin a su miseria.

Ninguna otra enfermedad ilustra con mayor acierto la *contaminación del pecado*; y este hombre, que estaba lleno de lepra, se parecía mucho a la descripción que el profeta Isaías hace del pueblo: «Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y llaga podrida; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.» Así que, al estudiar el milagro de la purificación del leproso, podemos saber que debemos aprender cómo obedecer la dirección: «Limpiaos.»

En primer lugar, el leproso tenía *confianza* en el poder del Señor para sanarlo. Él dijo: «Puedes limpiarme.» Ese es un punto importante. Muy pocos creen realmente que Jesucristo puede limpiarlos del pecado. Admitirán que Él puede salvar del pecado en general —que puede salvar a otros—, pero no están convencidos de que Él pueda salvarlos a ellos. Que aprendan de la lección del poder del Señor. Escuchen lo que dijo el profeta Jeremías por inspiración del Espíritu Santo: - «¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti;» (Jeremías 32:17, RVR1960)

Aquel que trajo a la existencia los cielos y la tierra por el poder de su palabra, puede hacer todas las cosas. «Nuestro Dios está en los cielos;

Todo lo que quiso ha hecho.» (Salmos 115:3, RVR1960) «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el

conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,» (2 Pedro 1:3, RVR1960) «por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.» (Hebreos 7:25, RVR1960) A Cristo le ha sido dado «como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.» (Juan 17:2, RVR1960)

Hasta aquí sobre su poder. De eso el leproso estaba seguro; pero no estaba seguro de que el Señor estuviera dispuesto a limpiarlo. Él dijo: «Señor, siquieres, puedes limpiarme.» No necesitamos tener tanta vacilación. Sabemos que Él puede, y nos ha dado amplia seguridad de su *disposición*. Así leemos que Cristo «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,» (Gálatas 1:4, RVR1960) Es la voluntad de Dios que seamos santificados. (1 Tesalonicenses 4:3)

Cristo lo abarca todo. Él es «mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.» (1 Corintios 1:24, RVR1960) Todas las cosas en el cielo y en la tierra están en Él. (Colosenses 1:16, 17) Por lo tanto, el apóstol Pablo dice: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8:32, RVR1960) La *disposición* de Dios para limpiarnos del pecado se muestra en el don de su Hijo unigénito para ese propósito.

«Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna. Y esta es la *confianza* que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.» (1 Juan 5:13-15, RV) Así podemos «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.» (Hebreos 4:16, RVR1960), sabiendo que «si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.»

Pero la característica más impactante de este milagro es el hecho de que Jesús *tocó* al leproso. No había otra persona en toda la tierra que se hubiera acercado a menos de un metro de él. Pero Jesús «extendió su mano y le tocó.» Con ese toque, la odiosa enfermedad se desvaneció.

Vale la pena señalar que en muchísimos casos Jesús tocó a aquellos a quienes sanó. Cuando la suegra de Pedro yacía enferma de fiebre, Jesús «tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía.» (Mateo 8:15, RVR1960) Esa misma tarde, «Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba.» (Lucas 4:40, RVR1960) En su propio país, la gente era tan incrédula que «Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos.» (Marcos 6:5, RVR1960)

En Mateo se nos asegura que esta sanación de los enfermos fue «para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, que dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.» (Mateo 8:17, RV) Sabemos que el poder sanador salía de Él hacia los que sufrían y se agolpaban a su alrededor para tocarlo (Lucas 6:19); y esta Escritura nos asegura que Él recibió en su propia persona sus enfermedades, a cambio de su poder sanador.

Ahora tenemos la bendita seguridad de que, aunque Él ha «pasado a los cielos,» no ha perdido su simpatía por nosotros, sino que todavía «se compadece de nuestras debilidades.» Se acerca a nosotros con compasión, porque «Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.» En toda nuestra iniquidad y degradación, podemos tener el pensamiento inspirador de que Jesús no nos desprecia, y no se avergüenza de entrar en la más íntima compañía con nosotros, para poder ayudarnos.

El profeta, hablando del trato de Dios con el antiguo Israel, dijo: «En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad.» (Isaías 63:9, RVR1960) Así es también ahora. Como un águila lleva a sus polluelos sobre sus alas, así el Señor se pone debajo de su pueblo, llevando todo nuestro pecado y dolor. Él lo toma sobre sí, y en Él se pierde, por el mismo proceso por el cual al final «la muerte es sorbida en victoria.»

Cristo tomó sobre sí la maldición, para que la bendición viniera sobre nosotros. (Gálatas 3:13, 14) Aunque Él no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. (2 Corintios 5:21) Él sufrió la muerte a la que estábamos condenados, para que pudiéramos compartir su vida. Y este intercambio se realiza cuando entramos en contacto con Él, confesando que «Jesucristo ha venido en carne.» Cuánto perdemos al mantener a Jesús lejos como un extraño, o al considerar la fe en Él como una

teoría. Cuando sabemos que Él se identifica con nosotros en nuestra condición caída, tomando sobre sí, y de nosotros, nuestras debilidades, cuán preciosa se vuelve la seguridad: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

La sanación del vestido sin costuras

Está junto a nuestros lechos de dolor;

Lo tocamos en la multitud y el ajetreo de la vida,

Y volvemos a estar completos.

PT, 29 de marzo de 1894

20. El poder del Espíritu

E. J. Waggoner

Justo antes de ascender el Señor al cielo, dijo a Sus discípulos: «pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.» (Hechos 1:8, RVR1960).

Esta promesa es tanto para nosotros como para aquellos que escucharon Su voz cuando la pronunció; porque todo aquel que conoce al Señor debe ser Su testigo, y nada puede hacerse sin el poder del Espíritu Santo. Dios ha prometido el Espíritu a todos los que lo desean; es decir, a todos los que están dispuestos a recibir, o a someterse a, todo lo que implica la recepción del Espíritu.

La lectura marginal del texto citado anteriormente es: «Recibiréis el poder del Espíritu Santo viniendo sobre vosotros». La pregunta es: ¿Cómo se ha de recibir este poder? ¿Qué debemos esperar y por qué orar? Una cosa puede responderse con certeza, y es que el Espíritu no vendrá a ningún hombre de la manera que él haya trazado. Porque los pensamientos de Dios y el poder de Dios no se ajustan al modelo de la mente del hombre.

Cuando la palabra del Señor encontró a Elías en el desierto, mientras huía de Jezabel, le dijo: «El le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:11-13, RVR1960).

De no ser por la declaración expresa en contrario, habríamos dicho que el Señor estaba en el viento y en el terremoto. Es natural para el hombre suponer que nada menos que un huracán podría revelar el poder de Dios; pero de lo anterior aprendemos que Dios muestra Su poder de maneras más tranquilas. Fue una voz, «una voz apacible y delicada», la que reveló al Señor a Elías. Así será con nosotros.

Dios nos dice: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;

Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra.» (Salmos 46:10, RVR1960). Es «en quietud y confianza» donde reside nuestra fuerza; en volver y reposar encontramos la salvación. Debemos guardar silencio ante el Señor, o de lo contrario nos perderemos la voz apacible y delicada que solo Él revela al alma. Dios puede tronar con una voz terrible, pero no podríamos entender eso; así, Él se nos revela en un susurro. Eso transmite un sonido inteligible a nuestro entendimiento, mientras que el trueno solo nos sobresaltaría y aterrorizaría. Así leemos: «He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos;

¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!

Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?» (Job 26:14, RVR1960).

Jesús estaba en el mar de Galilea con Sus discípulos, cuando «se levantó una gran tempestad en el mar, de tal manera que las olas cubrían la barca» (Mateo 7:24; Lucas 8:39). Los discípulos, aterrorizados, apelaron al Maestro. «Y levantándose, reprendió al viento y dijo al mar: Callad, enmudeced. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza» (Mateo 7:24; Lucas 8:39). ¿Quién que lee esto imagina alguna vez que Jesús levantó Su voz por encima del rugido de la tempestad para calmarla?

No podemos imaginar tal cosa. Solo el hombre débil, consciente de su debilidad, alza la voz al dar órdenes. El tono fuerte se usa con el propósito de intentar ocultar la falta de poder real. El hombre que tiene autoridad, y que sabe que tiene el poder para respaldar sus órdenes, usa un tono bajo. Jesús siempre habló como quien tenía autoridad; así que, al calmar la tempestad, encontramos la misma «voz apacible y delicada» que Elías escuchó.

Esta voz apacible y delicada es la misma voz por la cual fue creado el universo. «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,

Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6, RVR1960). ¿Fue necesario que Dios pronunciara Su voz con truenos para que los mundos existieran? Ciertamente no; una orden del comandante de un ejército, dada en un susurro, es tan efectiva para poner en marcha a las tropas como si se gritara a voz en cuello. Así ocurre con el Rey del universo; el simple aliento del Señor fue suficiente para crear todos los mundos. La voz apacible y delicada que habló a Elías fue la voz que creó. Y es la misma palabra de poder que ahora sostiene todas las cosas (Hebreos 1:3), porque, como se señaló antes, es solo un

pequeño susurro lo que oímos de Él en todas las obras —las «partes de Sus caminos»— de las que sabemos algo.

La mayoría de las grandes manifestaciones del poder de Dios en la tierra son silenciosas e invisibles. Sabemos que el poder está ahí solo por los resultados. Pensemos en los miles de millones de toneladas de agua que el sol eleva constantemente de la tierra a las nubes, para hacerlas descender de nuevo en rocío y lluvia. Ni un solo sonido se oye en todo esto; pero el hombre no puede bombear una taza llena sin mucho ruido. El poder manifestado en el crecimiento de las plantas está más allá de toda concepción humana, sin embargo, no hay sonido. Una planta puede, en su crecimiento, romper una roca, y todo se hace en silencio e invisiblemente. Los cielos declaran la gloria de Dios, pero no tocan campanas ni trompetas. La obra de Dios es tan poderosa que los resultados hablan por sí solos; la publicidad la empequeñecería.

Pero la palabra por la cual fueron hechos los cielos, y por la cual son sostenidos, y por la cual se llevan a cabo todas las operaciones de la naturaleza, es la palabra del Evangelio que se nos predica. Las palabras del Señor son Espíritu y vida. La palabra de Dios es viva y eficaz (Hebreos 4:12), y obra eficazmente en todos los que creen en ella (1 Tesalonicenses 2:13). El Salvador sopló sobre los discípulos, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo.» (Juan 20:22, RVR1960). Fue el mismo aliento por el cual fueron hechos los mundos, y por el cual son sostenidos. El poder del Espíritu, por lo tanto, es poder creativo, y eso está en la palabra del Señor. Y así podemos saber que el poder del Espíritu Santo, que Cristo prometió a Sus seguidores, viene solo a través de Su palabra.

Dios nos habla en Su palabra. La palabra de Dios es la espada del Espíritu (Efesios 6:17). Es el Espíritu el que convence de pecado (Juan 16:7, 8), y lo hace por medio de la ley; porque «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.» (Romanos 7:14, RVR1960), y «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.» (Romanos 3:20, RVR1960). Lo primero, por lo tanto, que hace el Espíritu cuando viene es convencer de pecado. Si se acepta la repremisión y se reconoce el pecado, entonces el poder del Espíritu se manifiesta al quitar el pecado. Convence de justicia. Si la repremisión es rechazada, entonces, por supuesto, el Espíritu es resistido, y Su poder no será dado a esa persona. A medida que se atienden las repreensiones que el Espíritu da a través de la palabra, la palabra permanece dentro, y la vida

es moldeada por ella. Tal persona es entonces guiada por el Espíritu. Como resultado de prestar atención a la repremisión,

el Espíritu es derramado (Proverbios 1:23), y por supuesto su poder se manifiesta en aquellos sobre quienes es derramado.

Así parecerá que es una total locura y burla orar por el derramamiento del Espíritu de Dios, mientras estamos rechazando cualquier repremisión, o acariciando cualquier pecado señalado por la palabra de Dios. El oficio del Espíritu es guiar a toda verdad, y por lo tanto, orar por su derramamiento significa entregarnos sin reservas a cada mandamiento de Dios. Si hacemos esto, Dios nos dará Su Espíritu sin medida. No se dará simplemente para nuestro placer, sino que se da para que seamos testigos del Señor. El derramamiento del Espíritu da a conocer las palabras de Dios, para que podamos dar a conocer al mundo esas palabras de poder.

Pero todo esto será sin jactancia ni ostentación, aunque será la manifestación de poder más grande jamás conocida entre los hombres. El Señor dice: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia.» (Isaías 42:1-3, RVR1960). Esa es la manera en que el Señor obra por el Espíritu. Él traerá juicio conforme a la verdad, obrando con tal poder que las naciones se asombrarán, sin embargo, con tal mansedumbre que ni siquiera la caña cascada será quebrada, y el pábilo que apenas arde no será extinguido. No será el poder de la tempestad, sino el poder de la luz solar y del crecimiento de las plantas.

El poder que el Espíritu da, por lo tanto, es el poder que obra en toda la creación. Es el poder de la palabra de Dios, y se manifiesta solo en aquellos que están plenamente entregados a esa palabra. Dios dice: «Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.» (Isaías 55:10-11, RVR1960). El Espíritu también es comparado con el agua; es «derramado» como la lluvia (Véase Isaías 44:3). El poder del Espíritu en el hombre será, por lo tanto, el poder que se pone en operación

cuando la lluvia cae sobre la tierra. ¿Quién cederá a esa bendita influencia? «Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios;» (Hebreos 6:7, RVR1960). Así como la tierra produce fruto, así nosotros debemos producir justicia (Isaías 61:11). Por lo tanto, es tiempo de buscar al Señor, hasta que Él venga y haga llover justicia sobre vosotros.

PT, 11 de enero de 1894

21. Qué Incluye el Evangelio

E. J. Waggoner

El Evangelio de Dios no es una cosa estrecha y circunscrita que pueda ser delimitada por credos, como muchas personas parecen pensar. El Evangelio incluye todo lo que concierne a la vida del hombre. Por sus disposiciones, el hombre *nace de nuevo*, creado de nuevo en Cristo. En consecuencia, su vida como cristiano no conoce nada que no esté en contacto con ese poder creador. Por esta razón, el apóstol Pablo escribió a sus hermanos en la iglesia: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.» (1 Corintios 10:31, RVR1960). Y a los hermanos colosenses les escribió: «Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él.» «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres;» (Colosenses 3:17-23, RVR1960).

El Evangelio, por lo tanto, toca nuestro comer y beber, y cada ocupación y acto de la vida, ya sea negocio o placer. Convierte cada acto en un acto espiritual, realizado con miras a la gloria de Dios. La vida cristiana es una vida espiritual. Es la vida de Cristo en carne humana, —en el individuo que se ha revestido de Cristo. Y esto no hace de la vida algo restringido, separado de la mayor parte de la vida del mundo que nos rodea; pues todas las cosas fueron creadas por Dios y destinadas a ser usadas para el beneficio y placer del hombre. Solo se separa del pecado. Muestra al hombre cómo usar correctamente todas las cosas que la creación provee. Revela el aspecto espiritual de todas las cosas, de modo que en todo lo que Dios ha hecho u ordenado, el individuo puede encontrarlo a Él, y esa vida, fuerza y paz que Él tiene para otorgar. Borra la distinción que los hombres han establecido entre religión y negocios, haciendo del servicio a Dios el verdadero negocio del hombre, al mostrarle cómo

servir a Dios en todos sus quehaceres y cómo encontrar en todo ello un placer más elevado que cualquiera que el mundo pueda ofrecer.

PT, 31 de mayo de 1894

22. El Consolador

E. J. Waggoner

Antes de que Jesús regresara de la tierra al cielo, prometió enviar al Consolador —el Espíritu Santo— para que permaneciera con su pueblo para siempre, como su representante. Dado que fue por la unción del Espíritu que Él llevó a cabo toda su obra aquí en la tierra (Véase Isaías 61:1-3), es evidente que la presencia del Espíritu es la misma que la presencia del Señor. La misma instrucción, consejo y obras de amor que vinieron de Cristo son continuadas por el Espíritu.

Al prometer al Consolador, Jesús dijo: «Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.» (Juan 16:8, RVR1960). «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.» (Romanos 3:20, RVR1960). Pero «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.» (Romanos 7:14, RVR1960). Es la naturaleza del Espíritu, porque la justicia de la ley es el fruto del Espíritu. Por lo tanto, no hay convicción de pecado en ninguna alma en la tierra que no sea obra del Espíritu de Dios.

Pero aunque el Espíritu convence de pecado, siempre es un Consolador. Es como Consolador que convence. Pocas personas se detienen a pensar en esto. Recuerde que en ningún lugar se dice que el Espíritu condene por el pecado. Hay una diferencia entre convicción y condenación. La convicción es la revelación del pecado. Pero depende del curso que siga la persona después de haber sido convencida de pecado, si será condenada o no. Porque «esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.» (Juan 3:19, RVR1960). El mero hecho de señalar a una persona que es pecadora no es condenación; la condenación proviene de aferrarse al pecado después de que este ha sido revelado.

Que la mente capte la idea de que el mismo Espíritu que convence de pecado también convence de justicia. Siempre es un Consolador. El Espíritu no deja de lado una función mientras realiza otra. No deja de revelar la justicia cuando convence de pecado, ni deja de ser un convencedor de pecado cuando revela justicia. Hace ambas cosas al mismo tiempo, y aquí

está el consuelo para todos los que lo acepten. Convence de pecado porque convence de justicia. Pero consideremos este asunto un poco, y luego meditemos en él.

El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios —el Espíritu del Padre y del Hijo—. Por lo tanto, la justicia revelada por Él es la justicia de Dios. Ahora bien, solo al contemplar la justicia podemos conocer el pecado y su pecaminosidad. La ley, por la cual es el conocimiento del pecado, no es pecado, sino la expresión de la justicia de Dios. Un hombre puede mirar el pecado, y si nunca ha visto nada más, pensará que está bien. Incluso uno que conoce lo correcto puede perder ese conocimiento al mirar el pecado, tan grande es el engaño del pecado. Así, el Espíritu debe revelar la justicia de Dios en su ley antes de que el pecador pueda conocer el pecado como pecado. El apóstol dice: «¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás.» (Romanos 7:7, RVR1960). Así, es como revelador de la perfecta justicia de Dios que el Espíritu convence de pecado.

Es evidente, por lo tanto, que cuanto más se acerca uno a Dios, obteniendo así una visión más perfecta de Él, mayor será su sentido de sus propias imperfecciones. Adquiere este conocimiento del pecado no al estudiarse a sí mismo, sino al contemplar a Dios. Como ilustración, considérese al hombre en relación con las obras de Dios. ¿Cuándo siente uno su insignificancia tanto como cuando está en medio del océano, o junto a él? Su inmensidad le hace sentir su pequeñez. Así también cuando uno se encuentra entre las altas montañas. En tal ocasión, uno no tiene que mirarse a sí mismo para darse cuenta de lo pequeño que es. Es al mirar hacia arriba —contemplando las poderosas obras de Dios— que se da cuenta de que en comparación no es nada. El salmista dice: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,

La luna y las estrellas que tú formaste, Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,

Y el hijo del hombre, para que lo visites?» (Salmos 8:3-4, RVR1960).

Si esto es resultado del contacto y la contemplación de las obras de Dios, ¿cuál será el resultado al considerar el carácter de Dios mismo? «Porque sol y escudo es Jehová Dios;

Gracia y gloria dará Jehová.

No quitará el bien a los que andan en integridad.» (Salmos 84:11, RVR1960). Él es más grande que todos los cielos. «Tu justicia es como los montes de Dios,

Tus juicios, abismo grande.

Oh Jehová, al hombre y al animal conservas.» (Salmos 36:6, RVR1960). Así como al contemplar las obras visibles de las manos de Dios uno siente su propia insignificancia física, así al contemplar la justicia de Dios, uno toma conciencia de su propia carencia espiritual. Ahora bien, el mensaje de consuelo que Dios envía a su pueblo, especialmente para los días inmediatamente anteriores a su venida, es este: «¡He aquí vuestro Dios!» (Véase Isaías 11:1-9). Esto significa que, como preparación necesaria para su venida, Él quiere que conozcamos nuestra propia falta de justicia al contemplar su justicia.

Hasta ahora hemos estado hablando del conocimiento del pecado por la justicia de Dios. Ahora, observe el consuelo que hay en esa misma convicción de pecado. Recuerde que la sensibilidad a la falta de justicia es causada por la revelación de la justicia de Dios. También recuerde que el Espíritu, que convence tanto de pecado como de justicia, es dado a los hombres. Cristo dijo: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.» (Juan 14:16-17, RVR1960).

¿Qué se sigue necesariamente de esto? Simplemente esto: que quien acepta el Espíritu, el cual, por su revelación de la justicia de Dios, convence al alma de pecado y le permite morar en él, obtiene así la justicia que trae. El sentido de necesidad es en sí mismo la promesa de provisión. Es Dios quien produce un sentido de falta de justicia, que es la convicción de pecado. Pero Él no hace esto para burlarse del pecador y hacer que se desespere. Lo hace con el propósito de que el pecador sepa que Él tiene lo que suplirá abundantemente todo lo que le falta. De hecho, es al traer la provisión de justicia que el alma se reconoce a sí misma como sencilla. Por lo tanto, quienquiera que tome a Dios exactamente por su palabra no necesita estar bajo condenación ni un solo minuto, aunque siempre, y de nuevo, sea consciente de sus propias imperfecciones. A medida que se señala cada nuevo defecto, puede exclamar: «Oh Señor, te doy gracias porque tienes esta cosa nueva para darme, y la tomo tan libremente como Tú la das». Este es el verdadero regocijo en el Señor.

Esta es la verdad que Dios intentaba enseñar al antiguo Israel cuando habló su ley desde el Sinaí, y es lo que ha deseado que aprendamos todos estos años. La ley fue ordenada

«Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador.» (Gálatas 3:19, RVR1960). Es decir, en manos de Cristo, porque Él es el «mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre,» (1 Timoteo 2:5, RVR1960). Él es Mediador porque nos reconcilia con Dios. Puesto que la enemistad consiste en el hecho de que no estamos sujetos a la ley de Dios, la reconciliación consiste en poner esa ley en el corazón y la mente. Así, Cristo es Mediador porque Él es el medio a través del cual la justicia de Dios nos es transmitida.

Esto fue ilustrado de manera más contundente en la entrega de la ley desde el Sinaí. Algun tiempo antes, el pueblo estaba pereciendo de sed, y Dios dijo a Moisés: «Mas en el sexto día prepararán para guardar el doble de lo que suelen recoger cada día. Entonces dijeron Moisés y Aarón a todos los hijos de Israel: En la tarde sabréis que Jehová os ha sacado de la tierra de Egipto,» (Éxodo 16:5-6, RVR1960). Así se hizo, y el pueblo bebió y fue revivido. Pero el agua que bebieron fue dada milagrosamente por Cristo. De hecho, vino directamente de Él. El apóstol Pablo dice: «y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.» (1 Corintios 10:4, RVR1960). La Roca que el pueblo vio, y que Moisés golpeó, era un símbolo de Cristo.

Pero Horeb es otro nombre para el Sinaí. De modo que la ley de Dios fue pronunciada desde la misma montaña de la que Dios había hecho fluir el agua, que incluso entonces estaba saciando su sed. Cuando Dios descendió sobre el monte, fue la personificación misma de Él y de su ley. Ningún hombre podía tocarlo sin morir. Sin embargo, de él, al mismo tiempo, fluía el agua que daba vida. Esta agua, que, como hemos visto, vino de Cristo, es un símbolo del Espíritu que se da a todos los que creen (Véase Juan 4:10, 13, 14; 7:37-39). En ese acontecimiento, Dios nos ha dado una gran lección objetiva. Aunque la ley da el conocimiento del pecado, y el pecado es muerte, la ley nos llega en manos de un Mediador, ministrada a nosotros por el Espíritu; y *la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libra de la ley del pecado y de la muerte*. Es así como el mandamiento de Dios es vida eterna.

¿No reside en esto la esencia misma del consuelo? En el mismo instante en que llega a nosotros el conocimiento del pecado, se revela la justicia para cubrir y quitar todo el pecado. «Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó,

sobreabundó la gracia;» (Romanos 5:20, RVR1960). La ley, que convence, es espiritual, y el Espíritu es el agua de vida, que se da libremente a todos los que la tomen. ¿Podría algo superar las maravillosas provisiones de la gracia de *el Dios de toda consolación, el Padre de las misericordias?* ¿Quién no beberá y beberá de nuevo, y así será continuamente lleno?

«Oí la voz de Jesús que decía:

He aquí, libremente doy

El agua viva; sediento, inclínate, y bebe, y vive.

Vine a Jesús, y bebí

De ese arroyo que da vida;

Mi sed fue saciada, mi alma revivida,

Y ahora vivo en Él».

PT, 23 de marzo de 1893

23. Perfección y Crecimiento

E. J. Waggoner

«Sois completos en Él», es la palabra para el creyente. La dificultad en la mente de muchos para comprender la plenitud de la vida de Cristo es el hecho de que la vida cristiana es progresiva. Debemos crecer continuamente *en gracia y en el conocimiento del Señor*; pero esto, para algunos, parece incompatible con ser completo en Cristo.

Cuando Cristo Jesús estuvo en la tierra como un niño de doce años, Él era perfecto. Pero leemos que «Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.» (Lucas 2:52, RVR1960). Completo, pero creciendo en gracia y conocimiento; perfecto todo el tiempo. La planta es perfecta en cada etapa de su crecimiento. Admiramos la belleza de la planta cuando brotan las hojas. Es perfecta cuando florecen las flores, y perfecta cuando llega el fruto. Sin embargo, sigue creciendo.

No es que debamos *crecer hasta alcanzar la gracia*, sino *crecer en gracia*. No debemos adentrarnos más y más en la gracia, sino que en la gracia debemos crecer y aumentar en sabiduría, completos en Él. La mera afirmación de este hecho implica que no somos completos en nosotros mismos. Nada hay en nosotros, pero Él es nuestro, y de Su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia. La gracia sobreabunda y lo llena todo.

PT, 1 de marzo de 1894

24. La Vida de la Palabra

E. J. Waggoner

La vida de la palabra es la vida de Dios, porque es inspirada por Dios, y el aliento de Dios es vida. Su vida y poder son atestiguados así: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.» (Hebreos 4:12, Versión Revisada). El Salvador también dijo de las palabras de Dios: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). Veamos qué le da a la palabra su vida.

El capítulo 30 de Deuteronomio sigue al relato de las maldiciones por la desobediencia a la ley y las bendiciones por la obediencia. En él se amonesta de nuevo al pueblo a guardar la ley, y se les dice lo que el Señor hará por ellos, incluso después de haber sido desobedientes, si se arrepienten. Entonces Moisés continúa: «Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.» (Deuteronomio 30:11-14, RVR1960).

Ahora compare cuidadosamente con este pasaje las palabras del apóstol Pablo en Romanos 10:6-10: «Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.» (Romanos 10:6-10, RVR1960).

El lector atento verá fácilmente que este último pasaje es una cita del anterior, con añadiduras entre paréntesis. Estas añadiduras son comentarios hechos por el Espíritu Santo. Nos dicen precisamente lo que Moisés quiso decir con la palabra «*mandamiento*». O, más

bien, dado que el Espíritu Santo mismo dictó el lenguaje en cada caso, en el último pasaje ha clarificado lo que quiso decir en el primer caso. Nótese que traer el mandamiento del cielo se muestra como lo mismo que traer a Cristo de arriba, y que traer el mandamiento del abismo es lo mismo que levantar a Cristo de entre los muertos.

¿Qué se muestra con esto? Nada más ni menos que el mandamiento, la ley, o la palabra entera del Señor, es idéntica a Cristo. No se malentienda. No se quiere decir que Cristo no sea más que las letras, palabras y frases que leemos en la Biblia. Lejos de ello. El hecho es que quienquiera que lea la Biblia, y no encuentre más que meras palabras, como las que podría encontrar en cualquier otro libro, no encuentra la verdadera palabra en absoluto. Lo que se quiere decir es que la verdadera palabra no es letra muerta, sino que es idéntica a Cristo. Quienquiera que encuentra la palabra de verdad, encuentra a Cristo, y el que no encuentra a Cristo en la palabra, no ha encontrado la palabra de Dios.

Esto también se muestra en el mismo capítulo en el que encontramos la declaración hecha por Cristo de que las palabras que él habló eran Espíritu y vida. En el versículo 35 de ese capítulo, leemos: «Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.» (Juan 6:35, RVR1960). De nuevo, en el versículo cincuenta y uno: «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.» (Juan 6:51, RVR1960). Y de nuevo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.» (Juan 6:54, RVR1960). Luego, en el versículo 63, añadió: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). Aquí encontramos la declaración más clara de que la palabra de Dios, recibida con fe, transmite a Cristo realmente al alma del hombre.

En la declaración: «*la carne para nada aprovecha*», ¡el «*sacrificio de la misa*» romanista queda eficazmente socavado! Supongamos que fuera realmente posible que el sacerdote realizara la proeza de convertir el pan del sacramento en el cuerpo de Cristo; eso no equivaldría a nada. Si Cristo mismo hubiera dividido la carne real de Su cuerpo, mientras estuvo en esta tierra, en porciones grandes o pequeñas, y hubiera dado un trozo a cada hombre en el mundo, y cada hombre hubiera comido su trozo, eso no habría afectado el carácter de un solo hombre en el mundo. Cristo mismo dijo que «*la carne para nada*

aprovecha». La única manera en que cualquier hombre en el mundo puede comer la carne de Cristo es creer Su palabra con todo Su corazón. De esa manera recibirá a Cristo de verdad, y así es como «*con el corazón se cree para justicia*», porque Cristo es justicia. Y de esta, la única manera, cualquier hombre en el mundo puede comer la carne de Cristo, sin los servicios de un sacerdote u obispo.

Esta es una presentación escasa del tema, pero ¿quién puede hacerle justicia? Nadie puede hacer más que tomar las declaraciones simples de las Escrituras y meditar en ellas hasta que la fuerza del hecho comience a amanecer en su mente. El hecho de que Cristo está en la palabra real, que la vida de la palabra es la vida de Cristo, es uno de los más estupendos. Es el misterio del Evangelio. Cuando lo recibamos como un hecho, y lo apropiemos, entonces conoceremos por nosotros mismos el significado de las palabras de que el hombre vivirá por cada palabra que sale de la boca de Dios.

PT, 22 de septiembre de 1892

25. Las Obras de la Carne

E. J. Waggoner

«Y manifistas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.» (Gálatas 5:19-21, RVR1960).

La carne no puede hacer nada bueno. Sus obras son pecado, y solo eso. Aunque intente hacer algo bueno, como a menudo lo hace, el resultado es el mismo. La carne está unida al pecado, y no hay manera de que ambos puedan separarse. Cuando uno se manifiesta, el otro también se manifiesta. En vida o muerte, los dos deben ir juntos.

La carne obra siempre que la fe está ausente. «Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960). Donde la fe está presente, Dios obra; donde la fe está ausente, la carne obra. La carne no puede hacer las obras que Dios hace. Esto declaró el Salvador cuando los judíos le preguntaron qué debían hacer para obrar las obras de Dios. «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960). Por la fe, recibimos a Cristo, y entonces las obras que se hacen, son hechas por Él. En consecuencia, son las obras de Dios.

El gran error que cometan los hombres es pensar que la carne puede hacer las obras de Dios. La mente natural es tan ignorante de lo que son esas obras —los caminos y pensamientos del hombre están tan por debajo de los caminos y pensamientos de Dios— que naturalmente no tenemos concepción de lo que es la justicia. En consecuencia, andamos, como los judíos de antaño, buscando establecer nuestra propia justicia; y al hacerlo, erramos la justicia de Dios. Podemos obtener algo que nos parezca justicia, pero en el día del Juicio, si dependemos de eso, nos encontraremos terriblemente equivocados.

La Carne en Esclavitud

Cuando la carne intenta hacer las obras de Dios, solo se manifiesta la esclavitud. La carne está en esclavitud a la ley de Dios, porque «no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo». No puede haber armonía entre ellas. El Espíritu codicia contra la carne, y la carne contra el Espíritu (Gálatas 5:17), de modo que «no podéis hacer lo que querriáis». Y esto es lo que revela la esclavitud de la carne: la incapacidad de hacer las cosas que intenta hacer y que Dios ha mandado que se hagan; el deseo de la carne contra ellas; la total incapacidad de la carne para entrar en armonía con ellas. Cuando la carne deja de intentar hacer las obras de la ley, surge una sensación de libertad, no porque la esclavitud haya desaparecido, sino porque no se siente. El cautivo que lucha por andar en libertad tiene una aguda conciencia de las cadenas que lo atan; pero cuando abandona sus esfuerzos y se sienta pasivamente, el poder de las cadenas no se siente. Y si un hombre fuera tan ciego a las cosas literales, podría fácilmente imaginar que ya no estaba en esclavitud.

La carne está encadenada al pecado; y cada vez que intenta ir en una dirección contraria al pecado, las cadenas la retienen, y el individuo experimenta una sensación de esclavitud. Pero si deja de intentar ir en contra del pecado, ya no siente el tirón de las cadenas. El individuo puede entonces, en su ceguera, imaginarse en libertad, y regocijarse de haber, según él, salido de la esclavitud a la libertad. Pero no tiene libertad, solo la libertad que da Satanás. Porque Satanás sujetó las cadenas y lleva a su víctima cautiva a su voluntad. Mientras se mueva donde Satanás quiere que vaya, no siente la fuerza restrictiva de sus ataduras. El diablo dará a su cautivo suficiente cuerda para que no sea desagradablemente consciente de su cautiverio. Pero en el momento en que intenta dejar el camino del pecado y andar por los caminos de Dios, se encuentra en esclavitud, y por mucho que se esfuerce, no puede liberarse. Se encuentra unido al pecado, de modo que solo puede ir donde el pecado también va.

Por la ley es el conocimiento del pecado. Sin la ley, el pecado está muerto (Romanos 3:20; 7:8). El individuo es entonces consciente de su incapacidad para obrar las obras de Dios. Pero cuando viene el mandamiento, el pecado revive (Romanos 7:9). La esclavitud del pecado se hace sentir. Para la carne, «la ley obra ira». «Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.» (Gálatas 4:24, RVR1960). Produce esclavitud, de modo que es sentida y percibida por el

individuo. «Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera.» (Romanos 7:2-3, RVR1960). El individuo que, en la carne, toma sobre sí el nombre de Cristo, se hace así culpable de adulterio, que es la primera mención de las obras de la carne. Porque la carne es el «viejo hombre», el primer marido de la «mujer», y este marido debe morir antes de que ella pueda unirse lícitamente a otro. Así, el mismo efecto de la carne de obrar las obras de Dios se convierte solo en un intento de cometer adulterio. Lo que la carne haga o intente hacer es, por supuesto, solo una obra de la carne; y los que hacen tales obras, se nos dice, «envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os admonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.» (Gálatas 5:21, RVR1960).

Algunas Ilustraciones

Abraham intentó en una ocasión obrar las obras de Dios por medio de la carne. Dios le había prometido que sería padre de muchas naciones, y Abraham estaba ansioso, por supuesto, de que la promesa se cumpliera. Pero como Sara, su esposa, era estéril, no tenía hijo. Así que Abraham y Sara se dispusieron a lograr el cumplimiento de la promesa. El resultado fue Ismael, el hijo «nacido según la carne», el «que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.» (Gálatas 4:29-30, RVR1960). En esto, Abraham y Sara mostraron falta de fe, pues la fe habría creído que Dios podía hacer lo que había prometido, incluso bajo condiciones que parecerían imposibilitarlo. Y estando ausente la fe, lo que hicieron fue una obra de la carne, y el resultado fue un hijo nacido según la carne. La carne, al intentar realizar la obra de Dios, simplemente engendró esclavitud.

Jacob y Rebeca intentaron resolver la promesa de Dios para Él cuando engañaron a Isaac y le indujeron a otorgar la bendición destinada al primogénito a Jacob; y el resultado fue una separación de por vida, con mucho sufrimiento y profundo arrepentimiento por parte de Jacob antes de que fuera restaurado a la tranquilidad de sus primeros años. Moisés pensó en

lograr la promesa de liberación para los israelitas cautivos por su propia fuerza, cuando «mató al egipcio y se escondió en la arena»; pero ese no era el camino de Dios, y se vio obligado a huir al desierto mientras el cumplimiento de la promesa se retrasaba cuarenta años. Y así sucede con cada intento de la carne de llevar a cabo los propósitos de Dios. Se queda tan lejos de lo que Dios pretende y requiere como la mente del hombre se queda corta de la mente de Dios. La promesa nunca se cumple, la obra nunca se realiza, hasta que llega por medio de la fe.

Liberación por la Muerte

Dios nos ha dado «grandísimas y preciosas promesas»; pero nunca podremos conocer su cumplimiento por medio de las obras de la carne. «A Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas»; y solo los que son hijos de la fe son la descendencia de Abraham. En la carne, estamos atados al «viejo hombre», la naturaleza carnal, que no está, ni puede estar, sujeta a la ley de Dios; y por lo tanto, en la carne no podemos ser de Cristo. Pero podemos llegar a ser de Cristo siendo crucificados con Él. Podemos encontrarnos con Él y unirnos a Él en la cruz (Gálatas 2:20). En la cruz, el «viejo hombre», el primer marido, es crucificado y muerto, y entonces podemos ser «de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.» (Romanos 7:4, RVR1960). La carne no puede separarse del pecado; y por lo tanto, para que el pecado cese, debe morir. Entonces somos liberados de la «ley del pecado y de la muerte», la ley que nos ataba al pecado mientras estábamos en la carne. «mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras,» (Romanos 4:5-6, RVR1960).

Este es el cambio maravilloso que se obra en nosotros en la cruz. La ley no muere, sino que la carne muere, la ley del pecado y de la muerte es abolida, la enemistad entre nosotros y la ley muere, la esclavitud cesa, y nos unimos a Cristo en fe, y la ley se convierte para nosotros en «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús». Entonces cesan las obras de la carne, y obramos las obras de la fe, que producen los frutos del Espíritu, y somos herederos con Abraham de las promesas hechas a él y a su descendencia.

PT, 22 de febrero de 1894

26. ¿Por qué dudaste?

E. J. Waggoner

La Biblia presenta a Jesús como «siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,» (Hebreos 1:3, RVR1960). Esa palabra no solo tiene poder para sustentar, sino que «tiene poder para sobreedificarlos y daros herencia con todos los santificados.» (Hechos 20:32, RVR1960).

Un ejemplo del poder sustentador de la palabra de Cristo se encuentra en Mateo 14:25-32. Los discípulos estaban en el mar embravecido, cuando se asombraron por la aparición de Jesús caminando sobre el agua. Cuando Jesús los tranquilizó con, «iTened ánimo; yo soy, no temáis!» (Mateo 14:27, RVR1960), Pedro dijo: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.» (Mateo 14:28, RVR1960). Y él le dijo: «Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.» (Mateo 14:29, RVR1960).

Pedro respondió de inmediato a la palabra «Ven», y «Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.» (Mateo 14:29, RVR1960). Algunos podrían suponer apresuradamente que fue el agua lo que sostuvo a Pedro; pero una pequeña reflexión mostrará que no fue así. Es contrario a la naturaleza que el agua sostenga a un hombre; y, además, leemos que cuando Pedro «al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!» (Mateo 14:30, RVR1960). Jesús lo tomó, diciendo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?» (Mateo 14:31, RVR1960).

Si hubiera sido el agua lo que lo sostenía, no habría comenzado a hundirse; porque el agua era la misma donde se hundió que donde caminaba. Así que, cuando recordamos las palabras de Jesús: «Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?» (Mateo 14:31, RVR1960), sabemos que cuando Pedro caminó sobre el agua, fue la palabra de Jesús lo que lo sostuvo. Fue la palabra «Ven» lo que lo trajo, y fue solo cuando desconfió de esa palabra que comenzó a hundirse.

La misma palabra que sostuvo a Pedro sobre el agua, puede sostener a un hombre en el aire. Elías y Eliseo caminaban juntos en un momento dado cuando Eliseo comenzó a elevarse

en el aire. ¿Por qué fue así? —Porque el Señor le había dicho a Elías: «Ven»; y puesto que el profeta siempre había obedecido la palabra del Señor, también obedeció esa.

Leemos que «Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agrado a Dios.» (Hebreos 11:5, RVR1960). Pero «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17, RVR1960). Así que fue la palabra del Señor lo que llevó a Enoc, así como a Elías, por el aire para encontrarse con el Señor. Pero ellos fueron solo precursores de aquellos que, estando vivos cuando el Señor descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resuciten, serán «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16-17, RVR1960).

¿Qué es lo que sostendrá a esos favorecidos y los mantendrá en el aire? La misma palabra que sostuvo a Pedro sobre el agua. El Señor dirá: «Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.» (Mateo 25:34, RVR1960). Aquellos que se han acostumbrado a obedecer la palabra del Señor, responderán de inmediato y serán llevados; mientras que aquellos que no han obedecido cada palabra del Señor, no obedecerán esa y serán dejados.

Aquellos que han descuidado tomar la palabra del Señor como algo que les aplica personalmente, no aceptarán esa palabra, «Ven», como algo que les aplica. Solo aquellos que reconocen que cada vez que el Señor habla, les habla a ellos, podrán tomar esa palabra para sí mismos. Los que esperan serán aquellos que han vivido de la palabra del Señor, de modo que ante la palabra «Ven», irán, como lo más natural del mundo, a encontrarse con el Señor. Felices son aquellos que conocen el poder sustentador de la palabra y la toman toda para sí mismos.

PT, January 23, 1896

27. La Fe Viva

A. T. Jones

El término «*fe viva*» es estrictamente apropiado; porque la fe, en verdad, es una cosa viva. Los justos viven por la fe, y ningún hombre puede vivir de aquello que no tiene vida en sí mismo. Puesto que solo podemos vivir de aquello que nos trae vida, y puesto que vivimos por fe, es evidente que la fe es una cosa viva.

De nuevo, la fe es un don de Dios (Efesios 2:8) y Él es un Dios vivo; Jesús es su Autor (Hebreos 12:2), y en Él hay vida —Él es la vida. Por la naturaleza de las cosas, aquello que procede de tal fuente debe estar imbuido de vida en sí mismo. Y puesto que la fe proviene enteramente de Aquel que es el único Dios vivo, de Aquel que solo es vida, y no de nosotros mismos (Efesios 2:8), ciertamente está imbuida de vida, y así trae vida a los hombres, por la cual podemos vivir verdaderamente.

De nuevo, la fe viene por el oír la palabra de Dios (Romanos 10:17); esa palabra es «para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.» (Tito 1:9, RVR1960), es decir, la palabra llena de fe; y esa palabra es «la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.» (Filipenses 2:16, RVR1960). Por lo tanto, así como la palabra de Dios trae fe, y está llena de fe; y así como esa palabra es la palabra de vida, es evidente que la fe es vida, es algo vivo, y trae vida de Dios a quien la ejercita.

¿Qué vida es, entonces, la que la fe trae a los hombres?—Procediendo como procede de Dios, a través de Jesucristo, quien es el «Autor de la vida», la única vida de la que está imbuida y que posiblemente podría traer a los hombres es la vida de Dios. La vida de Dios es lo que los hombres necesitan y lo que debemos tener. Y es la vida que Dios quiere que tengamos; porque está escrito: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón;» (Efesios 4:17-18, RVR1960).

Jesús vino para que los hombres tuvieran vida, y para que la tuvieran en abundancia (Juan 10:10). «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» (1 Juan 5:11-12, RVR1960). Y Cristo es recibido por la fe, y Él habita en el corazón por la fe (Efesios 3:17). Por lo tanto, así como la vida de Dios solamente, la vida eterna, está en Jesucristo, y así como Cristo mora en el corazón por la fe, es tan claro como puede serlo cualquier cosa que la fe trae la vida de Dios a quien la ejercita.

Es la vida de Jesús mismo la que ha de manifestarse en nuestros cuerpos: «Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.» (2 Corintios 4:11, RVR1960). Y la vida de Jesús se manifiesta en nosotros, por Cristo mismo viviendo en nosotros; porque «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960). Esta es la *fe viva*.

De nuevo Él dice: «Habitaré y andaré entre ellos»; «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros»; y «Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis.» (Juan 14:18-19, RVR1960). Es por el Espíritu Santo que Él mora en nosotros; pues Él desea que seáis «fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,» (Efesios 3:16-17, RVR1960). Y «en aquel día» —el día en que recibáis el don del Espíritu Santo— «vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.» (Juan 14:20, RVR1960). «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.» (1 Juan 3:24, RVR1960). «A fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.» (Gálatas 3:14, RVR1960). «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.» (Gálatas 3:13-14, RVR1960). Debemos tener la bendición de Abraham para recibir la promesa del Espíritu. La bendición de Abraham es justicia por la fe. Véase Romanos 4:1-13. Teniendo esto, Abraham «recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia;» (Romanos 4:11, RVR1960). Y nosotros, teniendo esto, podemos recibir

libremente la promesa del Espíritu que circuncida el corazón para santidad y el sello de la justicia de la fe que tuvimos. Teniendo la bendición de Abraham, y siendo así hijos de Dios, Dios envía el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones (Gálatas 3:26; 4:4-6). Teniendo la bendición de Abraham, para que podáis recibir la promesa del Espíritu por la fe, entonces pedid para que recibáis —sí, pedid y recibiréis. Porque la palabra de Dios ha prometido, y la fe viene por el oír la palabra de Dios. Por lo tanto, pedid con fe, sin dudar nada, «Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.» (Mateo 7:8, RVR1960).

Tal es la *fe viva* —la fe que viene del Dios vivo; la fe de la cual Cristo es el Autor; la fe que viene por la palabra de Dios; la fe que trae vida y poder de Dios a los hombres, y que obra las obras de Dios en quien la ejercita; la fe que recibe el Espíritu Santo que trae la presencia viva de Jesucristo para morar en el corazón y manifestarse aún en carne mortal. Esta y solo esta es la *fe viva*. Por esto viven los cristianos. Esto es vida misma. Esto lo es todo. Sin esto, todo es simplemente nada o peor; porque «todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960).

Con una fe como esta, es decir, con fe verdadera, nunca puede surgir ninguna pregunta en cuanto a las obras; porque esta fe misma obra, y quien la tiene, necesariamente obra. Es imposible tener esta fe y no tener obras. «porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.» (Gálatas 5:6, RVR1960). Esta fe, siendo una cosa viva, no puede existir sin obrar. Y viniendo de Dios, las únicas obras que puede obrar son las obras de Dios.

Por lo tanto, cualquier cosa que profese ser fe y que por sí misma no obre la salvación del individuo que la tiene, y que luego no obre las obras de Dios en quien la profesa, no es fe en absoluto, sino un fraude que ese individuo se está haciendo a sí mismo, que no trae gracia al corazón ni poder a la vida. Está muerta, y él sigue muerto en delitos y pecados, y todo su servicio es solo una forma sin poder, y por lo tanto es solo un formalismo muerto.

Pero, por otro lado, la fe que es de Dios, que viene por la palabra de Dios y trae a Cristo, la palabra viva, para morar en el corazón y brillar en la vida —esta es la fe verdadera que solo a través de Jesucristo vive y obra en quien la ejercita.

Cristo mismo viviendo en nosotros; Cristo en vosotros, la esperanza de gloria; Dios con nosotros; Dios manifestado en la carne ahora, hoy en nuestra carne, por la fe de Jesucristo — esta y solo esta es la *fe viva*. Porque «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.» (1 Juan 4:2-4, RVR1960).

Por lo tanto, «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?» (2 Corintios 13:5, RVR1960). Jesús les dijo a ellos y a todos nosotros: «Tened fe en Dios» (Marcos 11:22, margen).

BE, 14 de enero de 1895

28. Discerniendo a los Justos y a los Impíos (Juzgando a Otras Personas)

E. J. Waggoner

El hombre justo es aquel en cuyo corazón mora la palabra de Dios. Y este hecho no es evidente a través de sus circunstancias externas. Si pudiéramos mirar el corazón como lo hace Dios, y ver con la claridad de Su visión, seríamos capaces de discernir allí la presencia o la ausencia de fe, y solo por eso sabríamos a cuál de las dos grandes clases pertenece cualquier individuo en particular.

Siendo la fe la fuente de la justicia, su ausencia, y solo eso, es la causa de la impiedad. Porque todos los hombres son por naturaleza impíos, teniendo corazones carnales que «no están sujetos a la ley de Dios, ni tampoco pueden estarlo». Y la misma naturaleza humana que se manifiesta en asesinatos, embriagueces y las formas más bajas de vicio y crimen, es la naturaleza común de todos los hombres. Solo el accidente de las circunstancias impide que se manifieste de igual manera en todos los hombres. El miembro altamente respetable de la sociedad, que sin embargo no conoce a Dios, no tiene nada de qué jactarse sobre el hombre a quien la sociedad tacha de paria, porque la diferencia entre ellos no es una diferencia de naturaleza, sino meramente de fortuna, por lo cual no puede atribuirse ningún mérito.

Cuando Adán pecó, adquirió una naturaleza caída y carnal, y solo esa naturaleza pudo legar a sus hijos. Así, todos sus descendientes adquirieron su naturaleza, siendo transmitida por cada padre a su vez. Y así, todos los hombres han recibido la naturaleza caída que Adán tuvo, y solo las variaciones en el proceso de transmisión y en las circunstancias en las que los hombres han estado rodeados, han producido, fuera de la gracia de Dios, las diferencias en sus historias de vida. Pero con aquellos que han recibido la gracia de Dios, ha habido un cambio de naturaleza; y a esto, y no a ninguna variación de fortuna, se ha debido el éxito de sus vidas. Incluso el apóstol Pablo testificó de sí mismo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy», y dijo: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:10; Gálatas 6:14).

Y por lo tanto es cierto que el hombre que está más alejado de Dios es aquel que menos siente su necesidad de la gracia Divina y de una naturaleza diferente a la que Él tiene. Esto se

ilustra con la parábola del fariseo y el publicano, que fueron al templo a orar. El fariseo pensó que tenía una naturaleza mejor que otros hombres, así que agradeció al Señor que no fuera como ellos; pero el publicano, sintiendo su necesidad, exclamó: «Señor, sé propicio a mí, pecador», y bajó a su casa justificado.

Ningún hombre es tan irremediablemente impío como aquellos que se sienten satisfechos consigo mismos; y los que están más cerca de la autosatisfacción no son los que manifiestan las mayores debilidades y son culpables de la mayoría de los crímenes, sino los que son capaces de conformar sus vidas al estándar mundial de moralidad y respetabilidad.

Podemos saber cómo estamos nosotros mismos delante de Dios, porque es una cuestión sencilla saber si creemos o no Su palabra. Esa palabra nos dice que tengamos toda la confianza en Dios y ninguna en nosotros mismos, o en la carne. Si decimos amén a esto, Dios, por Su poder creador, nos hace justos, y estamos justificados delante de Él.

sus corazones. Solo podemos mirar la apariencia externa, que no es un índice de la naturaleza de la vida interior. Por lo tanto, se nos da la exhortación: «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.» (1 Corintios 4:5, RVR1960).

Así, en Malaquías leemos del tiempo en que el Señor formará Sus joyas, y «los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve». Esto indica un tiempo en que aquellos que no le sirvan no serán perdonados. «Entonces», dice Él, «Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.» (Malaquías 3:17-18, RVR1960). Ese será el tiempo en que el juicio sea dado a los santos del Altísimo, y los santos posean el reino (Daniel 7:22) en la primera resurrección. Ver (Apocalipsis 20:4-6).

No es asunto nuestro ahora conocer los pensamientos y motivos ocultos del corazón de los hombres. Tal conocimiento nos haría mucho más daño que bien. Todo lo que nos concierne aquí es creer la palabra de Dios para nosotros mismos y sembrar la semilla de Su verdad junto a todas las aguas, sin pasar por alto ningún lugar porque parezca desfavorable, sino teniendo

esperanza para todos, a través de la misericordia y la gracia tan abundantemente dadas a todos en el Evangelio.

PT, August 30, 1894

29. Justicia y Vida

E. J. Waggoner

Aunque el Evangelio es un gran misterio, es sin embargo sumamente sencillo. Unos pocos principios, fácilmente comprensibles, cubren cada fase posible del mismo. Solo *dos cosas* necesitan ser entendidas: la necesidad del hombre y la capacidad y disposición de Dios para suplir esa necesidad.

En primer lugar, encontramos que todos los hombres son pecadores. «Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.» (Romanos 3:10-12, RVR1960). «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,» (Romanos 3:23, RVR1960).

El pecado es parte del ser mismo del hombre; de hecho, puede decirse que es el hombre. Cristo, que sabía lo que había en el hombre, dijo: «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.» (Marcos 7:21-23, RVR1960). Estas cosas malas proceden del corazón, no de unos pocos hombres, o de una clase particular de hombres, sino de todos los hombres, de la humanidad. Ahora se nos dice que «son vida a los que las hallan.» (Proverbios 4:22, RVR1960). Por lo tanto, sabemos que estas cosas malas son la vida misma de los hombres. Esto significa que la vida del hombre por naturaleza es *pecado*.

Pero el pecado significa muerte. «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.» (Romanos 8:6, RVR1960). «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12, RVR1960). Así vemos que el pecado lleva consigo la muerte. La muerte brota del pecado, porque «ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley.» (1 Corintios 15:56, RVR1960). «Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado,

da a luz la muerte.» (Santiago 1:15, RVR1960). De estos textos aprendemos que en el pecado está envuelta la muerte. Por la misericordia de Dios, el pecado no produce inmediatamente la muerte del individuo, porque el Señor es paciente, «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.» (2 Pedro 3:9, RVR1960). Así, Él da a los hombres la oportunidad de arrepentirse. Si lo hacen, el pecado será quitado y, por supuesto, serán librados de la muerte. Pero si se niegan a arrepentirse y demuestran que aman el pecado, este produce lo que hay en él, a saber, la muerte. Muchos otros textos podrían citarse para mostrar que el pecado significa muerte, pero estos son suficientes por el momento. Que el lector examine, si lo desea, Juan 3:36; Deuteronomio 30:15-20, en conexión con Deuteronomio 11:26-28; Romanos 5:20, 21; 7:24.

El pecado y la muerte son, por lo tanto, inseparables. Donde se encuentra uno, allí está el otro. Salvar del pecado es salvar de la muerte. La salvación no significa simplemente la liberación de las consecuencias del pecado, sino del *pecado mismo*. El plan de salvación no es, como algunos han supuesto, un esquema por el cual las personas son libres de pecar tanto como quieran, con la confianza de que una profesión de fe los salvará del justo merecido de su mal obrar. Por el contrario, es un plan para la completa liberación del hombre del pecado, de modo que no haya causa de muerte. Así como no puede haber muerte sin pecado, tampoco puede haber vida sin justicia.

Pero, ¿de dónde obtendrá el hombre la justicia? No puede obtenerla de sí mismo, porque no tiene nada más que pecado en sí mismo. «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.» (Romanos 7:18, RVR1960). «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.» (Romanos 8:7-8, RVR1960). Puesto que toda la vida es pecado, como ya hemos visto, es evidente que la única manera de obtener la bondad es obtener *otra vida*. Eso es lo que ofrece el Evangelio.

Mientras el hombre es malo, Dios es bueno. Él no solo es bueno, sino que es el *único* que es bueno. Escuchen las palabras del Salvador al joven que vino corriendo a preguntarle: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.» (Marcos 10:17-18, RVR1960). Esto es

absoluto. No excluye a Cristo, porque Cristo es Dios (Juan 1:1). «Dios estaba en Cristo». La vida del Padre y del Hijo son la misma (Juan 6:57).

No hay bondad aparte de Dios. La bondad no es un sentimiento, sino una cosa real. No puede haber bondad aparte de las acciones. No flota en el aire como el aroma de las flores. Así como no puede haber dulzura aparte de algo que sea dulce, y así como no hay salinidad aparte de la sal, tampoco hay bondad aparte de las buenas obras. Todos los caminos de Dios son buenos y rectos. Sus caminos están descritos de manera concisa pero completa en Su ley. «Sus caminos notificó a Moisés,

Y a los hijos de Israel sus obras.» (Salmos 103:7, RVR1960).

«Bienaventurados los perfectos de camino,

Los que andan en la ley de Jehová.» (Salmos 119:1, RVR1960).

Como la ley de Dios describe Sus caminos, y todos Sus caminos son rectos, Su ley es llamada Su justicia. Así leemos: «Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá. Oídme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes.» (Isaías 51:6-7, RVR1960). La ley de Dios es Su justicia, y Su justicia consiste en obras activas; por lo tanto, la ley de Dios es la vida de Dios. Su vida es el estándar de la justicia. Aquello que es como Su vida es recto, y todo lo que difiere de Su vida es incorrecto.

No se nos deja en la ignorancia de lo que es la vida de Dios, porque Él la ha vivido ante los hombres, en la persona de Jesucristo. La ley de Dios estaba en Su corazón (Salmo 40:8), y del corazón manan las fuentes de la vida; por lo tanto, la ley de Dios era Su vida. Como dice Isaac Watts:

Mi bendito Redentor y mi Señor,

Leo mi deber en Tu palabra;

Pero en Tu vida la ley aparece

Trazada en caracteres vivientes.

El Espíritu del Señor estaba sobre Él (Lucas 4:18), y «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» (2 Corintios 3:17, RVR1960). Por lo tanto, la vida de Dios en Cristo es «la perfecta ley de la libertad», cuya permanencia hace que un hombre sea bienaventurado en su obra (Santiago 1:25). Ninguna otra vida se ha visto en este mundo que estuviera libre de pecado. Los hombres se han agotado y han gastado su propia vida intentando vivir vidas justas, y han fracasado invariablemente. Todos saben que son pecadores. No hay quien no reconozca que podría haber hecho mejor algunas cosas de las que ha hecho; y no hay quien no haya dicho o pensado en algún momento de su vida que iba a mejorar; y con ello demuestran que saben que han pecado. La conciencia de todo hombre lo acusa, incluso si no ha sido instruido en la ley de Dios (Romanos 2:14, 15).

Puesto que la vida de todo hombre es pecado en sí misma, y solo tiene una vida, y la justicia no puede ser fabricada a partir del pecado, es evidente que la única manera en que cualquier hombre puede obtener justicia es obteniendo *otra vida*. Y puesto que la única vida justa jamás conocida es la vida de Dios en Cristo, es claro que el pecador debe obtener la *vida de Cristo*. Esto no es ni más ni menos que vivir la vida cristiana. La vida cristiana es la vida de Cristo.

Pero que nadie piense que puede vivir esta vida *por sí mismo*. Es evidente que no podemos vivir otra vida con nuestra vieja vida, la que siempre hemos vivido. Para vivir otra vida, debemos tener otra vida. Y nadie puede vivir la vida de otro. Ningún hombre puede vivir la vida ni siquiera de su amigo más íntimo; porque en primer lugar no puede imitar con éxito las cosas con las que está familiarizado en ese amigo, y en segundo lugar, no puede conocer la vida interior de esa otra persona. ¡Cuánto menos, entonces, puede uno vivir la vida infinita de Cristo! La gente a veces intenta hacerse pasar por otra persona, pero invariablemente son detectados en el fraude; así debe ser con quien se propone vivir la vida de Cristo. Miles de personas están intentando vivir la vida cristiana, pero la causa de su fracaso es que están tratando de vivir la vida de Cristo con la suya propia.

¿Qué se puede hacer, entonces? ¿No hay posibilidad de vivir la vida cristiana? Sí, la hay, pero hay que permitir que *Cristo la viva*. Los hombres deben contentarse con renunciar a sus vidas pecaminosas e inútiles, y considerarse muertos, *simplemente nada*. Entonces, si realmente están muertos con Cristo, también vivirán con Él. Entonces será con ellos como fue con Pablo: «Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo

estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:19-20, RVR1960). Cuando se permite que Cristo viva Su propia vida en un hombre, entonces, y solo entonces, la vida de ese hombre estará en armonía con la ley de Dios. Entonces tendrá justicia, porque tiene la única vida en la que hay justicia.

Si alguno tiene dudas sobre cómo se puede obtener la vida de Cristo, que lea el relato de Sus milagros, cómo sanó a los enfermos y resucitó a los muertos. Lea cómo dio nueva vida a la pobre mujer cuya vida se consumía día a día (Lucas 8:43-48). Lea cómo dio vida a Lázaro y a la hija del gobernante. Aprenda que Su palabra es una palabra viva, con poder para dar vida a todos los que la reciben con fe. Aprenda que la vida de Cristo está en Su palabra, de modo que cuando la palabra es oída y creída, Cristo mismo mora en el corazón por la fe (Efesios 3:17). Que estas cosas sean realidades vivas, y ciertamente tendrán vida por Su nombre.

PT, 6 de octubre de 1892

30. Hágase

E. J. Waggoner

«Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.» (Efesios 4:31, RVR1960). ¡Cuántos han leído estas palabras y han pensado, «*iOh, que así fuera!*»! Y con qué seriedad han intentado desechar esa maledicencia, junto con «*la raíz de amargura*» de la que brota, y han fracasado, porque «ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.» (Santiago 3:8, RVR1960).

El mismo problema se ha encontrado con la exhortación similar: «Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.» (Colosenses 4:6, RVR1960). ¡Oh, sí, si tan solo pudiéramos! Pero, ¡cuántas veces hemos resuelto no dejarnos llevar por el habla precipitada, y casi inmediatamente nos hemos cubierto de vergüenza por las cosas necias que salieron de nuestra boca «antes de pensar»!

De nuevo leemos la divina exhortación: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo». «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,» (Filipenses 2:3-5, RVR1960). Y similar a esto es la exhortación: «Permanezca el amor fraternal.» (Hebreos 13:1, RVR1960). ¡Qué estado mental tan bendecido debe ser este, y qué cielo habría en la tierra si tal estado de cosas existiera, incluso entre aquellos que profesan el nombre de Cristo! Sin embargo, ¡cuántos que se han propuesto este bendito ideal, se encuentran preguntándose cómo se ha de alcanzar! SITI September 5, 1895, p. 546.2

Es el hombre que es «carnal, vendido al pecado», quien se ve obligado a decir: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.» (Romanos 7:18, RVR1960). Dios es justo y bondadoso. No es un tirano, y no pone tareas ante su pueblo sin mostrarles el camino para realizarlas. No solo muestra el camino, sino que también *suministra el poder*; el problema radica en nuestra lectura de sus mandamientos y exhortaciones. Leamos una más y veamos si esa no empieza a sugerir la salida de la dificultad: «Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo

fuiosteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos.» (Colosenses 3:15, RVR1960). Ciertamente, no podemos controlar la paz de Dios. No podemos fabricarla y ponerla en nuestros corazones. No, solo Dios puede proporcionar paz, y esto él ya lo ha hecho. Jesús dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.» (Juan 14:27, RVR1960). «Escucharé lo que hablará Jehová Dios;

Porque hablará paz a su pueblo y a sus santos,

Para que no se vuelvan a la locura.» (Salmos 85:8, RVR1960). El hecho de que solo Dios pueda poner su gracia en el corazón y hacer que gobierne allí, debería indicarnos que es él quien debe cumplir esas otras exhortaciones en nosotros.

Una vez más leemos: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.» (Colosenses 3:16, RVR1960). Esto, junto con el texto citado justo antes, nos revela todo el secreto. Es por la palabra de Dios que estas cosas han de hacerse. «Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.» (Zacarías 4:6, RVR1960). La palabra del Señor, que nos presenta estos deseables logros de pensamiento y habla, es el medio por el cual son provistos.

¿Qué puede hacer la palabra del Señor? —Leamos Salmos 33:6, 9: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca».

«Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió». «Mas la palabra del Señor permanece para siempre.

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.» (1 Pedro 1:25, RVR1960). El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; y el poder de Dios se ve en la creación (Romanos 1:16, 19, 20). Por lo tanto, el poder por el cual los mandamientos y exhortaciones del Espíritu Santo han de cumplirse en nosotros es el poder por el cual los cielos y la tierra fueron hechos.

Volvamos entonces a la sencilla historia de la creación. Dios dijo: «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.» (Génesis 1:3, RVR1960). De nuevo, Dios dijo: «Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco; y fue así» (Versículo 9). De nuevo, Dios dijo: «Produza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según

su género, cuya semilla esté en él, sobre la tierra; y fue así» (Versículo 11). Una vez más: «Dijo Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y fue así» (Versículos 14, 15). Y así leemos a lo largo de toda la historia de la creación.

La oscuridad no tenía poder en sí misma para producir luz. Las aguas no podían juntarse en un solo lugar. La tierra no podía hacer un gran esfuerzo y producir árboles cargados de frutos. Mucho menos podían el sol, la luna y las estrellas crearse a sí mismos. Lo que no existía no podía traerse a sí mismo a la existencia. Pero a la palabra de Dios, diciendo «*Hágase*», todo llegó a ser. Las palabras «*Hágase*» esto y aquello, llevaban consigo el poder de ser. La cosa requerida estaba en las palabras que requerían su producción.

Ahora bien, «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10, margen). Y «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:13, RVR1960). Debemos recordar que las exhortaciones que leímos al principio no son exhortaciones de un hombre, sino que son las palabras de Dios para nosotros. El mismo que al principio dijo «*Hágase la luz*» y «*Produza la tierra hierba*», nos dice: «Quítense de vosotros toda amargura, y enojo...». Así como se hizo lo primero, así debe cumplirse lo otro. «Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones.» (Isaías 61:11, RVR1960). Por lo tanto, cuando leemos las exhortaciones para que ciertas cosas malas se aparten de nosotros y para que aparezcan ciertas gracias, no debemos considerarlas como mandamientos para que nosotros las desechemos, sino como la agencia por la cual la tarea ha de cumplirse.

El poder de Dios para crear es tan grande ahora como siempre lo fue. Aquel que al principio hizo que la tierra produjera fruto, y que hizo al hombre perfecto del polvo de la tierra, puede tomar estos vasos de barro y hacerlos «para alabanza de la gloria de su gracia». Debemos familiarizarnos tanto con el hecho de que Dios es Creador, que cuando él diga «*Hágase esto*», responderemos de inmediato y continuamente: «*Amén; así sea, Señor Jesús*»; y así se creará el nuevo corazón, del cual procederán pensamientos y palabras aceptables a su vista.

ST, September 5, 1895

31. Salvados por Su Vida

E. J. Waggoner

La muerte de Cristo reconcilia a Dios al pecador creyente. Los hombres son por naturaleza enemigos de Dios, y esta enemistad consiste en la falta de sujeción a Su ley. (Romanos 8:7). La ley de Dios es Su vida, y Su vida es paz. Por lo tanto, Cristo es nuestra Paz, porque en Él somos hechos la justicia de Dios, o, en otras palabras, somos conformados a la vida de Dios. Al entregar Su vida, Cristo se la da a todo aquel que la acepte. Aquellos que la aceptan, de modo que pueden decir: “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;*” son reconciliados con Dios, porque tienen la misma vida. Simplemente han hecho un intercambio, entregando su vida a Cristo y tomando Su vida en su lugar.

Cuando Cristo se entrega a un hombre, le da la totalidad de Su vida. Cada individuo que cree recibe la totalidad de Cristo. Recibe Su vida como infante, como niño, como joven y como hombre maduro. El hombre que reconoce que toda su vida no ha sido más que pecado, y que voluntariamente la entrega por causa de Cristo, realiza un intercambio completo, y tiene la vida de Cristo desde la infancia hasta la edad adulta, en lugar de la suya propia. Así, necesariamente debe ser contado justo delante de Dios. Es justificado, no porque Dios haya consentido en ignorar su pecado debido a su fe, sino porque Dios lo ha hecho un hombre justo —un hacedor de la ley— al darle Su propia vida justa.

Que el perdón de los pecados se obtiene al recibir la vida de Cristo en lugar de la vida pecaminosa, se muestra en la declaración concerniente a Cristo, de que «tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.» (Colosenses 1:14, RVR1960). «Es la sangre lo que hace expiación por el alma», «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.» (Levítico 17:11, RVR1960). Así que tenemos la redención por la sangre de Cristo, somos reconciliados con Dios por Su muerte, porque en Su muerte Él nos da Su vida.

El recibir esa vida por fe nos hace estar delante de Dios como si nunca hubiéramos pecado. La ley nos escudriña y no puede encontrar nada malo, porque nuestra vieja vida se ha ido, y la vida que ahora tenemos —la vida de Cristo— nunca ha hecho nada malo. Pero, ¿qué hay del futuro? Así como hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, así ahora

hemos de ser salvados por esa vida que Él nos dio en Su muerte. ¿Cómo hemos de retener esa vida? Tal como la recibimos. «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960). ¿Cómo lo recibimos? Por fe. Por lo tanto, hemos de retener Su vida por fe, *“porque el justo por la fe vivirá.”* La fe en Cristo provee vida espiritual tan seguramente como el comer alimento nutritivo provee vida física. El Salvador nos dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.» (Juan 6:54-55, RVR1960). Comemos Su carne al alimentarnos de Su palabra (versículo 63), porque está escrito que el hombre vivirá *“de toda palabra que sale de la boca de Dios.”*

Salvados por Su vida. ¿Cuál será la naturaleza de esa vida? Será sin pecado, «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» (1 Juan 3:5, RVR1960). «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.» (1 Juan 3:4, RVR1960). Por lo tanto, esa vida será la justicia de la ley. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8), y así la vida que Él vivirá en nosotros ahora será la misma vida que vivió cuando estuvo en esta tierra hace mil ochocientos años. Él vino aquí para ofrecer un ejemplo completo a los hombres de la vida de Dios.

Cualquier cosa que Él hizo entonces, la hará ahora en aquellos que lo aceptan, y cualquier cosa que Él no hizo no puede ser hecha por aquellos que reciben plenamente Su vida. Notemos algunos de los detalles de la conformidad de Su vida a la ley de Dios.

Para empezar con el décimo mandamiento: *“No codiciarás.”* Tan lejos estuvo Jesús de manifestar cualquier rastro de codicia, que ni siquiera insistió en tener las cosas que le pertenecían. Él, «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:6, 7, lectura marginal de la Versión Revisada). Por lo tanto, aquel en quien Cristo mora no codiciará lo que no es suyo, y ni siquiera insistirá en tener siempre sus *“derechos.”* El amor, que es el cumplimiento de la ley, *“no busca lo suyo.”*

Tomemos el noveno mandamiento. Nada más necesita decirse sino que Él es «el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:» (Apocalipsis 3:14, RVR1960). Él «el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca;» (1 Pedro 2:22,

RVR1960). Aquellos en quienes Cristo mora dirán la verdad, y se caracterizarán por “*el amor de la verdad.*”

En cuanto al octavo mandamiento, el cumplimiento de este por parte de Cristo está suficientemente indicado en la referencia al décimo. Aquel que voluntariamente daría lo que era Suyo estaría lo más lejos posible de tomar lo que era de otro. Toda Su vida fue de entrega. Él fue rico y se hizo pobre para que otros pudieran ser enriquecidos.

Cristo pudo decir: «Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.» (Juan 14:29, RVR1960). Por lo tanto, no había el menor rastro de impureza en Él. Él no conoció pecado. PTUK October 6, 1892, p. 308.12

Su vida fue la perfección del sexto mandamiento. Él dijo: «porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.» (Lucas 9:56, RVR1960). «Cómo Dios ungíó con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.» (Hechos 10:38, RVR1960). Él vino a abolir la muerte y a sacar a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio (2 Timoteo 1:10). Así, Él vivirá una vida de amor y buena voluntad hacia todos los hombres, en el alma de todo aquel que le reciba. No habrá ira, ni contienda, ni celos, ni envidia, en la vida de aquellos cuya vida es la de Cristo.

No puede haber idolatría en aquellos en quienes Cristo mora, porque cuando fue tentado por el diablo, lo resistió con las palabras: «Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.» (Lucas 4:8, RVR1960). En lugar de tener otros dioses antes del Único Dios, Su alimento era hacer la voluntad de Su Padre que está en el cielo (Juan 4:34).

Aquellos en quienes Cristo vive Su propia vida reverenciarán a los ancianos y serán obedientes a los padres. Aunque Jesús fue hallado por Sus padres sentado en el templo con los doctores, preguntando y respondiendo, y asombrando a los hombres sabios con Su sabiduría, no se consideró por encima de la obediencia a los padres. «Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.» (Lucas 2:51, RVR1960).

¿Y qué del cuarto mandamiento? «Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.» (Lucas 4:16,

RVR1960). Él reconoció la ley del Sábado, diciendo: «Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo.» (Mateo 12:12, RVR1960). Él se llamó a sí mismo Señor del día de reposo, porque Él lo hizo. Él nunca guardó un domingo. Por lo tanto, no hay observancia del domingo en Su vida para dar a aquellos que creen en Él. Su vida solo puede impartir la observancia del día de reposo. Como Él guardó el Sábado cuando estuvo en esta tierra, así Él debe guardarla ahora en aquellos en quienes Él vive. Porque Él no cambia. Él es “*el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.*” Cuando estuvo en esta tierra, vivió la misma vida que vivió en el cielo antes de venir a la tierra, y Él vive la misma vida ahora que entonces.

Hay multitudes que aman al Señor, que todavía no saben que la observancia del domingo no es parte de Su vida, y consecuentemente aún no se han sometido a Él en este aspecto. Pero a medida que crezcan en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, aprenderán que la observancia del Sábado —el séptimo día— es tan parte de la vida de Cristo como lo es la obediencia a los padres o decir la verdad, y le permitirán vivir este precepto en ellos también. A medida que permitimos que Cristo more en nosotros en Su plenitud, nos convertimos en hijos de Dios, porque es la vida de Cristo la que vivimos; y el Padre se complacerá con nosotros tal como lo estuvo con Su Hijo unigénito.

PT, October 6, 1892

32. No Olvides Comer

E. J. Waggoner

«¡No olvides comer! ¡Vaya, no podría olvidar eso ni aunque lo intentara —dice Ernesto—, porque me gusta demasiado! Y además, otra cosa, me empieza a doler la cabeza, y me siento débil y desfallecido si me pierdo una sola comida. No puedo trabajar, no puedo vivir en absoluto sin comer, así que no creo que haya mucho peligro de que me olvide de comer».

Sí, pero escucha un momento. ¿Sabes que te vuelves muy parecido a la comida que ingieres? Si comes alimentos buenos y nutritivos, crecerás fuerte y sano, pero si comes alimentos pobres y perecederos, te volverás débil y enfermizo, y finalmente perecerás. Ni siquiera el mejor pan, la mejor carne y la mejor fruta que puedas encontrar en el mercado pueden edificarte y hacerte crecer hasta convertirte en un hombre perfecto. Puede que por un tiempo te permitan vivir un tipo de vida pobre, pero no pueden hacer que ni siquiera esa vida dure más que unos pocos años a lo sumo. Entonces todo su poder se agota, y tu vida se ha ido por completo.

Dios dice que el hombre no puede vivir solo de pan terrenal, sino que también debe tener Pan Celestial cada día. El pan terrenal, como todas las cosas terrenales, no tiene vida en sí mismo, sino que pronto perece y no tiene vida para darnos. Pero el Pan de Vida del cielo está tan lleno de vida que puede darnos vida, *incluso vida eterna*. Si lo comemos cada día, nos hará crecer perfectos, como Jesús, de modo que querremos hacer solo cosas puras y buenas; y también nos dará la fuerza para hacerlas. Sabes que el pan común no puede hacer eso por nosotros. Intentamos una y otra vez hacer lo correcto, pero no podemos.

Bueno, ¿chará Dios llover este Pan del cielo para nosotros cada día, como hizo con el maná para los israelitas?

No; porque Él ya nos lo ha enviado, y está al alcance de cada uno de nosotros, solo que no lo hemos sabido realmente.

Dios dice que encontrarás todo el Pan Celestial que puedas necesitar, ¡en tu Biblia! Esas palabras que ves en tu Biblia no son las mismas palabras sin vida que lees en los libros de los hombres. Jesús dice que están llenas de vida, de Su vida. Y Él dice: «Yo soy el pan de vida que descendió del cielo».

Entonces, ¿no ves que si la vida de Jesús está en esas palabras, podemos obtener a Jesús, el Pan del cielo, simplemente alimentándonos de esas palabras? Podemos alimentarnos de ellas y hacerlas parte de nosotros mismos leyéndolas cada día y creyendo que es nuestro Padre celestial quien nos habla; amándolas y creyendo que Jesús viene con ellas a nuestros corazones.

Y si Jesús está en nuestros corazones, tan poderoso como cuando creó la tierra y todas las cosas, ¿no puede Él guardarnos del pecado, fortalecernos para decir palabras amables y para realizar actos de amor?

Tú dices: «¿Cómo, pues, puede Jesús venir a nuestros corazones con Su Palabra? ¿Cómo podemos alimentarnos de Él alimentándonos de Su Palabra?»

Esa es una pregunta que no puedo responder. No sé cómo puede ser. Pero no necesitamos saber cómo se hace. Jesús dice que Él lo hará, ¿y no es eso suficiente? También sabemos que Él lo ha hecho y vive cada día con quienes se alimentan de Sus palabras.

Oh, valora tu Biblia. Ámala y léela como ningún otro libro. De nuevo digo: *No olvides comer el Pan de Vida cada día.* Lo necesitas mucho más que tu alimento terrenal. Alimentarse de él una vez al mes no te mantendrá vivo para el cielo, de la misma manera que comer tu alimento terrenal una vez al mes no te mantendrá vivo para la tierra. ¡Entonces, NO OLVIDES COMER!

PT, 23 de febrero de 1893

33. Ten fe en Dios

E. J. Waggoner

Estas palabras fueron dichas por nuestro Salvador a Sus discípulos cuando expresaron su asombro por el repentino marchitamiento de la higuera estéril. (Marcos 11:22) No son menos aplicables a cada uno de nosotros hoy que lo que fueron a las pequeñas compañías que siguieron a Jesús en Sus caminos por Judea. Son las palabras de vida eterna para el pecador que se sienta en la oscuridad y la sombra de la muerte. Son la suma de todo lo que Dios, por las diversas maneras en que se comunica con el hombre, habla al alma humana.

¿Tienes fe en Dios? ¿Sabes que la tienes? ¿Estás seguro de que sabes lo que es la fe? Los discípulos pensaron que tenían fe, pero en el momento de la prueba y la tribulación fueron hallados faltos. La fe soporta toda prueba; pero aquello que no es fe, no resiste la prueba. Si tienes fe, permanecerás incombustible ante las tormentas y tentaciones de esta vida mortal; pero si aquello que crees que es fe es solo una imitación de la fe, cuando la tormenta azote con fuerza tu casa será derribada. Es de suma importancia saber ahora si tu casa está edificada sobre la arena o sobre la roca sólida.

La roca sólida es la palabra de Dios; y no existe tal cosa como la fe sin esta palabra. La roca es Cristo, y Cristo es la Palabra. (Juan 1:1, 14) Puede que esa palabra no te parezca sólida; sin embargo, lo es. No estamos acostumbrados a pensar en las palabras como algo sustancial como las rocas, pero esto es cierto para la palabra del Señor. Esa palabra es tan sustancial como Dios mismo. Y mientras la tierra y las cosas terrenales pasarán y dejarán de ser, la palabra del Señor permanecerá tan firme como el trono eterno. Por esa palabra llegaron a existir, y por esa palabra serán disueltas y desaparecerán.

La fe se compone de dos elementos: la creencia y la palabra de Dios. La fe falsa solo tiene uno de estos elementos; siempre le falta la palabra. Descansa sobre otra cosa —algún sentimiento, o impresión, o esperanza, o deseo, o proceso de razonamiento, o sobre la palabra de algún hombre. La fe acepta la palabra de Dios, sin importar cómo se lea, sin cuestionar. La fe fingida a menudo se ve obligada a desvirtuar la palabra. La fe genuina *obra por el amor*. La fe fingida o no obra en absoluto, o lo hace por algún motivo que tiene su raíz en el yo. Lo que

es el amor, se nos dice en el capítulo trece de 1 Corintios. Teniendo estos hechos en cuenta, resulta fácil determinar si tienes fe en Dios o no.

El Salvador dijo que el que tuviera fe pidiera lo que quisiera a Dios, y le sería dado. El que tiene fe, pedirá según la voluntad de Dios, y Dios siempre escuchará tal petición y la responderá; porque la fe siempre descansa sobre la palabra de Dios, que es la expresión de Su voluntad. Y el que pide con fe, creerá que recibe las cosas que pidió, basando su creencia en la promesa de Dios. No solo cree que las tiene, sino que las tiene, real y literalmente. Así que marca toda la diferencia en el mundo para un individuo, en el sentido más verdadero, si tiene fe o no. Es solo la ceguera y la perversidad de la mente natural lo que hace que una persona, que admite y conoce los beneficios sustanciales que provienen de la fe en el hombre, piense que no hay nada sustancial que derivar de la fe en Dios.

PT, 8 de marzo de 1894

34. Viviendo por la Palabra

A. T. Jones

«El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Incluso físicamente, el hombre no puede vivir de lo que no tiene vida. El aire muerto es la muerte para quien lo respira. El agua muerta o la comida muerta, de igual modo. Todo lo que tomamos como alimento o bebida debe contener el elemento de vida, o de lo contrario no podremos vivir de ello. Así también, para que los hombres vivan por la palabra de Dios, por la naturaleza misma de las cosas, esa palabra contiene el elemento de vida. Por lo tanto, esta palabra es llamada *la palabra de vida*.

Siendo la palabra de Dios, e imbuida de vida, la vida que hay en ella es necesariamente la vida de Dios; y esta es vida eterna. Por lo tanto, se dice con verdad que las palabras del Señor son «palabras de vida eterna.» (Juan 6:68, RVR1960). Cada vez que la palabra de Dios llega a algún hombre, en ese mismo momento y en esa palabra, la vida eterna llega a ese hombre. Y cuando el hombre se niega a recibir la palabra, está rechazando la vida eterna. Jesús mismo lo ha dicho: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24, RVR1960). Él «que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24, RVR1960).

Jesús usó el ejemplo de nuestro vivir de pan como ilustración de nuestro vivir de la palabra de Dios. Esto no fue elegido al azar. En todas las palabras del Señor, lo que se incluyó en ellas fue precisamente para enseñar una lección sumamente importante. Físicamente, sí vivimos de pan —usando el término «pan» para abarcar todos los alimentos adecuados—. Pero para que vivamos de pan, es esencial que esté dentro de nosotros. Y para vivir de la palabra de Dios, es igual de esencial que esté dentro de nosotros.

Nadie supone que podría vivir comprando el mejor pan y mirándolo ocasionalmente, o analizándolo, y esforzándose por resolver los misterios de su composición y cómo podría sustentar la vida. Sin embargo, miles de personas realmente parecen suponer que pueden vivir de la palabra de Dios de esa manera. Muchas personas compran una Biblia de ocho o diez veces el tamaño adecuado, con muchas notas de oscuros consejos, la ponen en la mesa

central y se enorgullen de que «creen en la Biblia»; y realmente parecen pensar que de alguna manera misteriosa vivirán así. Pero sería igual de sensato y beneficioso para ellos comprar un pan bellamente decorado de varias veces el tamaño usual, ponerlo en la mesa central, pero no comer nada, y luego proclamar que «creen en la buena vida».

Los hombres no esperan vivir de pan de ninguna manera como esa: y tampoco pueden vivir de la palabra de Dios de ninguna manera así. Para vivir de pan, todo el mundo sabe que debe ser introducido en la boca, masticado y preparado adecuadamente para el proceso digestivo, y luego, al ser tragado, entregado a dicho proceso, para que la vida que hay en él pueda ser transmitida a todas las partes del sistema. Así también con la palabra de Dios; debe ser recibida como lo que es en verdad, la palabra de Dios; debe dársele un lugar en el corazón como *la palabra de vida*; entonces se descubrirá que es, en efecto, *la palabra de vida*.

De hecho, en la Biblia, esta misma idea de vivir de pan comiéndolo, se traslada y aplica a la palabra de Dios. Mira Ezequiel 2:8 a 3:4, 10:

«Pero tú, hijo de hombre, oye lo que te hablo; no seas rebelde como la casa rebelde: abre tu boca, y come lo que te doy. Y miré, y he aquí una mano me fue enviada, y he aquí en ella había un rollo de libro; y lo extendió delante de mí; y estaba escrito por dentro y por fuera; y había escritas en él lamentaciones, y lamentos, y ayes. Y me dijo: Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel. Abrí, pues, mi boca, y me hizo comer aquel rollo. Y me dijo: Hijo de hombre, haz que tu vientre coma, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca como miel de dulce. Y me dijo: Hijo de hombre, ve, y entra a la casa de Israel, y háblales con mis palabras» (Ezequiel 2:8-3:4). «Y me dijo: Hijo de hombre, toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye con tus oídos.» (Ezequiel 3:10, RVR1960).

Antes de que el profeta pudiera hablar la palabra de Dios a otros, debía encontrarla como la palabra de Dios para sí mismo. Antes de que pudiera transmitirla como *la palabra de vida* a otros, debía conocerla como *la palabra de vida* para sí mismo. Y para que esto fuera así para él, se le mandó comerla, tragárla y llenarse hasta lo más profundo de ella. Debía oírla y recibirla en el corazón. Y esta instrucción es para todo aquel que quiera vivir por la vida de Dios. Todo aquel que ha tomado sobre sí el nombre de Cristo, es dirigido a «asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano,

ni en vano he trabajado.» (Filipenses 2:16, RVR1960); pero debe ser vida para él en lo más íntimo antes de que pueda proclamarla como la palabra de vida a otros.

Este mismo pensamiento se expresa en otro lugar: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos.» (Jeremías 15:16, RVR1960). Vale la pena señalar que esto no dice: comí los capítulos, o comí los versículos, o incluso, comí los temas. No. Dice: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí» —*las palabras*—. Aquí es donde miles pierden el verdadero beneficio de la palabra de Dios. Intentan abarcar demasiado a la vez, y así realmente no obtienen nada. Las palabras no son nada para nosotros si no captamos los pensamientos reales que pretenden expresar. Y cuanto mayor es la mente de quien habla, más profundos son los pensamientos expresados, incluso en las palabras más sencillas. Ahora bien, la mente de quien habla en la Biblia es infinita; y los pensamientos allí expresados en palabras sencillas son de profundidades eternas porque son la revelación del «propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor,» (Efesios 3:11, RVR1960).

Con nuestras mentes menos que finitas no somos capaces de captar de una vez los pensamientos transmitidos en muchas de las palabras de la Biblia —no somos capaces de comprender las palabras de un capítulo entero, o incluso de un versículo entero a la vez—. *Una palabra a la vez*, de las palabras de Dios, es lo máximo que nuestras mentes son capaces de considerar con provecho. Esto, sin duda, debe admitirlo todo aquel que cree y la recibe como la palabra de Dios, que expresa los pensamientos de su mente infinita en su propósito eterno. Ciertamente, cualquiera que profesa recibir las palabras de la Biblia como la palabra del Dios eterno, que expresa su pensamiento en su propósito eterno, tendría que tener una gran vanidad de sus propias facultades mentales para creerse capaz de captar de una vez el pensamiento de un número de esas palabras. «Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.» (Romanos 12:16, RVR1960). «Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme.» (Romanos 11:20, RVR1960). No pienses que es algo demasiado pequeño para ti tomar *una palabra de Dios a la vez*, y considerarla cuidadosamente, y meditar en ella con oración, y recibirla en tu corazón como *la palabra de vida* para ti. Haz esto, recíbelas de esta manera, y encontrarás que esa palabra será para ti, en verdad, *la palabra de vida*, y el gozo y la alegría constantes de tu corazón. No pienses que este es un

proceso demasiado lento para recorrer la Biblia, o algún libro o capítulo de la Biblia. De esta manera la recorrerás con una ventaja infinitamente mayor que recorrerla sin comprenderla. De esta manera obtienes cada palabra, y cada palabra que obtienes es vida eterna para ti. Porque Jesús dijo que el hombre vivirá «de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Esto demuestra que hay vida en cada palabra, y tan ciertamente como recibas una palabra de ella en tu mente y corazón, en esa palabra y por esa palabra tendrás vida eterna.

Mira de nuevo las palabras de Jesús: «El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). ¿Cómo vives, físicamente, de pan? ¿Es tragando grandes trozos o rebanadas enteras a la vez? —Sabes que no. Y sabes que si intentaras vivir de pan de esa manera, no vivirías mucho tiempo en absoluto. Sabes que, al vivir de pan, lo haces tomando un bocado a la vez, y un bocado adecuado también. Y sabiendo esto, ¿no quiso Jesús, al usar este hecho como ilustración, y en la expresión dependiente, «El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960), enseñarnos que *una palabra de Dios a la vez* es la manera de vivir por ella, así como un bocado de pan a la vez es la manera en que vivimos de pan? ¿No se transmite esta misma lección también en aquella otra escritura: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos.» (Jeremías 15:16, RVR1960)? «Mas tú, hijo de hombre, oye lo que yo te hablo; no seas rebelde como la casa rebelde; abre tu boca, y come lo que yo te doy.» (Ezequiel 2:8, RVR1960). Come esta palabra de Dios. Come «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Entonces vivirás de forma saludable y fuerte en las cosas espirituales y eternas, así como al comer el mejor alimento vives de forma saludable y fuerte físicamente. Come este pan del cielo como comes el pan de la tierra, y encontrarás que será para ti en las cosas del cielo lo mismo que el otro es en las cosas de la tierra.

RH, 3 de noviembre de 1896

35. La Oración

E. J. Waggoner

La oración es el canal de la comunión del alma con Dios. A través de ella, nuestra fe asciende a Dios y sus bendiciones descienden a nosotros. La oración de los santos asciende como incienso ante Dios. De hecho, ellos entran en su presencia (Salmo 140:2; Apocalipsis 5:8; 8:3, 4). La oración es el índice de la espiritualidad del alma. Existe *la oración de fe*, de la que habla Santiago, y también la oración vacilante, mencionada por el mismo escritor. Existe *la oración eficaz y ferviente*, que *puede mucho*, y también la oración fría y formal, que de nada sirve. Nuestras oraciones muestran la medida exacta de nuestra espiritualidad.

La oración eficaz se aferra por fe a la palabra de Dios. La fe no solo cree que Dios existe, sino que «*es galardonador de los que le buscan diligentemente*» (Hebreos 11:6). Se ofrece no formalmente, sino con sentido de necesidad; no con duda ni desesperación, sino con plena confianza en que es oída y recibirá respuesta a su debido tiempo.

La oración eficaz no es argumentativa, pues no es potestad del hombre discutir con Dios. Sus declaraciones no tienen por objeto transmitir información a Dios, ni persuadirle para que haga lo que no había tenido intención de hacer. Dios no puede ser persuadido por el hombre. Los argumentos y apelaciones de un hombre finito no pueden cambiar la mente del Omnipotente. El hombre de fe no suplica a Dios con tal propósito. No quiere persuadir a Dios para que obre a la manera del hombre, pues cree en la declaración de Dios de que «*como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos*». Su oración es siempre: *Hágase tu voluntad, no la mía*.

¿Qué es entonces la oración, y con qué propósito se ofrece? Es la expresión de nuestro consentimiento a aquello que Dios está dispuesto y esperando hacer por nosotros. Es expresar a Dios nuestra voluntad de dejarle hacer por nosotros lo que él quiere hacer. No nos corresponde a nosotros instruir al Señor respecto a lo que necesitamos. «*Vuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*». Él sabe lo que necesitamos mucho mejor de lo que nosotros mismos lo sabemos. «*Pues no sabemos qué pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables*» (Romanos 8:26).

Dios conoce cada necesidad que tenemos y está dispuesto y ansioso por darnos aquello que las suplirá; pero espera que nos demos cuenta de nuestra necesidad de Él. Él no puede, de manera consistente con los principios infinitamente sabios por los que obra, conceder a los hombres bendiciones espirituales que no apreciarían. Él no puede obrar para el hombre sin la cooperación del hombre. El corazón debe estar en una condición para recibir un don apropiado antes de que pueda ser concedido. Y cuando está en esa condición, sentirá un anhelo sincero que naturalmente tomará la forma de oración. Y cuando se siente este anhelo, cuando el alma siente un deseo intenso por la ayuda que solo Dios puede dar, cuando el lenguaje del alma es, «*Como el ciervo brama por las corrientes de agua, así brama por ti, oh Dios, el alma mía*», el efecto es abrir el canal entre Dios y el alma y dejar que descienda el torrente de bendiciones que ya estaba esperando. Y es la intensidad del deseo lo que determina cuán ancha se abrirá la puerta.

Necesitamos darnos cuenta más de la gran verdad de que Dios ve y conoce todo lo que necesitamos y ha provisto para todas nuestras necesidades, incluso antes de que nosotros mismos hayamos considerado esas necesidades, y que nuestro trabajo no es determinar lo que debe hacerse para aliviarlas, sino ponernos en una posición en la que Dios pueda aliviarlas por los medios que Él ha provisto; conducirnos con Él, conocer su mente y así movernos de acuerdo con sus planes, y no emprender la tarea infructuosa de intentar que Él trabaje para nosotros según algunos planes nuestros.

PT, October 5, 1893

36. Ser justificado

E. J. Waggoner

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;» (Romanos 5:1, RVR1960). ¿Qué significa esto? ¿Qué es ser justificado? Tanto los que profesan como los que no profesan a menudo confunden su significado. Muchos de los primeros piensan que es una especie de punto intermedio para alcanzar el favor perfecto de Dios, mientras que los segundos creen que es un sustituto de la justicia real. Piensan que la idea de la justificación por la fe es que, si uno solo cree lo que dice la Biblia, se le considerará justo cuando no lo es. Todo esto es un gran error.

La justificación tiene que ver con la ley. El término significa *hacer justo*. Ahora bien, en Romanos 2:13 se nos dice quiénes son los justos: «porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.» (Romanos 2:13, RVR1960). El hombre justo, por lo tanto, es el que *cumple* la ley. Ser justo significa ser recto. Por lo tanto, dado que el hombre justo es el que cumple la ley, se deduce que justificar a un hombre, es decir, hacerlo justo, es convertirlo en un hacedor de la ley.

Ser justificado por la fe, entonces, es simplemente ser hecho hacedor de la ley por la fe. «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.» (Romanos 3:20, RVR1960). La razón de esto se da en los versículos anteriores. Es porque no hay quien haga lo bueno. «Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.» (Romanos 3:12, RVR1960). No solo todos han pecado, sino que «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden;» (Romanos 8:7, RVR1960). Así que hay una doble razón por la cual un hombre no puede ser justificado por la ley. En primer lugar, dado que ha pecado, es imposible que cualquier cantidad de obediencia posterior pueda compensar ese pecado. El hecho de que un hombre no robe nada hoy, no elimina en lo más mínimo el hecho de que robó algo ayer; ni disminuye su culpa. La ley condenará a un hombre por un robo cometido el año pasado, aunque desde entonces se haya abstenido de robar. Esto es tan obvio que no necesita más ilustración o argumento.

Pero además, el hombre no solo ha pecado, de modo que no puede ser justificado por ninguna cantidad de obediencia posterior, incluso si la diera, sino que, como hemos leído, es imposible para cualquier hombre por naturaleza sujetarse a la ley de Dios. Él no puede hacer lo que la ley requiere. Escuche las palabras del apóstol Pablo, mientras describe la condición del hombre que quiere obedecer la ley: «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.» (Romanos 7:14-18, RVR1960). Por lo tanto, está bastante claro por qué un hombre no puede ser justificado por la ley. La culpa no está en la ley, sino en el hombre. La ley es buena, y esa es la razón por la que no justificará a un hombre impío.

Pero lo que la ley no puede hacer, la gracia de Dios lo hace. Justifica a un hombre. ¿Qué clase de hombres justifica? —A pecadores, por supuesto, pues son los únicos que necesitan justificación. Así leemos: «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.» (Romanos 4:4-5, RVR1960). Dios justifica al impío. ¿No es esto correcto? —Ciertamente lo es. No significa que pase por alto la falta de un hombre, de modo que se le cuenta justo, aunque en realidad sea impío; sino que significa que *hace* de ese hombre un hacedor de la ley. En el momento en que Dios declara justo a un hombre impío, en ese instante ese hombre es un hacedor de la ley. Sin duda, esa es una buena obra, y una obra justa, además de misericordiosa.

¿Cómo es justificado el hombre, o hecho justo? —«Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Romanos 3:24). Recuerde que justificar significa hacer a alguien un hacedor de la ley, y luego lea el pasaje de nuevo: «*Siendo hecho hacedor de la ley gratuitamente, mediante la redención que es en Cristo Jesús*.» La redención que es en Cristo Jesús es el mérito o el poder adquisitivo de Cristo. Él se da a sí mismo al pecador; su justicia es dada al que ha pecado y al que cree. Eso no significa que la justicia de Cristo, que él hizo hace mil ochocientos años, esté reservada para el pecador, para ser simplemente acreditada a su cuenta, sino que significa que su justicia presente y activa es dada a ese hombre. Cristo viene a vivir en el hombre que cree, porque él habita en el corazón

por la fe. Así, el hombre que era pecador es transformado en un hombre nuevo, teniendo la justicia misma de Dios.

Se verá, por lo tanto, que no puede haber un estado superior al de la justificación. Hace todo lo que Dios puede hacer por un hombre, salvo hacerlo inmortal, lo cual se logra solo en la resurrección. Pero esto no significa que, una vez justificado, ya no haya peligro de que el hombre caiga en pecado. No; «Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17, RVR1960). La fe y la sumisión a Dios deben ejercerse continuamente, para retener la justicia —para permanecer como hacedor de la ley.

Esto permite ver claramente la fuerza de estas palabras: «¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.» (Romanos 3:31, RVR1960). Es decir, en lugar de quebrantar la ley y dejarla sin efecto en nuestras vidas, la establecemos en nuestros corazones por la fe. Esto es así porque la fe trae a Cristo al corazón, y la ley de Dios está en el corazón de Cristo. Y así «Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19, RVR1960). Este que obedece es el Señor Jesucristo, y su obediencia se realiza en el corazón de todo aquel que cree. Y como es solo por su obediencia que los hombres son hechos hacedores de la ley, así a él sea la gloria por los siglos de los siglos.

ST, May 1, 1893

37. Milagros Sabáticos

E. J. Waggoner

La razón por la cual tenemos el registro de tantos milagros de Jesús es la siguiente: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:30-31, RVR1960)

En la enseñanza de Jesús y los apóstoles se nos muestra el camino de la vida; pero en los milagros que Dios obró por medio de ellos tenemos manifestaciones visibles de la realidad de la vida y de su poder. No hay una verdad espiritual expuesta en las Epístolas que no encuentre una ilustración en alguno de los milagros realizados en los cuerpos de los hombres.

Dios dio a Jesús *poder sobre toda carne, para que diera vida eterna* a todos los que a él vienen. Por el poder que tenía para librar los cuerpos de los hombres de la enfermedad, mostró poder para liberar sus almas del pecado. «Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa. Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.» (Mateo 9:5-8, RVR1960)

Algunos de los milagros más asombrosos de Jesús fueron hechos en el día de reposo, y a algunos de ellos queremos prestar especial atención. Primero leemos la historia de la sanación de

EL HOMBRE DE LA MANO SECA

«Aconteció también en otro día de reposo que él entró en la sinagoga y enseñaba; y había allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Los escribas y los fariseos lo acechaban para ver si lo sanaría en sábado, a fin de hallar de qué acusarlo. Pero él conocía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: “Levántate y ponte en medio”. Y él se levantó y se puso en pie. Entonces Jesús les dijo: “Os haré una pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal? ¿Salvar la vida o destruirla?”. Y mirándolos a todos alrededor, dijo al

hombre: “Extiende tu mano”. Él lo hizo así, y su mano le fue restaurada sana como la otra.» (Lucas 6:6-10)

La mano derecha es una de las partes más necesarias del cuerpo, especialmente para el hombre trabajador. Sería muy difícil trabajar con la mano derecha colgando inútil al costado, y muchos tipos de trabajo serían imposibles. Lo que Jesús hizo fue darle a ese hombre poder para trabajar. El hombre extendió su mano con fe, y fue fortalecido para trabajar, ilustrando así las palabras de Jesús: «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960)

EL HOMBRE CIEGO DE NACIMIENTO

«Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: “Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Respondió Jesús: “No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”. Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: “Ve a lavarte en el estanque de Siloé” (que significa: “Enviado”). Él fue entonces, se lavó y regresó viendo.» (Juan 9:1-7) «Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos.» (Juan 9:14, RVR1960)

Con este milagro, Cristo dio una prueba visible del hecho de que él es la luz del mundo. El mendigo ciego escuchó las palabras de Cristo, y así recibió la vista. De esto podemos conocer la veracidad de la afirmación de Cristo: «Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.» (Juan 8:12, RVR1960) Cuando los ojos del ciego fueron abiertos, pudo ver la luz del sol, pero sin embargo Cristo era su luz, mostrando que la luz que el sol en el firmamento derrama sobre la tierra es solo la luz que ha recibido del Sol de Justicia.

No podemos ver a Cristo, y es imposible que nuestras mentes comprendan cómo su vida puede sernos dada para que tengamos vida eterna y justicia; pero conocemos el hecho de que el sol da luz a la tierra, y que en su luz hay vida; y puesto que en los milagros de dar vista a los ciegos tenemos la evidencia de que esta luz y vida vienen de Cristo, podemos de igual manera

saber que él puede impartirnos su vida de justicia. Es tan fácil creer en Cristo como el Salvador del pecado y la muerte, como creer en el sol como la causa de la vida y la fecundidad de la tierra.

El pecado es oscuridad. Los corazones de los hombres se oscurecieron cuando no glorificaron a Dios como Dios. (Romanos 1:21) Tenían «el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios». (Efesios 4:18) Cristo da la luz de la vida, de modo que así como dio vista a los ciegos, quita la oscuridad del pecado a todos los que lo aceptan en verdad.

LA CURACIÓN DE LA MUJER ENFERMA

«Jesús enseñaba en una de las sinagogas en sábado. Y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y estaba encorvada y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: “Mujer, libre eres de tu enfermedad”. Y puso las manos sobre ella; e inmediatamente ella se enderezó y glorificó a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiera sanado en sábado, dijo a la gente: “Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo”. Entonces el Señor le respondió y dijo: “Hipócrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en día de reposo?”. Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.» (Lucas 13:10-17)

Esta mujer había sido atada por Satanás. Su liberación, por lo tanto, fue una sorprendente ilustración del poder de Cristo para liberar del pecado; porque «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.» (Juan 8:34, RVR1960), y «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.» (1 Juan 3:8, RVR1960); y «Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.» (2 Pedro 2:19, RVR1960)

La mujer no podía levantarse. Así, todo pecador puede decir verdaderamente: «Porque me han rodeado males sin número;

Me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista.

Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla.» (Salmos 40:12, RVR1960) Pero el mismo pecador, viendo el poder de Cristo en la mujer enferma, también puede decir: «Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí;

Mi gloria, y el que levanta mi cabeza.» (Salmos 3:3, RVR1960)

La mujer «tenía un espíritu de enfermedad». Cristo tuvo compasión de ella y la sanó. Así podemos saber que «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.» (Hebreos 4:15, RVR1960), y también podemos saber que su simpatía es de un tipo práctico. En este milagro y en el precedente, tenemos una bendita ilustración del poder que hay en Cristo para abrir los ojos de los hombres, y para *devolverlos de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios.*

EL HOMBRE IMPOTENTE SANADO

«Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos. [...] Había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: “¿Quieres ser sano?”. Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; pues entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo”. Jesús le dijo: “Levántate, toma tu lecho y anda”. Al instante aquel hombre fue sanado, tomó su lecho y anduvo. Era sábado aquel día. [...] Por esta causa los judíos perseguían a Jesús y procuraban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado. Y Jesús les respondió: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”.» (Juan 5:1-17)

El hombre no tenía fuerza. Además, fue el pecado lo que lo había reducido a esa condición, como aprendemos de las palabras de Cristo: «Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.» (Juan 5:14, RVR1960) Esta es una lección práctica para nosotros, «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.» (Romanos 5:6, RVR1960) No tenemos poder, pero él es capaz de fortalecernos con poder por medio de su Espíritu.

¿POR QUÉ EN EL DÍA DE REPOSO?

Se observará que el hecho de que estos milagros se hicieran en sábado está especialmente señalado. Nótese también que en ninguno de ellos la necesidad era tan urgente como para que la curación no pudiera haberse aplazado otro día. El ciego podría haber esperado otro día sin especial inconveniente. El hombre que yacía junto al estanque no corría un peligro tan inminente como para que necesariamente tuviera que ser curado de inmediato. Así también en los otros casos, sus enfermedades no ponían en peligro inmediato sus vidas. Además, ninguno de ellos esperaba ser sanado, por lo que no habrían sufrido decepción alguna si Jesús no les hubiera dicho nada hasta después de pasado el sábado.

Pero Jesús no se demoró ni una hora. Además, los sanó en el día de reposo, sabiendo muy bien que ofendería a los fariseos y aumentaría su odio hacia él. Estas cosas muestran que tenía un propósito especial al hacer estos milagros en el día de reposo, y que el Espíritu Santo tenía un propósito al llamar nuestra atención especialmente al día en que fueron realizados. ¿Cuál fue ese propósito?

La respuesta es fácil. Podemos desechar de inmediato la suposición de que Jesús actuó con un espíritu de bravuconería, para mostrar su desprecio por los fariseos, o que innecesariamente incitaría su odio hacia él. Los milagros se hicieron con el mismo propósito por el que fueron registrados, «Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:31, RVR1960)

Tampoco hizo Jesús estos milagros por falta de respeto al día de reposo, porque él guardaba todos los mandamientos. Algunos tienen la idea equivocada de que Jesús los hizo para mostrar que el sábado puede ser quebrantado en caso de necesidad. Pero Jesús no quebrantó el sábado, aunque los judíos lo acusaran falsamente de hacerlo. Nunca es necesario quebrantar el sábado, pero Jesús mismo dijo: «Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo.» (Mateo 12:12, RVR1960)

Aprendemos, por lo tanto, que Jesús, en lugar de quebrantar el sábado, como suponen los fariseos ciegos, estaba mostrando su verdadero significado. Ciento, trabajó en él, ¿pero cómo? —Fue por su Palabra. Desde la creación del mundo, cuando los cielos y la tierra fueron terminados, y todo su ejército, y *Dios reposó el séptimo día de toda la obra que había hecho*, él ha continuado trabajando por la Palabra de su poder, que sustenta todas las cosas.

Dios dio el sábado para que supiéramos que él es el Dios que nos santifica. (Ezequiel 20:12) Así, al realizar esos milagros en el día de reposo, Jesús estaba mostrando que el sábado es para liberar al hombre de la esclavitud, y no para ser una esclavitud para ellos. Conmemora el poder creador, por el cual todos los que creen son hechas nuevas criaturas en Cristo. «Porque los que hemos creído entramos en el reposo», el reposo de Dios mismo.

Dios descansó cuando hubo terminado su obra. Descansó en su Palabra de poder. Así encontramos reposo a través del trabajo —no nuestro trabajo, sino el trabajo de Dios. «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960) Pero creer, como hemos visto, nos da reposo. La obra de Dios nos da reposo del pecado, porque triunfamos en la obra de sus manos. (Salmos 92:4)

Así, por medio de estos milagros, Cristo nos enseña que el sábado, incluso el día que los judíos tenían por sábado, pero que no guardaban según el mandamiento de Dios, es la gloria culminante del Evangelio. Guardado como Dios nos lo ha dado, nos permite ver a Cristo como Redentor y Creador —como Redentor porque es Creador. El sábado del Señor —el memorial de la creación— nos recuerda el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Nos revela, como ninguna otra cosa puede hacerlo, a Cristo como el ungido por el Espíritu Santo «a predicar el evangelio a los pobres;» «El Espíritu del Señor está sobre mí,

Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;

Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;

A pregonar libertad a los cautivos,

Y vista a los ciegos;

A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor.» (Lucas 4:18-19, RVR1960)

PT, September 19, 1895

38. La Vida en Cristo

E. J. Waggoner

«Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960). Muchos actúan y hablan como si Cristo estuviera muerto, e irrecuperablemente muerto. Sí, Él murió; pero resucitó y vive para siempre. Cristo no está en el sepulcro nuevo de José. Tenemos un Salvador resucitado. ¿Qué hace la muerte de Cristo por nosotros? Nos reconcilia con Dios. Él murió, el justo por los injustos, para traernos a Dios. ¡Ahora, fíjense! Es la muerte de Cristo la que nos acerca a Dios; ¿qué es lo que nos mantiene allí? Es la vida de Cristo. Somos salvos por su vida. Guarden ahora estas palabras en sus mentes: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960).

La vida de Cristo era una vida sin pecado y, por lo tanto, el sepulcro no podía tener poder sobre Él. Es esa misma vida la que tenemos cuando creemos en el Hijo de Dios. Entreguen sus pecados al Señor y tomen esa vida sin pecado en su lugar.

La vida de Cristo es poder divino. En el momento de la tentación, la victoria se gana de antemano. Cuando Cristo mora en nosotros, somos justificados por la fe y tenemos su vida morando en nosotros. Pero en esa vida Él obtuvo la victoria sobre todo pecado, por lo que la victoria es nuestra antes de que llegue la tentación. Cuando Satanás viene con su tentación, no tiene poder, porque tenemos la vida de Cristo, y eso en nosotros lo aleja cada vez. ¡Oh, la gloria del pensamiento de que hay vida en Cristo y de que podemos tenerla!

El justo vivirá por la fe, porque Cristo vive en ellos. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960).

PT, July 28, 1892

39. ¿Qué es el Evangelio?

E. J. Waggoner

Esta pregunta es respondida en pocas palabras por el apóstol Pablo, en Romanos 1:16, 17: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:16-17, RVR1960). Pero, aunque la pregunta es respondida en tan pocas palabras, la respuesta comprende tanto que tomará toda la eternidad desvelar la profundidad de su significado.

El texto anterior expone dos puntos para nuestra consideración: 1. La salvación del pecado; y 2. El poder de Dios ejercido para lograr esa salvación. Los consideraremos brevemente en orden.

El apóstol dice que el evangelio es poder de Dios para salvación, porque en él se revela la justicia de Dios. Esto muestra que es la revelación de la justicia de Dios lo que trae salvación. Que la salvación se refiere únicamente al pecado, se muestra en el hecho de que es la revelación de la justicia de Dios la que salva. Ahora, dado que la injusticia es pecado (1 Juan 5:17), y el pecado es la transgresión de una ley (1 Juan 3:14), es evidente que la justicia es obediencia a la ley de Dios. Los siguientes textos también lo muestran: «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mateo 1:21, RVR1960). «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960).

Dado que el pecado es la transgresión de una ley, es evidente que salvar a alguien del pecado, o de la transgresión de una ley, es lo mismo que hacerlo y mantenerlo obediente a la ley. Por lo tanto, el evangelio es la revelación del poder de Dios para obrar justicia en el hombre —para manifestar justicia en sus vidas. El evangelio, por lo tanto, proclama la ley perfecta de Dios y no contempla nada menos que la obediencia perfecta a ella. No debe pasarse por alto que se requiere nada menos que el poder de Dios para exhibir actos justos en las vidas de los hombres. El poder del hombre es completamente inadecuado. Esto se ve fácilmente cuando reconocemos qué es la justicia que debe revelarse en la vida. El texto dice que es «la justicia de Dios». La justicia de Dios se establece en su ley (Isaías 51:6, 7). Ahora

bien, ¿quién puede practicar la justicia de Dios? Es decir, ¿quién puede realizar actos tan justos como los que hace Dios? —Evidentemente, solo Dios mismo. La ley de Dios establece el camino de Dios (Salmos 119:1, 2). Pero el Señor dice: «Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.» (Isaías 55:9, RVR1960). Por lo tanto, el esfuerzo del hombre por guardar los mandamientos de Dios debe quedarse tan corto como la tierra está más baja que los cielos.

El hombre ha caído; la obra del evangelio es elevarlo a un lugar a la diestra de Dios. Pero, ¿puede el hombre levantarse de la tierra al cielo? Un hombre puede tan fácilmente levantarse del suelo al sol, poniendo las manos bajo las plantas de sus pies y levantando, como puede elevarse por sus propias acciones a la altura de las exigencias de los mandamientos de Dios. Todos saben que cuando un hombre intenta levantarse poniendo las manos bajo sus pies, solo se está manteniendo abajo, y que cuanto más fuerte levanta, más presiona hacia abajo. Así sucede con todos los esfuerzos del hombre por hacerse lo que la ley de Dios exige. Solo está añadiendo a su culpa, porque «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.» (Isaías 64:6, RVR1960). Lo que el hombre hace por sí mismo es de sí mismo; es decir, es egoísmo; y el egoísmo no tiene lugar en el plan de salvación. Lo que es de sí mismo es de Satanás; es completamente malo (véase Marcos 7:21-23). El evangelio propone salvar al hombre de sí mismo; por lo tanto, el hombre que se propone hacer, ya sea total o parcialmente por sí mismo, la obra que Dios requiere, se propone hacer lo mejor que puede para frustrar el plan de Dios. Muchos hacen esto ignorantemente, pero el resultado es el mismo. Fue porque los judíos ignoraban la justicia de Dios que intentaron establecer su propia justicia (Romanos 10:1-3). Quienquiera que comprenda la infinita profundidad, altura y anchura del carácter de Dios, que se resume en su ley, verá fácilmente que nada menos que el poder de Dios puede producir ese carácter en el hombre. Solo Dios mismo puede hacer las obras de Dios. Que un hombre asuma que él mismo es capaz de hacer las obras justas de Dios, es hacerse igual a Dios; y eso es el mismísimo «misterio de la iniquidad».

La obra del evangelio, entonces, es poner las obras justas de Dios en lugar de la injusticia del hombre. Es obrar en el hombre las obras de Dios y hacerle pensar los pensamientos de

Dios. Es salvarlo de toda injusticia, librarlo de «este mundo presente de maldad», redimirlo de toda iniquidad; ese es el resultado. ¿Por qué medios ha de lograrse? —Por el poder de Dios. Debemos saber, entonces, qué es ese poder y cómo se aplica.

Inmediatamente después de la declaración de que el evangelio es poder de Dios para salvación, el apóstol nos dice cómo podemos conocer ese poder. «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.» (Romanos 1:20, RVR1960). Es decir, el poder de Dios se ve en las cosas que Él ha hecho. La creación revela el poder de Dios, porque su poder es poder creador. El hecho de que Dios crea es lo que lo distingue como el único Dios verdadero. El salmista dice: «Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;

Temible sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos;
Pero Jehová hizo los cielos.» (Salmos 96:4-5, RVR1960).

De nuevo leemos: «Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; a su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos.» (Jeremías 10:10-13, RVR1960).

Salmos 33:6, 9 nos dice cómo hizo el Señor los cielos y la tierra: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca». «Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió». Fue hecho por su palabra. Cuando Dios habla, la cosa misma existe en las palabras que describen o nombran la cosa. Así es como Él «el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.» (Romanos 4:17, RVR1960). Si el hombre llamara una cosa que no es como si fuera, sería una mentira; pero no así cuando Dios habla, porque su misma palabra hace que sea. Cuando Él pronuncia la palabra, la cosa ahí está. «Él dijo, y fue hecho».

La misma palabra que crea también sustenta. En Hebreos 1:3 leemos que Cristo, quien creó todas las cosas, sustenta todas las cosas «con la palabra de su poder». También el apóstol

Pedro nos dice que «hubo desde antiguo cielos, y también una tierra que, por la palabra de Dios, estaba compactada de agua y a través [margen, por] de agua; por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos que ahora son, y la tierra, han sido reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 Pedro 3:5-7, Versión Revisada). El poder creador de la palabra de Dios se ve en la preservación de la tierra y los cuerpos celestes, y en el crecimiento de todas las plantas. Con el mismo efecto son las palabras del Señor por el profeta Isaías: «¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio.» (Isaías 40:25-26, RVR1960).

La razón por la que esto es así se encuentra en el hecho de que la palabra de Dios es viva; siendo el aliento de Dios, tiene la naturaleza incorruptible de Dios, de modo que su poder nunca disminuye. El capítulo cuarenta de Isaías está enteramente dedicado a mostrar el poder de Dios, una muestra del cual acabamos de citar. La palabra por la cual todas estas cosas son sustentadas es aquella de la que se habla en los versículos 7, 8: «La hierba se seca, la flor se marchita; porque el espíritu de Jehová sopla en ella; ciertamente el pueblo es hierba. La hierba se seca, la flor se marchita; mas la palabra del Dios nuestro permanecerá para siempre». El apóstol Pedro cita estas palabras y añade: «Mas la palabra del Señor permanece para siempre.

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.» (1 Pedro 1:25, RVR1960).

Así volvemos a la declaración de que el evangelio es el poder de Dios para salvación. Pero el poder de Dios se muestra en la creación y sustentación de la tierra; por lo tanto, el evangelio es el poder creador de Dios ejercido para la salvación del hombre del pecado. Así dice el apóstol: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación;» (2 Corintios 5:17-18, RVR1960). «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960). La obra de redención es la obra de producir una nueva creación —hombres nuevos, cielos nuevos y tierra nueva— por la misma palabra que creó todas las cosas al principio.

¿Qué mayor aliento puede darnos Dios que este, a saber, que el poder que obra en nosotros aquello que es agradable a la vista del Señor, es el poder que hizo los cielos y la tierra, y que los sustenta? ¿Hay necesidad de desaliento alguno? Desarrollar este pensamiento, tal como se expone en las Escrituras, requeriría un volumen; pero leeremos algunos textos que nos pondrán en la pista de contemplar el poder de Dios en la creación y regocijarnos en él.

El salmista dice: «Una vez habló Dios;

Dos veces he oído esto:

Que de Dios es el poder, Y tuya, oh Señor, es la misericordia;

Porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.» (Salmos 62:11-12, RVR1960). Aquí vemos la misericordia de Dios unida a su poder. Ahora lea todo el capítulo cuarenta de Isaías, y mientras lee la descripción del maravilloso poder de Dios, tenga en cuenta el primer versículo: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios». Y luego, al final, lea: «Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán». ¿Con qué poder? —Con el poder que creó la tierra de la nada y que la preserva. ¿Cuál es el consuelo del pueblo de Dios? —Es el conocimiento de que su Dios es poderoso en poder, incluso para crear y sustentar el universo. Lea también Colosenses 1:9-18, y observe cómo la redención y la creación de todo el universo están unidas. Tenemos redención por la sangre de Cristo, porque «por Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia». Ciertamente la iglesia debe ser fuerte, cuando está conectada con una cabeza tan poderosa. Solo cuando los hombres, por incredulidad, se desconectan de la cabeza, son débiles.

El versículo 11 del pasaje al que se hace referencia dice así: «Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo». En la revisión esto se traduce más literalmente así: «Fortalecidos [margen, hechos poderosos] con todo poder, según la fuerza de su gloria». Ahora lea Salmos 19:1: «Los cielos cuentan la gloria

de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». Es decir, los cielos declaran el poder de la gloria de Dios, por el cual somos fortalecidos en el conflicto con el pecado y Satanás.

Ahora volvamos a Salmos 111:2-4, y leamos: «Grandes son las obras de Jehová, buscadas por todos los que en ellas se complacen. Su obra es gloriosa y magnífica, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas; clemente y misericordioso es Jehová». Sí, el Señor es clemente y misericordioso según el poder exhibido en las obras de sus manos. «El que confía en Jehová, la misericordia lo rodeará». Y esa misericordia es igual al poder que hizo los cielos y la tierra. Sí, es ese poder; porque Dios mismo, el Dios Todopoderoso, es amor.

Pero, ¿qué más diremos? El tiempo nos faltaría para relatar el poder y la misericordia de Dios. Cuando meditamos en la ley de Dios, como se nos exhorta a hacer de día y de noche, y encontramos en ella cosas tan maravillosas que nuestra alma desfallece ante el pensamiento de que toda esa justicia debe exhibirse en nuestras vidas, alcemos también nuestros ojos a los cielos, y miremos la tierra de abajo, y luego con regocijo digamos: «Nuestro socorro está en el nombre de Jehová,

Que hizo el cielo y la tierra.» (Salmos 124:8, RVR1960). Sí, que todos los que sufren según la voluntad de Dios, «De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.» (1 Pedro 4:19, RVR1960). Recordad que Aquel que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, es «poderoso para guardarlos sin caída, y presentarlos sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24).

«Bajo su ojo vigilante Sus santos seguros moran;

Esa mano que toda la naturaleza sostiene A sus hijos bien guardará». «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.» (Efesios 3:20-21, RVR1960). Ciertamente, feliz el pueblo cuyo Dios es Jehová.

PT, 28 de enero de 1892

40. La Religión del Tiempo Presente

E. J. Waggoner

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí». (Gálatas 2:20)

«Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios». (1 Juan 3:9)

«Todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». (1 Juan 5:4)

De estos y muchos otros textos que podrían citarse, es evidente que la religión cristiana es una religión del tiempo presente. En la vida cristiana, nada cuenta si no es aquello que es presente. Todo lo que ha sido en el pasado es valioso solo por su influencia y efecto presentes; y lo mismo ocurre con lo que está por venir.

Nacer de Dios es recibir nuestra vida de Él, así como recibimos la vida a través del nacimiento de nuestros padres terrenales. Pero el nuevo nacimiento es un proceso continuo, y por lo tanto algo que está siempre presente. Es la vida de la Vid que entra en nosotros, los pámpanos. (Juan 15:1). Así, es un flujo continuo de vida de Dios hacia nosotros. «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto». (Juan 15:5).

Si la religión fuera una cuestión del tiempo pasado, estaríamos volviendo nuestros ojos hacia atrás en lugar de hacia adelante; y si perteneciera al tiempo futuro, estaríamos siempre esperando el tiempo señalado. En cualquiera de los casos, no habría crecimiento. Este es el gran problema con muchos que profesan ser cristianos; siempre miran o al pasado o al futuro. Si es al pasado, miden las posibilidades de la vida cristiana por alguna experiencia pasada; o, habiendo tenido alguna experiencia genuina en el pasado, piensan que no pudo haber sido genuina porque después fracasan; y entonces se desaniman. Y si es al futuro, esperan un tiempo que nunca llega, ya que solo pueden vivir en el presente.

El cristianismo en tiempo presente toma a una persona justo donde la encuentra; y por lo tanto, nadie necesita esperar o desanimarse. El Señor se propone salvar a los hombres —a todos los hombres en el mundo que se lo permitan— y no puede hacer esto excepto tomándolos justo donde están, y justo donde están en cada momento sucesivo de sus vidas. Y por lo tanto, Su propósito es tomarte justo donde estás, no solo ahora, sino en cada momento que se convertirá en «ahora» tan pronto como lo alcances. Si Él no puede salvar a los hombres de esta manera, no puede salvarlos en absoluto. Pero Él nos ha asegurado que es capaz de salvar a todos, hasta lo sumo, a quienes lo miren a Él.

Y por lo tanto, lo único que hay que hacer es simplemente mirarle a Él *ahora* y creer *ahora*, sin referencia a los fracasos pasados o a las esperanzas futuras. El único punto de partida en la vida cristiana es «ahora»; el único punto alcanzable es «ahora». Vivir ahora no es desechar, resolver o anticipar ahora, sino creer y tomar. Es mirar a Cristo ahora. Es cuando nos olvidamos de vivir en el momento presente al mirar en ese momento a Jesucristo en busca de gracia y fuerza —al tomarlo en el momento presente como don de Dios para nosotros— que fallamos.

PT, 1 de febrero de 1894

41. Una Nueva Creación

E. J. Waggoner

Han pasado varias semanas desde que apareció el artículo, mostrando que la verdadera observancia del sábado significa descanso en el Señor, depender de Él como el Creador, quien es capaz de crear a un hombre como una nueva criatura en Cristo Jesús. La idea merece una mayor consideración. Recordemos algunas declaraciones claras de las Escrituras.

Dios ha hecho que sus maravillosas obras sean recordadas. «Ha hecho memorables sus maravillas;

Clemente y misericordioso es Jehová.» (Salmos 111:4, RVR1960). Él quiere que los hombres recuerden sus maravillosas obras para que conozcan su poder, porque su poder es conocido por sus obras, «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.» (Romanos 1:20, RVR1960). Es necesario que el hombre conozca el poder de Dios para que pueda ser salvo, porque «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego.» (Romanos 1:16, RVR1960). Es por el poder de Dios, mediante la fe, que los hombres son guardados. «que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.» (1 Pedro 1:5, RVR1960).

El sábado es un memorial que Dios ha dado de sus maravillosas obras. «Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.» (Génesis 2:3, RVR1960). «mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.» (Éxodo 20:10-11, RVR1960).

Dado que el sábado es el memorial de las maravillosas obras de Dios, y Dios es conocido por sus obras, se deduce que el sábado da el conocimiento de Dios. Y así dice Él: «y santificad mis días de reposo, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios.» (Ezequiel 20:20, RVR1960).

Pero conocer a Dios de verdad es conocerlo tal como es. Es saber que Él es amor «Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.» (1 Juan 4:16, RVR1960), que es de gran compasión «Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.» (Lamentaciones 3:22, RVR1960), que es misericordioso «Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia» (Salmos 103:8, 11, 17), que se deleita en la misericordia «¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia.» (Miqueas 7:18, RVR1960), que no se complace en la muerte de nadie «Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestras malas caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?» (Ezequiel 33:11, RVR1960), que se ha interpuesto para la salvación de los hombres (Hebreos 6:13-20) y que es capaz de hacer todo lo que ha prometido «plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido;» (Romanos 4:21, RVR1960); «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros,» (Efesios 3:20, RVR1960). En resumen, conocer a Dios es conocer a Jesucristo, «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad,» (Colosenses 2:9, RVR1960), y Dios se manifiesta solo en Cristo. «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.» (Juan 1:18, RVR1960). «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.» (2 Corintios 5:19, RVR1960).

Cristo es el poder de Dios. «Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.» (1 Corintios 1:24, RVR1960). Por lo tanto, las obras de Dios, por las cuales se conoce el poder de Dios, nos dan a conocer a Cristo. Esto es bastante evidente, porque «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.» (Colosenses 1:16, RVR1960). «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.» (Juan 1:3, RVR1960). Y dado que el sábado es el memorial de la creación, es el memorial del poder de Cristo. Pero Cristo es el Salvador de los hombres. «Y

sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» (1 Juan 3:5, RVR1960). Por lo tanto, el sábado tiene el propósito de que los hombres conozcan el poder de Cristo para salvarlos del pecado. Esto también lo leemos claramente: «Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico.» (Ezequiel 20:12, RVR1960).

Cuando Dios hubo terminado los seis días de la creación, Él «vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.» (Génesis 1:31, RVR1960). Esta mirada incluía al hombre. «He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones.» (Eclesiastés 7:29, RVR1960). Por lo tanto, así como el sábado es el memorial de la creación, es el memorial de una creación perfecta. Muestra el poder de Dios para crear una tierra perfecta y hombres perfectos para habitarla.

Ahora leamos Isaías 45:16-19: «Confusos y avergonzados irán todos ellos; irán con afrenta todos los fabricadores de imágenes. Israel será salvo en Jehová con salvación eterna; no os avergonzaréis ni os afrentaréis por todos los siglos. Porque así dice Jehová, que creó los cielos; Él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó. Yo soy Jehová, y no hay otro. No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra; no dije a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis. Yo soy Jehová que hablo justicia, que anuncio cosas rectas».

Notemos cuidadosamente lo que dice este texto. Los fabricantes de ídolos serán avergonzados y confundidos, pero Israel será salvo en el Señor con una salvación eterna. ¿Y cuál es la prueba de esto? Pues bien, el Señor hizo la tierra para ser habitada; no la hizo en vano. Si no fuera habitada, habría sido hecha en vano. Pero Él mostró al principio qué tipo de personas diseñó para habitar la tierra. Hizo la tierra para ser habitada por seres perfectos. Ahora, dado que no la hizo en vano, va a ser habitada por el mismo tipo de personas que hizo para habitarla al principio. Él va a salvar a la gente de esta tierra, haciéndolos perfectos, para que habiten la tierra para siempre, la cual Él también hará nueva para su habitación. Véase (Apocalipsis 21:1, 5; 22:1-5; 2 Pedro 3:13).

El sábado, por lo tanto, es tanto un memorial como una promesa. Es una señal de que Dios hizo todo perfecto al principio, y es una promesa de que Él restaurará todas las cosas como al

principio. Él va a tener una nueva tierra. ¿Qué significa eso? Significa que la tierra será restaurada a la condición en que se encontraba cuando fue creada por primera vez. Era entonces una tierra nueva, y Dios la hará nueva de nuevo. Pero será habitada, porque el Señor no la hizo en vano. Y será habitada por hombres perfectos, pues Dios los hizo así al principio. En la nueva tierra solo morará la justicia.

Así como el sábado recuerda a los hombres el hecho de que Dios, por su poder, hizo la tierra y al hombre sobre ella, de modo que todo era muy bueno, también nos lo da a conocer como Aquel que por el mismo poder hará la tierra nueva y creará a los hombres *nuevas criaturas* en Cristo para que habiten en ella. Así, el sábado es el sello de una creación perfecta, tanto al principio como al final. La observancia del sábado significa una sumisión perfecta a la voluntad de Dios, para que se haga en la tierra como se hace en el cielo. Significa darle al Señor su camino con nosotros, para que Él pueda hacernos para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual «nos hizo aceptos en el Amado,» (Efesios 1:5-6, RVR1960).

El sábado es el reposo de Dios. Es el reposo en el que Dios entró cuando cesó de su obra y dejó su palabra para sostener lo que había traído a la existencia. Ese reposo Él se lo dio al hombre en el Edén. Ese mismo reposo Él lo da ahora a todos los que lo acepten. Es el reposo en el que hemos de ser salvos, como dice el Señor: «Porque así dijo Jehová el Señor, el Santo de Israel: En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Y no quisisteis,» (Isaías 30:15, RVR1960). Es el reposo sobre el poder que hizo los cielos y la tierra, y que todavía los sostiene. Es el reposo que al principio estaba conectado con la nueva tierra, y así la posesión de ese reposo es la seguridad del reposo en la tierra cuando sea hecha nueva de nuevo. Y así es apropiado que cuando la tierra sea hecha nueva, el sábado sea observado por toda carne.

Véase (Isaías 66:22, 23).

PT, 9 de febrero de 1893

42. Una lección de la vida real

E. J. Waggoner

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;» (Romanos 5:1, RVR1960). «Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:18-19, RVR1960). «Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.» (1 Corintios 4:20, RVR1960). Las promesas del don del evangelio no son cuestiones de mera teoría, sino un hecho. Y para mostrarnos la realidad del poder, Jesucristo vino a la tierra y lo demostró de tal manera que todos pueden comprenderlo. En la vida de Cristo encontraremos ilustrada cada verdad del evangelio. Veamos algo de cómo el texto anterior funcionó en la vida real.

Una mujer cuya vida se había estado consumiendo lenta y constantemente durante muchos años, y que había gastado todo su sustento en un intento vano de recuperar su salud, y solo había logrado sufrir más con los experimentos de muchos médicos, oyó hablar del gran Médico y fue a Él. Fue tentada, y la multitud de gente se agolpaba tan cerca de Jesús que apenas podía acercarse a Él; pero *ella decía para sí misma: Si tan solo tocare su manto, seré sana.* Su fe fue recompensada, porque al tocar el borde de su manto, inmediatamente quedó completamente sana.

Aunque Jesús estaba rodeado y empujado por la gente, detectó instantáneamente aquel suave toque. Ese toque era diferente de todos los demás, porque era el toque de la fe, y extraía poder de la persona de Jesús. Cuando los discípulos se preguntaron por qué, en medio de tal multitud, Él preguntaría: «*¿Quién me ha tocado?*», Él dijo: «*Alguien me ha tocado; porque yo he percibido que ha salido poder de mí.*» Ese poder era el poder de su vida, porque suplió la necesidad de la mujer, y lo que ella quería era vida.

Aquí tenemos algo que nuestra mente puede asimilar y que nuestros sentidos pueden apreciar. Se hizo algo real. Algo real pasó de Jesús a la mujer. No fue imaginación; no fue una figura retórica; sino que fue un hecho real que la mujer fue sanada. Ella tenía la vida que antes

le faltaba, y esa vida vino de Jesús. Nunca podremos saber qué es la vida —solo su Autor puede entenderla—, pero sí conocemos la necesidad de ella, incluso de la vida justa de Cristo; y aquí vemos cómo se obtiene.

Porque las palabras de Jesús a aquella pobre mujer muestran que ella fue sanada de la misma manera y por los mismos medios por los cuales somos justificados y tenemos paz con Dios. Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vé en paz.» (Lucas 8:48, RVR1960). Si aplicáramos las palabras del apóstol Pablo a su experiencia particular, podríamos leer: *«Por lo tanto, habiendo sido sanada en cuerpo por la fe, ella tuvo paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»*. Quizás esto pueda permitir a alguien comprender más plenamente la realidad de la justicia que viene por la fe de Jesucristo.

Nada se dice sobre el perdón de los pecados en este caso, pero podemos estar seguros, por otras instancias, de que una fe como la que tuvo la pobre mujer trajo sanidad tanto al alma como al cuerpo. Pero nadie debe dudar de si esto es realmente paralelo a Romanos 5:1, y una ilustración de la verdad allí establecida, porque encontramos las mismas palabras usadas con referencia expresa a los pecados. En el capítulo precedente (Lucas 7.) se nos habla de la mujer pecadora que ungíó los pies de Jesús, después de que sus lágrimas de arrepentimiento los hubieran lavado. Jesús no la rechazó, sino que le dijo: *«Tus pecados te son perdonados»*. Y luego siguieron palabras casi idénticas a aquellas con las que despidió a la pobre mujer de quien hemos estado leyendo. A la mujer que estaba sana de cuerpo, pero moralmente enferma de pecado, Jesús dijo: «Tu fe te ha salvado, vé en paz.» (Lucas 7:50, RVR1960). Compárese con Lucas 8:48.

Esto prueba, más allá de toda posibilidad de duda, que se hace lo mismo en el perdón de los pecados que se hizo al sanar a la mujer con flujo de sangre. El método es el mismo, y los resultados son los mismos. Por lo tanto, así como sabemos que algo real se hizo por la mujer enferma, así también podemos estar seguros de que algo real se hace por el pecador arrepentido. Así como algo real, aunque invisible, pasó de Jesús a la persona de la mujer enferma, haciéndola perfectamente sana y fuerte, de la misma manera debemos saber que algo real proviene de Cristo a la persona del pecador arrepentido, haciéndolo íntegro y libre de pecado.

Ese algo no es nada menos que la vida real de Cristo. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» (1 Juan 1:9, RVR1960). «Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado» (Versículo 7). La sangre es la vida; y así es la vida de Jesucristo la que nos limpia de pecado. Esto es lo que leemos en Romanos 5:10, en continuación de la declaración de que, siendo justificados por fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960).

Muchos piensan que el perdón de los pecados por la justicia imputada de Cristo es algo que existe solo en la mente de Dios. Por supuesto, reconocen su realidad, pero al mismo tiempo no la perciben. Siempre hay algo irreal al respecto en sus mentes. El problema es que no logran captar y hacer real la conexión viva entre Cristo y ellos. Existe entre el verdadero discípulo y Cristo una conexión tan real como la que hay entre la rama de la vid y el tronco principal. El perdón de los pecados a menudo se cree que se ilustra con el pago de la deuda de un hombre pobre por parte de un amigo rico. Si un hombre rico paga la deuda de un hombre pobre, entonces el tendero le abona la suma al hombre pobre, y el registro en los libros muestra que la deuda está cancelada. Por supuesto, el hombre pobre se beneficia, pero en realidad no recibe nada que lo mantenga en el futuro. Pero es diferente cuando Dios, por causa de Cristo, perdona sus pecados.

Cristo «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,» (Gálatas 1:4, RVR1960). Su vida es dada para ser manifestada en nuestra carne mortal (2 Corintios 4:11). Así como la savia fluye a través de la vid hasta las ramas más lejanas, y así como la vida de Cristo entró en la pobre mujer enferma para hacerla perfectamente sana, así la vida sin pecado, sin fin e inagotable de Cristo fluye en aquellos que tienen fe en Él, para limpiarlos del pecado y para hacerlos andar en novedad de vida.

Su vida en la tierra fue de obediencia a los mandamientos de Dios (Juan 15:10). La ley de Dios estaba en su corazón (Salmo 40:8) de modo que su misma vida era la plenitud de la ley. Él cumplió la justicia de la ley (Mateo 5:17). Es decir, la plenitud, la perfección de la ley, apareció en su vida. Y es por esta vida que somos salvos. No es que seamos tenidos por justos

porque Jesús de Nazaret fue justo hace mil ochocientos años, sino porque *él vive para siempre, es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*, para salvar por el poder de su vida sin fin a todos los que a Él vienen.

Jesús cumplió la justicia de la ley, para que «la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.» (Romanos 8:4, RVR1960). La Versión Revisada dice: «*para que la ordenanza de la ley se cumpliese en nosotros*», y da «requisito» en el margen, como alternativa. La idea es, por lo tanto, que Cristo guardó la ley, para que su máxima exigencia pudiera cumplirse en nosotros. No por nosotros, sino en nosotros: porque mientras que nosotros no tenemos poder para hacer ni siquiera lo que sabemos que es correcto, Cristo morando en nosotros hace lo correcto por su propio poder a través de todos nuestros miembros cuando se los entregamos a Él. Esto lo hace por todos los que confían en Él. Y así es como *por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos*.

Así podemos notar dos cosas. Primero, cómo somos hechos partícipes de la vida de Cristo, y segundo, cuál es la naturaleza de esa vida y qué será en nosotros. La sanidad milagrosa de la pobre mujer nos muestra lo primero. Lo segundo lo aprendemos leyendo los diez mandamientos y estudiando la vida de Cristo. Todo lo que estuvo en su vida cuando estuvo en la tierra, está en ella ahora, y eso es lo que Él nos da. Y aquello que no estuvo en su vida no puede sernos dado en ella. Todo lo que no está en su vida es pecado, y Cristo no es el ministro del pecado.

PT, 31 de mayo de 1894

43. Cometiendo Errores

E. J. Waggoner

El hecho de que Dios habite en un individuo, como lo hace en todo aquel que cree en el nombre de Jesús, no impide que ese individuo manifieste las limitaciones de la humanidad. Lo libra del pecado, pero no de todos los errores que surgen de las limitaciones de la visión y el juicio humanos. El misterio de la piedad es Dios en el hombre —Dios manifestado en una vida de justicia y el hombre manifestado en las flaquezas de la carne. El uno contrasta con el otro, y por el mismo contraste se manifiesta que la vida no es del hombre, sino de Dios; y que solo a Él pertenece la gloria.

PT, February 8, 1894

44. Creación y Redención

E. J. Waggoner

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.» (Génesis 1:1, RVR1960). En esta breve frase tenemos resumida toda la verdad del Evangelio. Quien la lee correctamente, puede derivar de ella un mundo de consuelo.

En primer lugar, consideremos quién fue el que creó los cielos y la tierra. «Dios creó». Pero Cristo es Dios, el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen misma de su persona (Hebreos 1:3). Él mismo dijo: «Yo y el Padre uno somos.» (Juan 10:30, RVR1960). Fue Él quien, representando al Padre, creó los cielos y la tierra. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.» (Juan 1:1-3, RVR1960). Y de nuevo leemos de Cristo: «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;» (Colosenses 1:16-17, RVR1960).

El Padre mismo se dirige al Hijo como Dios y como Creador. El primer capítulo de Hebreos dice que Dios nunca ha dicho a ninguno de los ángeles: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy»; «pero al Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino». Y también ha dicho al Hijo: «Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos» (Hebreos 1:5, 8, 10). Así, estamos bien seguros de que cuando leemos en el primer capítulo de Génesis que «en el principio creó Dios los cielos y la tierra», se refiere a Dios en Cristo.

El poder creador es la marca distintiva de la Divinidad. El Espíritu del Señor, por medio del profeta Jeremías, describe la vanidad de los ídolos y luego continúa: «Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría;» (Jeremías 10:10-12, RVR1960). La tierra fue hecha por su poder, y establecida por su sabiduría. Pero

Cristo es *el poder de Dios y la sabiduría de Dios*. Así que, de nuevo encontramos a Cristo inseparablemente conectado con la creación como el Creador. Solo al reconocer y adorar a Cristo como el Creador, reconocemos su Divinidad.

Cristo es Redentor en virtud de su poder como Creador. Leemos que «tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados», porque «en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.» (Colosenses 1:14-16, RVR1960). Si Él no fuera Creador, no podría ser Redentor. Esto significa simplemente que el poder redentor y el poder creador son el mismo. Redimir es crear. Esto se demuestra en la declaración del apóstol de que el Evangelio es el poder de Dios para salvación, declaración que es inmediatamente seguida por otra que indica que el poder de Dios se ve por medio de las cosas que han sido hechas (Romanos 1:16, 20). Cuando consideramos las obras de la creación, y pensamos en el poder manifestado en ellas, estamos contemplando el poder de la redención.

Ha habido mucha especulación ociosa sobre cuál es mayor: la redención o la creación. Muchos han pensado que la redención es una obra mayor que la creación. Tal especulación es vana, porque solo el poder infinito podría realizar cualquiera de las dos obras, y el poder infinito no puede ser medido por mentes humanas. Pero aunque no podemos medir el poder, podemos resolver fácilmente la cuestión de cuál es mayor, porque las Escrituras nos dan la información. Ninguna es mayor que la otra, pues ambas son lo mismo. La redención es creación. La redención es el mismo poder que fue manifestado al principio para crear el mundo y todo lo que hay en él, ahora manifestado para salvar al hombre y a la tierra de la maldición del pecado.

Las Escrituras son muy claras en este punto. El salmista oró: «Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes;

Admitid amonestación, jueces de la tierra.» (Salmos 2:10, RVR1960). El apóstol dice que «si alguno está en Cristo, nueva criatura es», o una nueva creación (2 Corintios 5:17). Y de nuevo leemos: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en

Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:8-10, RVR1960).

Comparado con Dios, «El hombre es menos que nada, y vanidad». En él «no mora cosa buena». Pero el mismo poder que al principio hizo la tierra de la nada, puede tomar a todo el que esté dispuesto, y hacer de él aquello que sea «para alabanza de la gloria de su gracia».

PT, December 15, 1892

45. La Ley y la Vida

E. J. Waggoner

Ya hemos visto que la observancia de los mandamientos de Dios se resume en una palabra: *amor*. Pero el amor es de Dios, «Porque Dios es amor». Nótese que el texto no dice que Dios *tiene* amor, sino que Dios *es* amor. El amor es la naturaleza de Dios; es Su misma vida. Por lo tanto, es evidente que la observancia de los mandamientos de Dios es participar de la naturaleza de Dios. Este es un punto que no se puede repetir con demasiada frecuencia, y aunque lo hemos presentado a menudo, volveremos a exponer algunas Escrituras al respecto.

Cuando el joven se acercó a Cristo, diciendo: «Maestro bueno», el Salvador le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino solo uno, Dios». En esto, Cristo no lo estaba reprendiendo por llamarlo bueno, porque Él *era* bueno. Él «no conoció pecado». A los judíos les dijo: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?» (Juan 8:46, RVR1960). Y de nuevo dijo: «No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.» (Juan 14:30, RVR1960). Él sabía que era bueno, y no podía negar eso sin negarse a Sí mismo, y Él no lo haría. Pero al hacer esa pregunta y esa declaración al joven, mostró que Él mismo era Dios. Él y el Padre son uno, y solo Dios es bueno.

En contraste con Dios, el hombre es solo malvado. «Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.» (Romanos 3:10-12, RVR1960). «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.» (Marcos 7:21-23, RVR1960).

Tal como es el corazón, así es el hombre. «No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.» (Lucas 7:45, RVR1960). Por lo tanto, dado que el corazón del hombre —no solo de un hombre, ni de una clase específica de hombres, sino el corazón de

toda la humanidad— es malo, solo el mal puede ser hecho por cualquier hombre cuando se le deja a sí mismo. «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.» (Gálatas 5:17, RVR1960). Y esto se dice especialmente de aquellos que desean hacer lo correcto.

Este mal en el corazón del hombre es oposición a la ley de Dios. Así leemos: «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.» (Romanos 8:6-8, RVR1960).

Sin embargo, Dios dice a los hombres que guarden Sus mandamientos. Y puesto que es imposible para la naturaleza del hombre guardarlos, y la bondad reside solo en Dios, se sigue que para guardar los mandamientos uno debe tener la naturaleza de Dios. Cristo es la revelación de Dios. Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo 11:27). En la vida de Cristo hubo bondad perfecta, porque Su vida era la vida de Dios. Dios es bueno. Su vida es la bondad misma. La bondad constituye Su vida. La bondad no es algo abstracto, sino que debe manifestarse siempre en acción. Pero la acción es vida. Por lo tanto, puesto que no hay nadie bueno sino solo Dios, se sigue que todo aquel que guarda los mandamientos de Dios debe hacerlo al tener Su vida en sí mismo.

Que esta es la única manera en que la justicia de la ley puede manifestarse en el hombre, lo muestra el apóstol Pablo en su epístola a los Gálatas. Dijo él: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.» (Gálatas 2:20-21, RVR1960). La justicia viene solo por la vida de Dios en Cristo. Así es que «como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19, RVR1960). En toda la hueste de los redimidos en el reino de los cielos, se manifestará la justicia de Cristo, y solo Su justicia. No es simplemente que Cristo obedeció la ley hace mil ochocientos años, cuando estuvo en la tierra, sino que Él obedece la ley *ahora*, de la misma manera que entonces; porque Él es el mismo ayer, y *hoy*, y por los siglos; y así, cuando Él viene a morar en los corazones de los hombres que creen en Él, vive la misma vida de obediencia en ellos que vivió

cuando estuvo aquí para morir por el hombre. Conocer esto como un hecho práctico es reconocer que Cristo ha venido en carne.

Es porque la ley de Dios es la vida de Dios, y eso es amor, que el Salvador dio esta instrucción: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?» (Mateo 5:44-47, RVR1960).

La mayor manifestación del amor meramente humano es hacer el bien a quienes nos hacen el bien. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos». «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.» (Romanos 5:8, RVR1960). El hombre ama a sus amigos, a veces; pero Dios ama a Sus enemigos. Eso es el *amor en sí mismo*, porque no nace de lo que Él ha recibido del objeto de amor. El Salvador sabía que un amor así no era posible para la naturaleza humana, y por eso añadió estas palabras: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.» (Mateo 5:48, RVR1960). Es decir, hemos de tener la perfección de Dios. No es que debamos convertirnos en dioses, sino que debemos permitir que Su vida se manifieste en nosotros, y así tendremos Su perfección. Toda la bondad será de Dios, pero se nos contará como nuestra, porque nos entregamos a ella para que Él la viva en nosotros.

Este pensamiento eleva la ley de Dios por encima del nivel de la mera fuerza y la glorifica. «Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.» (Juan 12:50, RVR1960). Los diez mandamientos no son reglas arbitrarias establecidas por el Todopoderoso para el gobierno de la humanidad. No son preceptos que existen meramente por escrito, que los súbditos deben leer y luego hacer lo posible por guardar; no son como las leyes de los gobiernos terrenales, en cuya observancia el súbdito no recibe ayuda de los legisladores. Dios no ha dado al hombre una ley tan dura como la piedra en la que fue grabada en el Sinaí, para luego dejarlos hacer lo mejor que puedan con ella, siendo Su única preocupación castigarlos si se quedan cortos. Muy diferente. La ley escrita en tablas de piedra es solo la declaración en palabras de la justicia viva del Dios vivo, que Él en

amor da a todos los que la reciban. Es la condición de vida, simplemente porque toda vida viene de Dios; y puesto que todos los que viven para siempre deben tener Su vida, es inevitable que deban tener Su justicia. Pero Dios no los ha dejado para que aseguren esta justicia por sí mismos. Él bien sabía que tal cosa sería imposible. Así que se dio a Sí mismo, derramando Su propia vida en la cruz, para que el hombre pudiera tenerla. Así, la ley de Dios es la vida de Dios: *graciosa, amorosa y misericordiosa*.

Solo una idea más necesita ser señalada aquí, y es que nada menos que la vida de Dios satisfará las demandas de la ley. Quienquiera que se quede corto de la gloria de Dios, que es Su bondad, es un pecador, un transgresor de la ley. La justicia de Dios, que es por la fe de Jesucristo, es lo único a lo que la ley dará testimonio de que es perfecta. Cualquier cosa menos que eso será condenada por la ley; porque «Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960). No hay injusticia en que Dios mantenga este alto estándar para el hombre, ya que Él se entrega a Sí mismo, con toda la justicia de Su vida, a todo aquel que la tome. Él da Su vida libremente. Todo lo que el hombre tiene que hacer es someterse a la justicia de Dios.

Una mera forma de piedad no servirá de nada. Ninguna cantidad de mera conformidad externa a la ley será aceptada como observancia de la ley. Solo hay un Dios, y por lo tanto, solo hay una vida de Dios. Él no reconocerá a dioses rivales, y no puede ser engañado por una justicia que es solo una falsificación de Su vida. Cualquier cantidad de conformidad profesada a la ley de Dios, que no provenga de la vida de Dios en el alma, no es más que pecado. Que no se olvide: su justicia —la observancia de los mandamientos de Dios— es *solo por la fe de Jesucristo*, y que «todo lo que no proviene de fe, es pecado».

PT, 26 de enero de 1893

46. Debilidad y Fortaleza

E. J. Waggoner

Cuando los hombres son fuertes, también son débiles; y son débiles precisamente en el punto en el que reside su fuerza. Si no fuera así, tendrían algo propio en lo que gloriarse. Los hombres son muy propensos a enorgullecerse de sus *puntos fuertes*; pero tales puntos son fuertes solo en comparación con otros puntos más débiles de su propio carácter. Comparados con el poder de las fuerzas del mal, los hombres no tienen fuerza, sino que solo pueden manifestar grados variables de debilidad.

Es precisamente sobre estos *puntos fuertes* donde los hombres cometan sus mayores fracasos morales. El punto fuerte de Pedro era su osadía; ¡pero he aquí que lo vemos acobardado en el tribunal, temeroso de confesar a su Señor! Salomón era el hombre más sabio de la tierra; pero ¿qué exhibición más lamentable de insensatez podría haber que la del rey de Israel rodeado por setecientas esposas y trescientas concubinas, escuchando su consejo y llevando al pueblo de Dios a la idolatría? El punto fuerte de Moisés era su mansedumbre; pero lo encontramos en Meriba diciéndole a la multitud: «Oíd ahora, rebeldes; ¿os hemos de sacar agua de esta roca?»

Los hombres confían naturalmente en sus *puntos fuertes*, y todo hombre es débil cuando confía en sí mismo. Hablamos de «proteger nuestros puntos débiles»; pero nuestros puntos fuertes necesitan ser protegidos tanto como los débiles. Nuestros puntos débiles incluyen a los fuertes. No tenemos más que puntos débiles. Cualquiera que sea el punto en el que confiamos, ese punto es especialmente débil. Y no estamos protegiendo los puntos débiles a menos que protejamos cada punto. Pero debemos recordar que no son nuestras resoluciones, nuestra voluntad o nuestra vigilancia lo que nos guarda, sino nuestra fe. Es «el escudo de la fe» lo que apaga los dardos de fuego del maligno. (Efesios 6:16). La armadura que está preparada para nosotros no es de fabricación humana, sino tal como Dios mismo la ha hecho en Su propia sabiduría y la ha dotado de Su propia fuerza.

Pero no necesitamos desanimarnos porque nos encontramos débiles donde nos habíamos creído fuertes, pues nuestra dependencia no es de nosotros mismos, sino de Dios; y dependiendo de Él, somos fuertes donde somos débiles. Esta fue la experiencia de Pablo,

como escribió a los Corintios. (2 Corintios 12:10). Solo necesitamos unir nuestra debilidad a la fuerza de Dios. Entonces, como el apóstol, podemos «complacernos en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias, por causa de Cristo».

Dios tiene que revelar a cada hombre su debilidad antes de poder salvarlo. El diablo, por otro lado, lleva a los hombres a creerse fuertes para que, confiando en sí mismos, caigan y se arruinen. Cuando nos sentimos fuertes, la advertencia es: «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga». (1 Corintios 10:12). Pero cuando nos sentimos débiles, demasiado débiles para hacer algo por nosotros mismos, estamos en una posición para obtener la victoria. El peligro es que no nos sintamos lo suficientemente débiles; porque los hombres, en sus momentos más débiles, tienen suficiente fuerza para resistir al Espíritu Santo e impedir que Dios obre en ellos. Si somos lo suficientemente débiles como para rendirnos completamente al Señor, entonces, para aquellos propósitos para los que necesitamos fuerza, llegamos a ser tan fuertes como el Señor mismo.

PT, 1 de noviembre de 1894

47. Crecimiento Cristiano

E. J. Waggoner

El crecimiento es el proceso de desarrollo por el cual aquello que es inmaduro avanza hacia un estado de perfección. El crecimiento es tanto una posibilidad como una necesidad de la vida espiritual, al igual que de la vida física. La vida espiritual comienza con un nacimiento, el *nuevo nacimiento*. El individuo es entonces un bebé en Cristo. Si permaneciera siempre como un bebé, no podría convertirse en un soldado de la cruz, soportando las dificultades en el servicio de su Maestro. No podría participar de la *vianda sólida* que, junto con la más sencilla *leche de la palabra*, se provee en el Evangelio de Cristo. De la condición de bebé, debe pasar a la de la plena estatura de la madurez en Cristo; y esto solo puede lograrse mediante el crecimiento.

¿Cuáles son los elementos esenciales para el crecimiento? Casi cualquiera puede decir lo que es necesario para el crecimiento de una planta, pero casi nadie parece comprender lo que es necesario para el desarrollo como cristiano. Sin embargo, no requiere mayor esfuerzo saber lo que es necesario en un caso que en el otro. Un cristiano no es sino una planta en el huerto del Señor; y las plantas espirituales, como cualquier otra, necesitan abundante agua, buena tierra y luz solar.

Todo esto lo ha provisto el Señor para su huerto, y solo queda que sus plantas asimilen lo que encuentran. Pero hay una extraña perversidad en estas plantas de la especie humana, que no se observa en el mundo físico. El Señor se queja al profeta Jeremías de su pueblo de antaño, que aunque los había plantado como *una vid escogida, una semilla enteramente buena*, sin embargo se habían *convertido en la planta degenerada de una vid extraña*; y así ocurre con muchos ahora que han disfrutado de privilegios similares. No hay falta en la provisión que Dios ha hecho; pero hay un principio maligno que se abre camino en la planta y pervierte su naturaleza, causando degeneración y la pérdida final de todo lo noble y bueno.

Es la naturaleza de una planta volverse hacia el sol; pero en el huerto espiritual de Dios se ven algunas plantas que intentan crecer de otra manera. Hay algunas que intentan crecer por algo inherente en sí mismas. Por supuesto, no se puede lograr crecimiento de esta manera. ¡Imagina una planta tratando de hacerse crecer, esforzándose —si es que fuera capaz de

esforzarse— para volverse más alta y fuerte y hundir sus raíces más profundamente en el suelo! La idea es absurda; sin embargo, esto es lo que muchas personas piensan que deben hacer para crecer como cristianos. Pero Cristo dijo: «¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo?» (Lucas 12:25, RVR1960). ¿Quién pensaría en esforzarse para crecer físicamente? Es cierto que el ejercicio influye en el crecimiento, pero no es la causa del crecimiento, ni hay nada que el hombre pueda hacer para causarlo. El principio de desarrollo está en toda organización humana por naturaleza, y se afirma como un principio de todos los seres vivos; y todo lo que el hombre puede hacer es asegurar aquellas condiciones dentro de las cuales este principio pueda operar para el mayor bien del individuo. Así es en el mundo espiritual. El principio de crecimiento es implantado por Dios en el nuevo nacimiento, y solo necesita las condiciones adecuadas para que el bebé en Cristo crezca hasta la plena estatura de la madurez cristiana. El hombre puede interferir con este principio y reprimirlo, pero no puede crearlo. Pero el diablo, que comprende todo esto, continuamente pone a los hombres a trabajar para intentar crecer por su propio esfuerzo. Él quiere que los hombres piensen que, afanándose y haciendo una gran cantidad de buenas obras, pueden añadir un codo a su estatura en Cristo. Y los hombres intentan este plan, como lo han estado haciendo durante siglos en el pasado, y siguen intentándolo hasta que descubren que no funciona. Descubren que después de años de tales esfuerzos, no son cristianos más fuertes de lo que eran al principio, ni alcanzan una mayor altura en la atmósfera espiritual del cielo. Entonces se desaniman, y el diablo, que sabía cuál sería el resultado, viene y los tienta, y los encuentra listos para caer presa fácil de sus artimañas.

Pero no hay imposibilidad en el camino del crecimiento cristiano. La dificultad fue que no comprendieron la naturaleza de ese crecimiento. No conocían las condiciones bajo las cuales únicamente podía tener lugar. No fueron instruidos por lo que Dios ha revelado en su palabra y en la naturaleza. Una planta crece y se eleva y se fortalece sin ningún esfuerzo por su parte. Simplemente mira al sol. Siente la influencia vivificadora de sus rayos, y se eleva hacia la fuente de donde provienen. Todo el proceso es simplemente un esfuerzo por acercarse a la fuente de su vida. En el suelo encuentra agua y los diversos elementos que entran en su composición como planta, y el principio de asimilación dentro de ella, que posee mientras mira al sol, absorbe las sustancias a través de las raíces y hacia el tallo y las hojas. La planta

simplemente permite que el proceso continúe según esta ley de asimilación que su Creador le dio.

Así debe ser con las plantas en el huerto celestial. No pueden crecer mirándose a sí mismas; no pueden crecer mirando a otras plantas a su alrededor. Deben mirar al sol. Tampoco deben esforzarse para asimilar lo que es necesario para edificarlas y fortalecerlas, sino simplemente dejar que el proceso de asimilación continúe según la *ley del Espíritu de vida* que ha sido puesta en ellas. «*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*», es la exhortación que se nos da. Estará en nosotros si lo permitimos. Todo lo que Dios quiere de cualquier persona es que le permita obrar en ella.

El hombre está continuamente haciendo algo para obstaculizar la obra de Dios. Está continuamente poniendo el yo en el camino de Dios. Se niega a someter su voluntad a la voluntad de Dios. Y esta es toda la dificultad de vivir la vida cristiana. No es una dificultad de realizar obras, sino la dificultad de tomar la decisión correcta, de ceder a Dios y no al yo, de mirar a Cristo y no a otra cosa, y de permitir que su mente y su espíritu estén en nosotros. Él es nuestro Sol, «*Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos.*» (Malaquías 4:3, RVR1960). Si le miramos fijamente como la planta mira al sol que brilla en los cielos, si hacemos un esfuerzo constante por volvernos hacia Él como la planta hacia la fuente de su vida, y por elevarnos cada vez más hacia el resplandor de su rostro, no experimentaremos dificultad alguna en obtener la medida completa de crecimiento que deseamos.

Pero no debemos esperar darnos cuenta del hecho de que estamos creciendo, así como no podemos darnos cuenta de que estamos creciendo físicamente intentando observar cambios en nuestra estatura día a día. Si la planta apartara su cabeza del sol para mirarse a sí misma y ver lo rápido que estaba creciendo, pronto dejaría de crecer; y así también le sucede al cristiano. Cuando intenta verse a sí mismo creciendo espiritualmente, está tomando uno de los medios más efectivos para detener su crecimiento por completo.

Por lo tanto, no hay motivo para el desánimo en el hecho de que en ningún momento nos demos cuenta de este proceso de crecimiento. Está ocurriendo con la misma certeza con que ocurre en el mundo físico, y no necesitamos hacer del resultado un motivo de preocupación ansiosa. El resultado será lo que el apóstol Pablo describe en su carta a los Efesios, por

quienes oró para que fueran fortalecidos por la presencia interior del Espíritu, «y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.» (Efesios 3:19, RVR1960).

No se nos dice que crezcamos en el conocimiento de nosotros mismos o en el conocimiento de nuestra pecaminosidad o la de nuestros prójimos, sino «Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.» (2 Pedro 3:18, RVR1960). No podemos conocer su gracia y todos sus atributos a menos que los veamos; y no podemos verlos a menos que miremos a Él.

PT, 30 de noviembre de 1893

48. El Juicio

E. J. Waggoner

Félix, el propio juez de Pablo, tembló mientras el apóstol le predicaba acerca de «*justicia, templanza y el juicio venidero*». Solo por un momento, la doctrina del juicio fue tan de cerca aplicada a sus sentidos endurecidos que él tembló al pensar en comparecer él mismo ante el Juez de todos.

Uno puede tomar un carbón encendido del fuego y, al manipularlo ligeramente, pasarlo de mano en mano sin quemarse los dedos. Pero déjese que sea firmemente agarrado y se abrirá paso quemando la carne. Multitudes sostienen la doctrina del juicio tan ligeramente que tiene poco efecto en la vida diaria. De manera general, creen en un día de ajuste de cuentas, pero no la sostienen con la suficiente firmeza como para que se grabe a fuego en el corazón y en la vida.

Los hombres comprenden fácilmente la verdad de que el mundo será juzgado. Incluso pueden sentir la satisfacción que el Salmista expresó cuando vio que la maldad no siempre triunfaría, y que los obradores de iniquidad no serían capaces de corromper el juicio en el día de Dios. Pero nuestros pensamientos deben acercar el asunto más a nosotros mismos que eso.

«*Cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios*». No el mundo en general, meramente, y no solamente los impíos que han vivido en libertinaje, sino «*cada uno de nosotros*». No como iglesias, ni como familias, sino individual y solitariamente cada uno se enfrenta a la rendición de cuentas. Las cuentas se llevan en los libros del cielo. Lo que los hombres dirán a menudo hace una gran diferencia en este mundo. La gente teme seguir al Señor por el oprobio de Cristo. Pero, ¿de qué valor es el registro que el mundo pueda escribir cuando los libros del cielo están registrando la historia de cada vida?

Tres cosas componen nuestras vidas: hechos, palabras, pensamientos

1. Nuestros Hechos.

Dios «rendirá a cada hombre conforme a sus obras» (Romanos 2:6). Nadie necesita engañarse a sí mismo con una profesión justa. «*El que hace justicia es justo*». El apóstol escribe de aquellos que «*profesan conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan*» (Tito 1:16). No la profesión, sino el hecho, determina el destino del hombre.

2. Nuestras Palabras.

«*Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio*» (Mateo 12:36). «*De la abundancia del corazón habla la boca*». Por lo tanto, es justo que la vida sea juzgada por las palabras. La frivolidad insensata en el corazón se manifestará en ligereza de hablar. La vanidad interior brota en «*grandes y vanas palabras*». El odio a la ley de Dios y la anomia dentro del corazón conducirán a palabras contra el estándar divino de justicia. Cuando uno se da cuenta de que incluso las palabras casuales y ociosas —mucho más las palabras pronunciadas con determinación y premeditación— son registradas, bien puede orar la oración del Salmista: «*Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios*».

3. Nuestros Pensamientos.

Los hechos y las palabras son vistos y oídos por los hombres, y pueden ser controlados para que la verdadera condición del corazón no siempre se manifieste. Pero el juicio no será según los estándares del mundo. «*Él les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios*» (Lucas 16:15). «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta*» (Hebreos 4:12, 13).

La ley de Dios es espiritual, y por ella todo pecado secreto será revelado. «*El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala*» (Eclesiastés 12:13, 14).

El propósito de todo el Evangelio es enseñar a los hombres cómo la justicia de esa ley santa y perfecta puede ser cumplida en ellos —por Jesucristo el Justo. El juicio revelará todas las obras del ego, y *bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado en aquel día*. Dado que la ley de Dios es el estándar del juicio, no es extraño que Satanás procure llevar a los hombres a despreciar la ley y a continuar en el pecado. La anomia es una señal especial de los últimos días en la profecía. En esos mismos últimos días, cuando «*la hora de su juicio ha llegado*» (Apocalipsis 14:6, 7), nadie debe sorprenderse de que el mensaje del Evangelio sea, en un sentido especial, un llamado a la lealtad y la obediencia. Los hombres, cara a cara con el juicio, no pueden permitirse tratar con desprecio la ley que a todos somete al pecado. Ahora, cuando no solo en el mundo que se declara impío los hombres se precipitan en el pecado, sino también cuando incluso en los púlpitos y en el mundo religioso la ley de Dios es tratada como algo externo, ha llegado el momento en que el Evangelio llama a gran voz: «*Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su juicio ha llegado*».

PT, 18 de junio de 1896

49. La Purificación Final

E. J. Waggoner

Así como antes del fin de su ministerio terrenal el Señor limpió el templo, así también antes de que termine su ministerio celestial y venga a llevar a los suyos, limpia su templo, la iglesia, para que pueda encontrarse con Él sin engaño a su venida. Algunas Escrituras demuestran esto.

«¿Pero quién podrá soportar el día de su venida? ¿Y quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? Porque él es como fuego de fundidor y como jabón de lavaderos. Se sentará para afinar y purificar la plata; purificará a los hijos de Leví y los refinará como oro y como plata, para que presenten al Señor una ofrenda en justicia.» (Malaquías 3, 2, 3)

La apostasía y el gran abandono han dejado huellas que el Señor debe purgar. El capítulo dieciocho de Apocalipsis muestra la condición desesperada del mundo religioso justo antes de que venga el Señor, y el llamado de Dios es: «Salid de ella, pueblo mío». Es un llamado a la reforma de vida, a abandonar el pecado y el yo, y a aceptar la salvación de Dios.

Es por medio de la Palabra que el pecador es purificado (Juan 15:3) y que el Evangelio es predicado (1 Pedro 1:25), y en Apocalipsis 14:6-14 el Señor ha dado un bosquejo del mensaje que ha de ir a toda criatura con el poder de limpiar a todos los que serían piedras vivas en el templo viviente de Dios. Es la obra en la que todo creyente debería estar ahora ocupado, porque el día del Señor está ciertamente cerca y su Palabra debe ser presentada al pueblo para prepararlos para soportar el día de su venida. «Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano.» (Joel 2:1, RVR1960) «Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda, salid de en medio de ella; purifícaos los que lleváis los utensilios de Jehová.» (Isaías 52:11, RVR1960)

PT, February 27, 1896

50. Ten la misma manera de pensar

E. J. Waggoner

¡El Creador del cielo y de la tierra en un establo! ¡El Rey de gloria en un pesebre! ¿Cómo llegó allí? ¡Ah! esa es la maravilla. Él nunca habría estado allí si su mente hubiera sido como la de Satanás, como la mente que tú y yo tan a menudo tenemos.

A veces pensamos que, debido a que Dios es el Rey de todos los reyes, y es tan sabio y poderoso, debe ser orgulloso y egoísta como muchos de los reyes de la tierra. Pero esto es un gran error, como verás cuando te familiarices mejor con el niño del pesebre.

Dios es abnegado y *completamente amable*. No tiene la costumbre de mirar sus propias cosas y olvidar si los que le rodean tienen algo o no. Pero siempre está mirando a los demás para ver si tienen todo lo que necesitan. Si no lo tienen, su mayor alegría no es complacerse a sí mismo, sino hacer algo por ellos, prescindiendo de sí mismo si es necesario, para que ellos puedan tener lo que necesitan. Fíjate bien y verás que esto es cierto.

El hombre, que había sido creado puro y bueno a imagen de Dios, había entregado su vida, su pureza y todo lo que tenía a Satanás, el enemigo de Dios y del hombre. El Señor sabía que eso significaba pecado, tristeza y muerte eterna para cada uno de nosotros. Porque Satanás era un amo duro y cruel, y mucho más fuerte que nosotros, de modo que nunca permitiría que ninguno de nosotros fuera libre.

Ciertamente, todo fue culpa del hombre, pero Dios nos amó tanto que, a pesar de todo, su corazón se desbordó de dolor cuando vio nuestra condición desamparada. Su corazón anhelaba sobre nosotros como el corazón de una madre anhela sobre su hijo moribundo. Las riquezas y glorias del cielo no eran nada para Él comparadas con su amor por nosotros. No podía ser feliz ni disfrutarlas solo; debía tenernos para compartirlas con Él.

¿Por qué entonces no envió a alguien para vencer a Satanás, romper sus cadenas y devolver al hombre su libertad y su vida de pureza? ¡Ah, ¿a quién podía enviar?! Ningún hombre podía hacerlo, porque Satanás era más fuerte que cualquier hombre. Ni siquiera los ángeles podían hacerlo, pues no tenían más vida para la pureza de la que necesitaban para sí mismos; todo lo que tenían les fue dado por Dios. Solo Dios era más fuerte que Satanás. Y solo con Él estaba la fuente de pureza y vida. Nada podía ahuyentar la oscuridad del pecado sino la

luz de su vida. Nada podía romper los lazos del pecado con los que Satanás nos había atado, sino la justicia de su vida. Nada podía quitar las llaves del sepulcro sino el poder de su maravillosa vida que podía descender al sepulcro, atravesarlo y llevarse las llaves consigo.

¡Pero esto significaría una vida de dolor y tentación en carne pecaminosa, y una muerte cruel en la cruz para Dios! Oh, ¿nos amó lo suficiente como para renunciar a su glorioso hogar y a todas sus riquezas y gozos en el cielo, y descender a la tierra como el más pobre de los pobres, y el más débil de los débiles, y pasar por cada dolor y tentación de la carne pecaminosa, incluso hasta la oscura puerta de la muerte? ¡Sí, lo hizo! Dios vino en su Hijo para reconciliar el mundo consigo mismo.

Míralo allí en el rústico pesebre de Belén.

Míralo en el humilde hogar de Nazaret, sujeto a sus padres en todas las cosas y compartiendo todas las sencillas cargas y labores de su padre, como el carpintero.

Míralo en el desierto sin alimento durante cuarenta días y cuarenta noches, y tentado por el diablo.

Míralo expulsado de las sinagogas y ciudades y perseguido hasta la muerte por aquellos a quienes vino a salvar.

Míralo yendo de un lado a otro sin hogar ni amigos, sin un lugar donde recostar su cabeza, pero sin una queja, y siempre con una palabra amable y una mano tendida.

Míralo en Getsemaní sudando como grandes gotas de sangre.

Míralo traicionado por el beso de uno de sus supuestos seguidores.

Míralo en el pretorio burlado, azotado, escupido, vestido con una vieja túnica púrpura y coronado con una corona de espinas.

Míralo desmayándose por el camino, y ioh, míralo colgando en la cruz maldita con sus tiernas manos y pies aún temblando por los crueles clavos! ¡Míralo muriendo de un corazón roto a causa de tus pecados y los míos! «Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; dí a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!» (Isaías 40:9, RVR1960)

Oh, ¿puedes dudar aún de su amor por ti? ¿Puedes dudar de su disposición a aceptarte como su hijo? ¿Puedes alguna vez dudar de su altruismo?

Síguele hasta el sepulcro nuevo de José, y velo allí, sepultado con una gran piedra delante de la puerta.

Pero mira una vez más. La piedra ha sido removida. Las vestiduras fúnebres yacen allí, ipero nuestro Señor ha resucitado! La muerte no pudo retenerlo. La gloriosa obra ha terminado. Él nos ha comprado de nuevo y ha roto la última cadena y abierto la última puerta que nos encerraba con Satanás. ¡NOS HA LIBERADO! Ha proclamado libertad a todo cautivo «El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungíó Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel;» (Isaías 61:1, RVR1960). En el nombre de Jesús podemos caminar hacia toda la libertad de los hijos de Dios. Satanás no puede vencernos ni hacernos pecar una vez más si creemos en Jesús y nos mantenemos firmes y nos regocijamos en la libertad con que Cristo nos ha hecho libres. Mientras creamos que Él nos ha hecho libres y nos entreguemos a Él en todo, dejando que *su mente esté en nosotros*, Satanás no podrá tocarnos.

Hoy, entonces, somos llamados a tomar la misma decisión que los ángeles del cielo tomaron hace mucho tiempo. «se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Leví.» (Éxodo 32:26, RVR1960) «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.» (Mateo 12:30, RVR1960).

Nosotros, como ellos, somos dejados perfectamente libres para elegir por nosotros mismos. No necesitamos estar del lado del Señor a menos que lo deseemos. Pero, oh, ¿no deseamos estarlo? ¿No ha demostrado ser «el más sobresaliente entre diez mil, y todo él codiciable»? (Cantares 5:10, 16) ¿No se ha mostrado digno de nuestra confianza? ¿Qué más podría hacer para mostrar su amor por nosotros de lo que ya ha hecho?

Habiendo padecido Él mismo la tentación, «Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.» (Hebreos 2:18, RVR1960). Todavía «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras

debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.» (Hebreos 4:15, RVR1960). «Porque él conoce nuestra condición;

Se acuerda de que somos polvo.» (Salmos 103:14, RVR1960). Aunque somos tan pobres y malvados, Él piensa en nosotros, «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.» (Jeremías 29:11, RVR1960). Oh, entonces, ¿no lo elegiremos como nuestro Maestro, y dejaremos que «haya en nosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús»? (Filipenses 2:5).

PT, 22 de febrero de 1894